

Septiembre 1929

Número 4

ATLÁNTICO



Ayuntamiento de Madrid

1^{ra}

COMPañÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

NOVEDADES

LOS HEBREOS EN MARRUECOS

MANUEL L. ORTEGA. Prólogo de PEDRO SAINZ RODRIGUEZ. Quien desee penetrarse en su más universal amplitud del tema a que alude el título de esta obra, habrá de leer estas páginas documentadas, sin duda las más completas hasta ahora sobre tan sugestivo capítulo de la historia. COMPañÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES. 6 pesetas.

INGENIOS SEVILLANOS DEL SIGLO DE ORO QUE VIVIERON EN AMÉRICA

SANTIAGO MONTOTO. Hay en este libro tres estudios bibliográfico-críticos sobre Luis de Belmonte, Juan de la Cueva y Fray Diego de Hojeda. Estudios de gran interés anecdótico y literario. COMPañÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES. 3 pesetas.

DEL TEDIO, DEL AMOR Y DEL ODIO

FIDELINO DE FIGUEIREDO. El más sustancioso libro de ensayos. Una de las obras de mayor profundidad en la literatura portuguesa. Estudios finísimos, de gran penetración, sobre los sentimientos a que alude el título de la obra. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

LOS VIVOS MUERTOS

EDUARDO ZAMACOIS. El éxito de esta obra, una de las más vigorosas de su autor, se debe, aparte de su interés—aparte su asunto intrigante novelesco—, a que refleja con fidelidad extraordinaria y con humano patetismo la vida del presidio en sus más íntimos detalles. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

LA EMOCIÓN ORATORIA

ANGEL PULIDO. No se ha escrito un libro que tan extraordinariamente estudie como éste el arte de la palabra hablada, en sus múltiples aspectos: el científico, el emocional, el artístico, con relación a las masas. D. Angel Pulido ofrece en esta obra todos sus conocimientos científicos para la mayor comprensión del arte oratorio. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

LA VIRGEN PRUDENTE

CONCHA ESPINA. Es esta la última obra de la singular escritora montañesa. En ella confluyen el interés emotivo, el interés de episodios, el interés literario, el interés moral. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

GUIGNOL

EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO «ANDRENIO». Es este el primer volumen de las obras completas del excepcional escritor. Lo constituye una serie eminentísima de artículos, de gran profundidad, en forma dialogada, sobre sociología, literatura y costumbres. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

EL ANGEL DE LA TRAICIÓN

«CABALLERO AUDAZ» (JOSÉ MARÍA CARRETERO). Una novela de «El Caballero Audaz», llena de emoción, de patetismo, reflejo fiel de la red entrecruzada de ambiciones, pasiones y deseos del mundo actual. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

COMPañÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES. Librería FERNANDO FÉ, Puerta del Sol, 15. — Librería RENACIMIENTO, Preciados, 46 y Plaza del Callao, 1, Madrid.—15338-13816. Si desea recibir algún libro puede llamar a uno de estos teléfonos y se le servirá a domicilio sin recargo alguno.

ATLÁNTICO

REVISTA MENSUAL
DE LA VIDA
HISPANOAMERICANA

MADRID

Redacción y Administración:
GENERAL ARRANDO, 36
TELÉFONO 31890



DIRECTOR: F. GUILLÉN SALAYA

GERENTE: BORIS BUREBA

AÑO I

5 DE SEPTIEMBRE DE 1929

Núm. 4

SUMARIO

CUENTISTAS AMERICANOS: *Ternera guacha*, por Alejandro Magrassi. Ilustraciones de Garrán.
PANORAMA POLÍTICO: *Marañón no quiere añadir nada a lo dicho*, por Boris Bureba; *La pobre Constitución del 76...*, por Melchor Fernández Almagro; *Hora constituyente*, por Francisco Ayala; *Política nacional e internacional*, por J. Rodríguez de Gortázar.
NOVELISTAS AMERICANOS: *El búcaro de cristal*, por María Enriqueta.
NOVIOS EN TREN, poesía, por Alfredo Marquerie.
CUENTISTAS ESPAÑOLES: *Cómo murió Damán, el sabio*, por Ignacio Carral. Ilustraciones de Redondela.
PANORAMA POÉTICO: *Luna*, por Julio Verdié; *Dos poemas*, por Angel Lázaro; *Patrón de tus veinte años*, por Félix Delgado.
ENSAYOS: *Media vuelta hacia la tristeza*, por E. Salazar y Chapela; *Guía lírica*, por Carmen Conde; *Nuestra generación*, por José Francisco Pastor.
BEETHOVEN (DE LA HEROICA A LA APASIONATA), fragmento.
HISTORIETA CÓMICA, por Garrán.
PAGINAS FEMENINAS: *Modas*, por Mari-Tere.
ASÍ ES, SI ASÍ OS PARECE, poesía, por Pilar de Valderrama.
EL PÁJARO AVENTURERO, un cuento para el "peque", por Isidro Thomé.
EL HUMOR EN DISCOS.
HUMORISMO: *La quema de libros*, por Auristelo. Dibujos de Garrán.
BATINTÍN, por Samuel Ros. Ilustraciones de Garrán.
DIVULGACIÓN MÉDICA: *Diagnóstico precoz vulgar de la tuberculosis*, por el doctor Galarreta.
GEOGRAFÍA DE ESPAÑA: *Asturias*, por G. S.; *Gráficos de Bilbao*, por Jesús Escartín.
GEOGRAFÍA DE AMÉRICA: *Guatemala*, por B. B.
PAISAJES ESPAÑOLES: *Escena rural en la montaña cántabra*.
ARTE: *La escultura japonesa*, por Rafael Marquina; *Pintura catalana*, por Sebastián Gasch.
FOTOGRAFÍAS DE ARTE: *Muñecos*, por Enrique Chara.
TEATROS: *Hablando con Ramón Gómez de la Serna*, por Antonio de Obregón; *El aniversario de Lessing*, por E. Estévez-Ortega.
MÚSICA: *Incitación a cultivar el "lied"*, por César M. Arconada.
RADIOTELEFONÍA Y TELEVISIÓN, por F. G. Mantilla.
DEPORTES: *Hojas de un carnet*, por Antonio Gay.
CINEMA: *El humorismo en el "cinema"*, por José de la Fuente; *Información: Argumentos de películas: El barbero de Sevilla*.
TOROS: *Miscelánea canicular*, por Angelito.
EL GRAN MATADOR DE TOROS LUIS FREG.
BIBLIOGRAFÍA: *Literatura americana*, por G. S.; *Libros del mes*; *El movimiento literario de Cataluña*, por Guillermo Díaz Plaja.
FINANZAS
LA MUJER SOÑADA (continuación), por Pérez de Rozas.

NÚMERO SUELTO:

ESPAÑA Y PORTUGAL: UNA PESETA * HISPANOAMÉRICA: 1,25 * OTROS PAÍSES: 1,50

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21. — MADRID

LA TERNERA

« T E R N E R A G U A C H A »

I

Habíase criado en la estancia con una “ternera guacha”. Los caseros—gente sin chicos—la ahijaron cuando apenas tenía unos pocos meses. La niña fué, con los años, toda una real hembra.

Los peones más viejos de “San Lorenzo” recordaban haber contribuido en algo a su educación, enseñándole a caminar “unos pasitos”, tomándola del vestido cuando pequeña, o, ya más grandecita, a montar a caballo y a enlazar.

Cuando la muchacha no estaba presente comentaban con mal disimulada alegría:

—¡Mire... que ya ta grande “La Ternera”!

—¡La Ternera! Ni tan grande, ni tan inocente, amigo.



—Ya le tengo dicho, Gaitán, que quiero que me tutee—solía decirle Isabel al peón más viejo de “San Lorenzo”—. Siempre me acuerdo que fué usted—mama taba haciendo unos pasteles—el que me enseñó a dar en el mundo los primeros pasos...

El paisano la miraba, conmovido. Pero..., considerando que no era de “hombre” el “ablandarse” ante un recuerdo pueril—“hay que ser de fierro”, solía decirle a sus amigos—, se limitaba a sonreír y a comentar risueñamente:

—¡Vean qué hija me vía e salir a mis años! He de tenerla presente, niña, pa cuando tenga un cachorro...

La madre de Isabel veía que Carlos la rondaba, con no sabía cuáles intenciones. Egoísta de su cariño, procuraba alejarlo de ella:

—No se me le atraque tanto a mi ternera. Es muy chiquilina entuavía pa pensar en amoríos.

—¡Véanla..., la ternerita...

Intentaba sonreír, pero su sonrisa le resultaba una mueca.

No se sentía feliz sino a su lado. En presencia de Isabel bajaba los ojos, ruborizado; pero apenas se alejaba, la seguía con la vista. Sus ojos la “visteaban” inquisidores. Iban a besarla en la boca, querían penetrar el misterio de la bata inexpugnable. Eran como la pulga, que

pizpireta y saltarina,
haciendo suaves cosquillas,
va persiguiendo a las chinas
sus morenas pantorrillas.

“El Tápe”, un muchachito que trabajaba en la estancia, lo sorprendió una tarde en “una de esas” y sonriendo le dijo desfachatadamente:

—¿Te gusta la Isabela, no?

—Me gusta, ¡caray! Pero, ¡bah!... ¡Hay tantas jembras!...

En sus soliloquios decíase otra cosa:

—Me gusta..., me gusta..., ¿pa qué negarlo? Toy enamorau... como un zonzo. ¡Pucha..., si no juera por la madre!

En la estancia, Isabel criaba a una ternera guacha con biberón. El hijo del patrón—mal tirador—había muerto a la vaca madre de un tiro. Inútilmente la hija de los caseros de “San Lorenzo” buscó una nodriza para la “guacha” entre las vacas con cría. La oían, mugían amenazadoramente y... se negaban a aceptarla.

Con el pretexto de la ternera, a Carlos le fué desde entonces más fácil hablar con Isabel. Desde el momento en que ella se puso a la tarea, él, como más experto en esos menesteres, se ofreció a ayudarla.

A veces, al acariciar a la “guacha”, las manos del gauchito parecían querer hacerle una caricia a la muchacha, que, sonriendo, con cariño, seguía todos sus movimientos.

II

Estaba el tiempo nublado. La “guacha”, la mimada de Isabel, se hallaba atada en el patio, al reparo.

Carlos se preparó a poner en ejecución un plan que largamente había meditado.

Se aproximó a la ternera, y con un cuchillo cortó la sogá con que se la sujetaba.

En este preciso momento se oyó un trueno formidable. Empezó a llover fuertemente.

Isabel salió al patio a ver si algo habíale pasado a la ternera. Carlos, cautelosamente, la siguió. A la luz de un rayo, la muchacha vió huir a la “guachita”, a campo traviesa, bajo la lluvia torrencial.

Entonces corrió ella también. La lluvia le calaba los huesos, el frío la hacía tiritar. El agua le chorreaba por el cuello.

El peón corrió tras ella. Pudo alcanzarla, lejos ya de la estancia.

—La ternerita...—dijo ella.

—Ya lo sé. Güélvase...

—No..., ayá va. ¡Corramos!...

Comprendió entonces el gaúcho que la muchacha no iba a desistir de su propósito. Quería a la ternerita como a una hija; ya se sabe a qué locos extremos suele llevar el amor maternal. Del sitio donde se encontraban hasta “las



casas” había unos quinientos metros. De éste a un rancho abandonado—lugar donde podían guarecerse—apenas unos doscientos.

Pero... la muchacha no podía hacer ya ni diez metros más. Empapada, con las ropas desgarradas, chapaleando en el barro blando y blancuzco, hundiéndose a cada rato, sus fuerzas la abandonaban.

El gaúcho no dijo nada. Pero..., delicadamente, aunque con imperio, la alzó en vilo y con sus dos brazos nervudos la sostuvo.

—Suélteme..., insolente... ¿No le da vergüenza?... ¡Aprovecharse e una pobre mujer... que no tiene quié la difienda!

La fierecilla se debatía en los brazos robustos del peón, y lo peor era que, como tenía las manos libres, podía arañarle.

Lo que hizo fué voltearle el sombrero y, viéndole sin él, tirarle de las “mechas” con todas sus ganas.

Carlos resistió el dolor heroicamente. Ni una palabra dijo. Nada. Ni “¡Ay!” “Hay que ser de fierro, hijo”...

El dulce peso que llevaba en los brazos era lo único que le preocupaba.



Cuando Isabel se cansó de gritarle: "chino sucio, mugriento, metido, cobardón. maula, so-treta", comprendió que era inútil insistir.

Así alzada la llevó aquel largo trecho, chapaleando en el barro, con riesgo de caer a cada instante.

Cuando llegaron al rancho, la lluvia caía con más fuerza.

Entonces, cuando él le dijo que se proponía ir a buscar a la "guacha", antes de que se hiciera más tarde, ella tuvo su primera palabra de cariño:

—No vaya ahura. Se va mojar mucho... por mí...

Fueron minutos de angustia los que la joven pasó en su refugio. Pensando en Carlos—contra su voluntad—, en que podía lastimarse, caer en un charco, contraer una pulmonía.

Transcurrió así más de media hora. La tarde iba oscureciendo, y en las sombras la muchacha se revolvió pesarosa, diciéndose que no debió haber permitido que el peón saliese.

De pronto sintió abrir la puerta, y se estremeció. Su rostro se alegró en seguida. Era Carlos el que llegaba. Estaba empapado, despei-

nado, lleno de barro. Traía la blusa desgarrada, pues se había enganchado en un hilo de alambre de púa. Mas sonreía, porque venía con él la ternera.

Isabel corrió hacia ella y la acarició, con ademanes de alegría:

—¿Te querías dir, no? ¡Mala, malita, mal agradecida!... ¡Tanto que hice por vos! ¡Tanto como te cuidé y te quise!...

Al levantar la vista reparó en Carlos y en su lamentable estado. Le tuvo lástima. Dejó que se acercara a la ternera. Las manos del enamorado acariciaron la piel manchada de la "guacha", lenta, amorosamente.

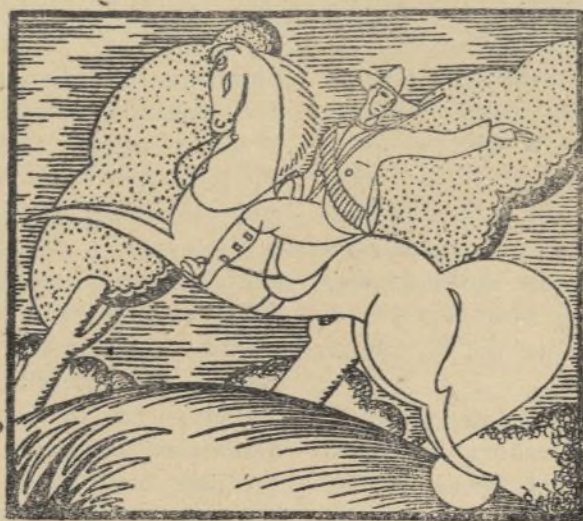
Sin decir palabra, Isabel, conmovida, lo contemplaba.

Volvió la mano ruda del paisanito a acariciar la piel mojada de la "guachita".

Entonces Isabel tuvo envidia. Una lágrima humedeció su rostro cetrino...

La puerta se cerró de golpe. En las tinieblas, la boca de Isabel buscó la de Carlos. Los dos cuerpos unidos formaron, un momento, una araña monstruosa de ocho patas

ALEJANDRO MAGRASSI.



panorama político

MARAÑÓN NO QUIERE AÑADIR NADA A LO DICHO

“Mi querido Guillén:

Ya conoce usted algo de la odisea de este reportero, que había dejado de serlo desde hace tanto tiempo. Embarquéme decidido a sorprender a Marañón en su retiro. Embarquéme en un vagón de los que el Norte nos hace padecer. Yo no quise llevarme la clásica merienda española—tortilla de patatas, merlucita rebozada y el consabido traguito: muy siglo XIX—. fui al coche-restaurante—muy siglo XX—. Un paréntesis: todavía no se ha dado cuenta la Compañía que los explota de que ruedan en territorio español; aquí hay letreros en todos los idiomas. menos en el nuestro. Y claro que siempre tiene uno que pagar la novatada. Creía yo ingenuamente que, puesto que en el Norte se censura a los Blasco, Baroja, Bordeaux, Fernández Flórez, Insúa, Ocampos y demás “atrofiadores” de cerebros vírgenes para que su literatura puedan digerirla las señoritas de más de sesenta años y los solteritos de cuarenta y pico, también tendrían censor para el control de las latas de conserva que se nos dan como frutos del tiempo. Error profundo. Llegué intoxicado, y son varios los días de descanso obligatorio que me he tomado sin permiso.

Conocí las delicias de un veraneo en las playas extranjeras: Hendaya, la primera del mundo..., después de cruzar el Pirineo. Agua corriente en todas las habitaciones..., cuando llueve. *Confort* irrepro-

chable. Servicio médico *à la dernière*. ¿El paciente es español? Multiplíquese por cuatro la tarifa. El correo y el telégrafo, rapidísimos: un telegrama puesto en Madrid el sábado a las diez de la mañana se recibe el lunes a las cuatro de la tarde; se exige la propina.

Me acerco a Royan, saco mis cuartillas y el interrogatorio que me he confeccionado. Este es el hotel, no cabe duda. *A tout seigneur tout honneur*. La presentación del eximio doctor Marañón está hecha.

—*Tengo el propósito de no añadir, por ahora, nada a lo dicho en mi artículo.*

Esto es terminante, categórico. Dicho por Marañón, querido Guillén, yo le aseguro a usted que no hay medio de insistir. Yo no he insistido.

Además, todo el ruido hecho por los periódicos alrededor de “El único camino” molesta a nuestro admirado amigo. Y es curiosísimo meditar acerca de lo que piensan, o hacen ver que piensan, algunos escritores. Marañón no quiere que se hable de él... Ahora que no lo conseguirá, porque no contamos en España con tantas eminencias vírgenes de la mácula política, y es preciso que las raras que poseemos las cultivemos. Son muchos los que estuvieron ya en las tribunas, en los escaños, en las alturas, y son muchos los que nada hicieron o los que lo hicieron bastante mal. Estos son los que debían callarse. Plaza a los jóvenes, a los pu-

ros, a los que, "hasta prueba de lo contrario", debemos considerar como tales.

Pero todo esto son consideraciones aparte. Marañón me declara contundente, refiriéndose a la tinta que ha hecho verter su artículo:

—*Los periódicos han publicado hasta una carta privada, y anterior al artículo, variando la fecha. Mi actuación puramente científica en esta vida se ve turbada de cuando en cuando con estos remolinos, nacidos de lo que soy y quiero ser: ante todo, un buen ciudadano, leal con mi criterio político.*

Querido Guillén: confieso humildemen-

te mi fracaso. No he *podido* hacer más. Regreso con mi interrogatorio tal y como lo concebí. Pero tengo una satisfacción y un honor que podemos repartirnos: Marañón ha escrito un solo artículo para ATLÁNTICO; no ha escrito nada más, nada más ha dicho, y, cuando llegue la hora de que hable, lo hará desde nuestras columnas, tribuna libre en la que nada se inventa, siempre abierta a las grandes ideas, cuyo desarrollo está haciéndonos, en España, demasiada falta.

Un abrazo a usted y a todos.

BORIS BUREBA.

Royan-Pontailiac, agosto 1929."

LA POBRE CONSTITUCIÓN DEL 76...

Siempre hay un inocente a quien cargar las culpas de los que no lo son. Este sufrido papel le ha sido adjudicado a la Constitución de 1876. No ha habido abuso, corruptela, picardía, escándalo ni catástrofe cuya responsabilidad no sea atribuida al Código político que elaboró don Antonio Cánovas del Castillo. La acusación está, por lo visto, en pie, coreada a lado y lado por elementos de la derecha y por elementos de la izquierda. Lo que no aparece en lugar alguno, erguida y aun elegante, es la prueba apetecida para consolidar el aserto, sin que podamos esperar el advenimiento de la demostración, porque decir que se perdieron las colonias, que se falseó el sufragio, que levantó la cabeza el sindicalismo, que España padeció quebrantos sin cuento, por obra y gracia de la Constitución del 76, no es una tesis viable: es, pura y simplemente, una pamplina.

* * *

Yo no soy un enamorado de la Constitución que muchos se obstinan en mantener sobre el banquillo de los acusados. Pero no es preciso serlo para creer en su eficaz función histórica. Los hechos no se desarrollan jamás

con arreglo a la voluntad ni al gusto de cualquier comentarista. La actitud razonable del que contempla—a la distancia que da el tiempo—el curso de la Historia, es la de explicar, por los hechos mismos, la lógica de su encañamiento, el sentido de su enlace. La Constitución del 1876 no puede ser juzgada sino en relación con un acontecimiento previo, de importancia decisoria: la proclamación de Alfonso XII en Sagunto. Advertido esto, lo otro es consecuencia necesaria. ¿Qué Constitución cabía hacer ya, sino la que Cánovas hizo?... Leyendo los vejámenes y diatribas de estos días cabría pensar que Cánovas fué un estadista ligero, delirante, ajeno a las naturales exigencias del lugar y del momento; que improvisó un tenderete político a base de caprichos y lecturas... Nada de eso. Todo al revés: Cánovas se encontró con un problema gravísimo y apremiante. El más apremiante y grave problema que puede atosigar a un gobernante. A saber: reconciliar a los ciudadanos en armas, unificar la conciencia nacional... Que consiguió restablecer la convivencia española, bajo un amplio concepto jurídico, lo prueba un simple vistazo a las hojas inmediatas de la

historia española. Nada ya, durante cincuenta años, de aquellas tristes, afrentosas manchas de sangre, que salpicaban y aun cubrían páginas enteras de nuestros anales. Guerras civiles, pronunciamientos, revoluciones de toda índole... Cánovas encontró a un lado al tradicionalista iracundo, con su bayoneta calada o el trabuco apercebido. A otro lado, al republicano de acción, fortalecido por potente organización, embozado en capa de conspirador, que no se sentía inclinado a esperar ni a transigir... Transigió, sin embargo, o se aburrió en una espera que se hizo vana. Como el tradicionalista, quedó desarmado. Y todo eso se logró, a beneficio de España misma, gracias a esa inculpada Constitución del 76, que creó una zona media, ancha, larga y profunda, en que el ejercicio de las libertades públicas garantizaba a todos la práctica de su fe, haciendo innecesaria la propaganda clandestina, la violencia y cualquier suerte de antagonismos belicosos.

La opinión respiró a pleno pulmón un aire nuevo, purgado de pólvora y odios banderizos. Las Instituciones ganaron estabilidad, porque un mecanismo de partidos turnantes amplió gradualmente la base de sustentación. Es posible que al nacionalizarse la Monarquía restaurada, cesando para siempre los ensayos del 68 al 74, sufrieran daño esos otros estímulos ideales que ennoblecen la vida de los pueblos con la inquietud de una visión superior. La Restauración, de rechazo, mató la esperanza en un Estado mejor, que no continuase la Historia de España, sino que la renovara totalmente. Desde este punto de vista es lógico deplorar la solución prejuzgada por Sagunto.

Pero piensen, por lo mismo, la incongruencia en que incurren los que, suscribiendo el grito de Martínez Campos, rechazan su consecuencia natural: la Constitución del 76.

* * *

Los males—no pequeños, ciertamente—que afligieron a la España contemporánea no derivaron del Código que trató de estructurar su vida pública, ni de ninguna de las leyes complementarias posteriores. La proposición contraria es más bien la cierta: el incumplimiento de las leyes constitucionales determinó la situación que todos lamentamos. ¿Quién puede desconocer, por ejemplo, que el soborno, en materia electoral, estaba en las costumbres, no en la ley escrita? Una simple función policiaca podría acabar con el bochornoso espectáculo del inconfesable "do ut facias". Como un buen reglamento de Cámaras podría acabar con los abusos verbalistas, con las obstrucciones de mezquino interés partidista, que acaso obstaculizasen la buena marcha de las Cortes. Y así sucesivamente...

Tema largo éste, abundante en derivaciones, cuyo examen no podría hacerse sin dar alguna extensión al estudio de la conciencia española en nuestro tiempo. Para mantenerla viva, sensible, propicia en todo instante a la práctica ciudadana, la Constitución del 76 no fué rémora. No sirvió de estorbo a nadie. Bajo su patrocinio gobernó bien quien pudo, y mal quien no supo.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.

H O R A C O N S T I T U Y E N T E

La publicación del anteproyecto de Constitución y leyes complementarias, hecha o determinada por el Gobierno, tiene (aparte cualquier posible contenido jurídico, cualquier propósito estructural) un valor definido, neto, político. Este valor es el de declarar oficialmente abierto un período constituyente para España. No debe extrañar demasiado que en tal momento las voces conservadoras, incluso las rotuladas

liberales, clamen por la vuelta a la Constitución de 1876, cuya efectiva vigencia desapareció con el advenimiento de la Dictadura. Partidarias de una ficción por la que se reanudase la continuidad, o de un acto que revalidase y volviese a poner en vigor el texto derogado por modo tácito, su opinión, aunque ingenua en exceso, nace de una intención excelente.

Es de tan sabido vulgar que la Constitución

de 1876 aspiraba a conseguir un equilibrio de las fuerzas políticas del país. A ser una Constitución nacional; no de partido o de grupo.

Una idea clarísima de lo que debe ser una Constitución presidió la obra de Cánovas del Castillo, y le hizo propugnar la de tipo ecléctico y doctrinarista que fué ley fundamental del reino desde la Restauración, hasta el advenimiento de la Dictadura. Creía Cánovas que no era posible realizar una obra viable, susceptible de permanencia, sin tener en cuenta la hipotética fuerza de expansión de los partidos izquierdistas, y la fuerza efectiva de las derechas, aun de las derechas extremas derrotadas en el campo de batalla.

Idéntico modo de pensar hace que las voces conservadoras a que aludía postulen el restablecimiento de aquel texto básico, como estatuto que garantiza la convivencia de todos los españoles en el suelo nacional, y que es capaz de contar con el acatamiento, si no con la adhesión general. Prudentes y expertas, advierten cómo una Constitución en que se exprese la voluntad de un partido, de un sector, por grande que sea, del país, no obtendrá el reconocimiento del resto y vivirá una vida precaria, expuesta a ser sustituida por otra en que encuentren expresión las aspiraciones políticas del sector excluido, contagiado, no de aquellos principios, pero sí de la intransigencia con que

se mantienen.

Sin embargo—y por eso he calificado de ingenua la petición de un regreso a lo antiguo—, no es posible que las aguas corrientes retrocedan, ni prescindir de los acontecimientos y de la realidad que estos acontecimientos nos ofrecen. La realidad es que el difícil equilibrio que la Constitución del 76 había conseguido, ha sido roto. Y lo ha sido—he aquí lo sorprendente del caso—no por el avance natural de instituciones más democráticas y más liberales, sino por impulso de las derechas.

No es difícil, en efecto, hallar en el estilo de la Dictadura una influencia persistente de la manera—bronca y viriloide—con que Joaquín Costa se dirigía a las masas, y hasta una secuela de su ideología. Como tampoco es difícil constatar que el hecho del 13 de septiembre del 23 ha realizado la exaltación de esa España sana, de la *España verdadera*—rural, provincial—, por cuyo advenimiento a la vida pública habían clamado los pensadores de la generación del 98, en su demanda de hombres nuevos.

El Gobierno solicitado, ha estimulado la crítica del anteproyecto que la Asamblea Consultiva presenta. Para rechazarlo en bloque no es preciso examinar su técnica, las estructuras que crea, la fuente de la soberanía.

FRANCISCO AYALA.

POLÍTICA NACIONAL Y POLÍTICA INTERNACIONAL

Es indudable que los problemas planteados por la Post-Guerra—sólo resueltos en una mínima parte—han intensificado la preocupación de los pueblos por la política internacional. Esta preocupación—atención, actualización—se ha extendido a todos los ámbitos del planeta familiarizando al gran público con los problemas de política externa, no sólo de Europa y de América, sino también del resto del mundo.

Pero como se afirma en sectores bien determinados, después de la Gran Paz hay una marcada evolución hacia una menor participación de la masa en las actividades de la política nacional. La Post-Guerra, como época minoritaria, de espacialización y de técnica, ha querido

en el terreno político reservar a la minoría—por especialización—la técnica y el ejercicio del gobierno. La consecuencia bien marcada de este criterio se consagra prácticamente en todo el arco-iris de variedades de Dictadura.

La mayor preocupación internacionalista de una opinión nacional la distrae indudablemente de los problemas interiores. Desde siempre fué un truco de política el entretener al pueblo con empresas exteriores. Pero la política internacional hecha sabiamente no sólo tiene un valor de subterfugio, sino que su contenido puede ser más estimable y desde luego extraordinariamente más útil. Como dice Ortega y Gasset “sólo una acertada política internacio-

nal, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es siempre, a la postre, política de poco calado”.

Planteada así —escuetamente— la relación entre las dos políticas, viene la necesidad de establecer un postulado diciendo que a más política internacional, menos política interna. Sea así para mal o para bien.

Pero por su propia fuerza, este postulado ha venido a referirse a la actividad política —participación en el Gobierno— y no a la preocupación—vocación—por la teoría. La Post-Guerra, con todo su furor internacionalista, no logró desinteresarse de la resolución ideológica y doctrinaria de los problemas de Derecho Público. Epoca de revalorizaciones, plantea ante los jóvenes todo el problema del Estado Representativo—parlamentarismo—, que había vivido por más de un siglo como panacea universal y perfecta, y como tal, irrevisable.

Pero este problema, en realidad, más desorienta que inquieta a nuestros jóvenes. El Parlamento desde fuera sólo tiene frialdad de mármol o ruindad de adobe. Pero nada más. Y por tanto, no atrae a la pasión, que es la vitalidad propia de la política.

La opinión pública, al transformarse haciéndose más universal, ha hecho que la preocupación internacional gravite indudablemente en las orientaciones de política interna. No sólo tienen actualmente más repercusión las oscilaciones de la balanza de los demás pueblos en

uno determinado, sino que se procura resolver casi todos los problemas internos con soluciones internacionales. A ello tiende especialmente la Paneuropa de Coudenhove-Kalergi. Y también su sintetización por Briand—espectacularmente—en sus Estados Unidos de Europa.

Los regímenes políticos habrían de encontrar su fuerza—dentro de la gran crisis de las ideas de la Post-Guerra—en el aglutinante exterior que une las diferentes preocupaciones políticas nacionales. El yunque y el martillo de la Gran Guerra forjaron la conciencia pública de 1920. Y no sólo de los beligerantes, sino también de los neutrales, a los que, si bien sólo llegaron los chispazos, fué con todo el prestigio candente del hierro puesto al rojo.

Así vemos—de repente—convertirse la Dictadura en fenómeno no sólo internacional, sino histórico. Y es precisamente en esto en donde había de encontrar su mayor fuerza.

La actualización de este fenómeno produjo la llamada crisis del parlamentarismo, que es un viento formado con soplos de todos los rincones. El régimen parlamentario—más que incógnita, laberinto—, hecho problema de tiempo y de amplio espacio, sólo tendrá la solución que universalmente quiera dársele. Y lo mismo acontecerá con los atrayentes espectáculos de fuera—*ballet* ruso, ópera italiana—o con la mejor intencionada receta nacional de un castizo concierto de guitarra.

JOAQUÍN RODRÍGUEZ DE GORTÁZAR.



N o v i o s e n t r e n

Hora de vuelta,
tarde de abril
en este lírico
ferrocarril.

Todo el paisaje
vuelve también
junto a nosotros
—novios en tren—.

Tras los cristales
—lunas gemelas—
tienden las vías
sus paralelas.

Van dibujando
las ventanillas
sombras veloces
en tus mejillas.

Ciego de túneles
gime el vagón
con una música
de acordeón.

Como prendido
de largos besos:
¡jovial domingo
de los regresos!

Tarde pasada
bajo la sombra
de tu mirada.

ALFREDO MARQUERÍE.

Novelistas americanos

EL BÚCARO DE CRISTAL

—¿Conque no está aquí, en el pueblo, la familia de Elena?—inquirió Tomás.

—No—le respondió Pilar, su hermana—. Según sé, pasarán unos días en el balneario, y luego volverán.

Tomás se acomodó mejor en el banco, y, dejándose mecer por el susurro de la gigante acacia que le daba sombra, guardó silencio.

Entonces Pilar, pensando que su hermano deseaba entregarse al reposo y a los recuerdos, abandonó discretamente el jardín y entró en la casa.

¡Qué de cambios hallaba Tomás en el huerto! ¡Mentira parecía que sólo en esos dos años que duró su ausencia, los árboles hubieran crecido tanto!...

Los midió con los ojos, y, después de contemplarlos por algunos momentos, se hundió en el recuento de sus memorias.

Largos y cortos a la vez parecíanle esos dos años de estudio que había pasado lejos de su pueblo; largos, cuando tuvo que contarlos día por día; cortos, al verlos, por fin, concluidos, conduciéndole amablemente hacia el rincón preferido, ese dulce rincón donde estaban su casa, su familia, Elena...

Tomás se recostó en el banco, y, fijando la mirada en el horizonte, reconstruyó el idilio.

Ella, Elena, había sido su compañera de juegos en la infancia. Juntos habían cazado mirlos, mariposas, abejas, moscardones; juntos habían tejido guirnaldas con rosas y madreselvas; juntos habían perseguido lagartijas y grillos... ¡Cuántos paseos por el valle acompañados de las dos familias! ¡Cuántos altos bajo los árboles! ¡Cuántos descansos a la orilla del río!... Después, las cosas habían cambiado un tanto, porque Elena no era ya una niña. Cesaron, pues, los juegos y los paseos por el campo. Asimismo las dos familias, sin motivo quizá, y sólo por seguir la ley de que no hay nada durable en este mundo, dejaron de verse. Pero Tomás, fiel a su devoción, buscaba ocasiones para encontrarse con su camarada, ya cuando

ella salía del colegio, ya cuando la banda tocaba en el parque de los Olivos y el pueblo entero se daba cita allí para escuchar la música.

—Nuestras familias no se visitan como antes—decía Tomás a Elena con la voz entristecida—. Pero yo—agregaba—soy el mismo.

—Y yo la misma—respondía su amiga en tono seguro y convincente.

Cierto que los dos camaradas continuaban siendo amigos; pero las posibilidades de verse con la frecuencia de antes habían minorado también. Y, como consecuencia natural, aquella confianza plena que existía entre uno y otro comenzó a transformarse, degenerando en timidez. Además, ¿cómo tener la valentía de otro tiempo ante los ojos de Elena, que había crecido tanto, cuando su voz no era ya la misma, cuando de sus labios salían discursos que acusaban tanta comprensión y lógica?

El joven, influido por aquellos cambios, llegó a encontrarse un día con que él también había sufrido una transformación; en efecto, su apego a Elena no era ya el afecto sencillo que une al niño con su compañera de juegos: era una devoción emocionada y tímida que le quitaba franqueza, pero que le tenía cogido por entero, robándole mente y alma. Tomás, frente a frente de ese nuevo aspecto, se había detenido en su vida para estudiar los motivos de tal evolución, y ya sin sorpresa pudo dar con la verdadera clave de todo: su afecto amistoso por Elena se había trocado en amor. No pasaba otra cosa. ¿Qué hacer entonces? Lo único indicado: confesar a su amiga la verdad.

Tomás se inclinó en el banco, y entrecerrando los ojos, recordó emocionado aquella entrevista. Había sido al caer de la tarde, a través de la verja que rodeaba el jardín de Elena. El sol moría en el horizonte; el cielo, a lo lejos, se había enrojecido; pero el huerto de la amiga predilecta, envuelto del todo por el follaje de las lilas en flor, se hundía en la sombra. Y así, casi sin verse, aprovechando un hueco que dejaban las rosas trepadoras, Tomás confesó la

verdad, aquella hermosa verdad de amor, que sonaba al unísono con el viento y que parecía perfumarse con todas las fragancias del jardín...

El mozo suspiró al recordar esos instantes, y vió de nuevo a Elena, inclinada, con la vista en el suelo, con los labios entreabiertos por la emoción, poniendo sobre ellos un discreto dedo, porque alguien se acercaba dentro del jardín... El silencio los cobijó durante algunos momentos; y como los pasos importunos volvieran a dejarse oír, Tomás había tenido que alejarse, y esa primera entrevista quedó en suspenso, al igual de una hojilla que el viento se lleva... Mas pocos días después, y en el mismo sitio, la escena se repitió: y entonces nadie fué a interrumpirla. ¡Qué dulzura!...

—Parto mañana—había dicho una tarde a Elena—. Mi padre me lo exige... Tengo que obedecer. Pero estos dos años de ausencia nada podrán sobre mi corazón. El estudio me guardará todo entero para ti. Volveré...

Elena había bajado la cabeza, resignada y entonces él, poniéndole en las manos aquel artístico búcaro de cristal azul que formaba sus delicias desde que era niño, le dijo emocionado:

—Este búcaro hablará... El sabrá decir la verdad en todo instante... El te repetirá noche y día lo que yo te quiero...

Elena tendió las manos para recibir el presente, y después de apretarlo contra su corazón lo contempló extasiada.

Aquel búcaro semejava el cáliz de una flor. Sobre el tono azul de los pétalos, algunas gotas blanquecinas, de cristal, fingían un salpique de rocío; y abajo, escondido en el pie, llevaba escrito, con letras minúsculas color de acero, este lema que los dedos de Tomás habían grabado, y que parecía representar su amor: *Yo soy sinceridad; yo soy verdad.*

—El búcaro habla..., ya lo ves—dijo Tomás nuevamente, señalando aquellas letras—. Yo me voy, pero él se queda aquí... ¡Cuántas cosas le he encargado!...

Después había venido la ausencia, la separación de los dos, y luego, las cartas, muy pocas por cierto, ya que reinando la frialdad entre las familias de ambos, no parecía oportuno externar ese amor.

Tal era la historia que Tomás, al día si-

guiente de llegar a su pueblo, repasó punto por punto bajo la gran acacia del jardín.

—¡Yo, que hubiera querido volar en el viaje para llegar cuanto antes..., y Elena, que no se encuentra aquí!...

Esta amarga reflexión cerró la historia de los recuerdos. Y en seguida el joven, levantándose del banco, entró en la casa.

Pilar y su madre, como abejas atareadas, se ocupaban en ordenar la alcoba del recién llegado, guardando en los armarios la ropa que asomaba aún por las fauces de las maletas...

—Todo quedará muy bien—dijo Pilar a su hermano—. De nuevo estará tu nido como antes...

Tomás besó tiernamente a las dos mujeres, y después comenzó a prepararse para salir.

—Tengo que llevar cierta carta a la calle de la Cruz. Es encomienda que un amigo me dió al venirme... Se trata de su primo, pintor notable por cierto, que está pasando aquí una temporada para copiar del natural escenas y paisajes típicos... Me pidió que le visitase... Marcho, pues, en su busca.

Tomás descolgó el sombrero y se dirigió hacia la puerta. Ya en la calle, volvió a entregarse a sus recuerdos, lamentando que Elena estuviese ausente.

—Ella es mi vida—pensó—. Creo que hasta el valor va a faltarme cuando la vea...

Ensimismado en sus reflexiones, sólo volvió a la realidad al sentir en la mano el aldabón de la puerta que buscaba.

A los golpes, un joven acudió solícito.

—¿Vive aquí don Fernando Morán?

—Soy yo, precisamente.

—¡Ah! Mucho gusto... Traigo una carta de su primo...

—Sí, sí; la esperaba ya. Sirvase usted entrar. Por aquí, por aquí... Pasemos a mi estudio.

Tomás fué conducido a través de varios pasillos angostos y largos, hasta llegar a una extensa galería llena de cuadros grandes y pequeños, pendientes unos de las paredes y otros de las columnas que ornaban la estancia. En el centro de ella, un gran caballete sostenía la tela que el artista pintaba momentos antes de abrir la puerta.

—Estoy copiando el río—dijo a Tomás—. Exáminelo usted para ver si le encuentra el parecido. Frente a frente de sus aguas, trazo un pequeño apunte, y luego, con él a la vista, vengo a trabajar aquí. ¿Reconoce usted su río, su hermosísimo río, que para mí no tiene igual?

—¡Ya se ve que es él!—dijo Tomás con entusiasmo—. Está tomada la vista desde el recodo, ¿no es así? ¡Cuántas veces me he sentado bajo los sauces que sombrean ese rincón!... Es usted un gran artista...

El pintor había invitado a su visitante para que tomara asiento junto a la ventana. Desde allí se veían las puntiagudas torres de la iglesia, carcomidas, oscuras, manchadas a trechos por el musgo.

—He pintado también ese trozo—dijo Fernando Morán señalando hacia las torres y trayendo en seguida la tela donde éstas aparecían—. Ha sido un verdadero encanto para mí copiar ese remate de iglesia gótica... Deben estar ustedes orgullosos de poseer tales bellezas.

—Lo estamos—dijo Tomás—. Como que yo las he recordado intensamente durante los dos años que he permanecido lejos de ellas... Pero hoy vuelvo decidido a no salir de aquí sino para el viaje final... Mas veo que me olvido de cumplir con el encargo que para usted me dió su primo...

Sacó la cartera, buscó entre los papeles un sobre y lo entregó al pintor.

Morán dió lectura en alta voz a la carta. En ella se hacía el elogio y la presentación de Tomás. "Ya que tú, mi querido Fernando, vas aún a permanecer allí por algunos meses, la comunicación con ese amigo mío, que es un soñador, y, por tanto, un gran comprensivo del arte, ha de ser para ti gratísima..."

—Sí que lo es—dijo el pintor, cerrando el pliego y colocándolo sobre una repisa próxima.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Como vivo solo—añadió Morán—, soy a la vez señor y criado... Disculpeme usted...

Y se levantó para salir. Tomás, entonces, poniéndose en pie, se dispuso a examinar de nuevo algunos de los cuadros. Ninguno como el paisaje del río. ¡Qué brillo, qué luz había

en aquellas aguas!... Iba a encaminarse hacia el caballete, cuando vió, muy cerca del sitio en que estaba, una pequeña mesa, y sobre ella, colocado artísticamente en el centro, un búcaro de cristal azul...

La vista de tal objeto no le permitió ya avanzar. Parecía increíble la semejanza que aquella ánfora tenía con otra, demasiado conocida de él... ¿Era posible?... La misma forma, remedando una flor; las mismas gotas blanquecinas, de cristal también, fingiendo un salpique de rocío sobre los pétalos; el mismo tono azul...

Tomás, después de admirar el parecido, vaciló... ¿Y si ese búcaro fuese el mismo, el mismo que sus manos habían puesto una tarde en las manos de Elena?... Pero no; no era posible semejante cosa. ¡Cuán pronta está la imaginación para fraguar tempestades!...

El joven se pasó una mano por la frente, pretendiendo ahuyentar pensamientos sombríos; mas casi sin darse cuenta de ello, instintivamente, su otra mano bajó para tomar el búcaro... Era preciso ver si en la base del ánfora estaba escrito, con letras color de acero, cierto lema...

Tomás, vacilante, emocionado, clavó la vista allí, deseoso aún de engañarse. Pero no; su presentimiento se apoyaba en la realidad: bien claras, como si aquello estuviese grabado con letras de fuego, aparecían las frases que su amorosa mano escribiera en otro tiempo: *Yo soy sinceridad; yo soy verdad.*

Efectivamente, el búcaro, como representante de la verdad más pura, hablaba... Su presencia allí parecía estar impuesta por la fidelidad. Sólo se había introducido en esa casa para desenmascarar la situación, para acusar, para revelar, para hacer la luz. No en vano Tomás había confiado en él.

Iba a darle las gracias en silencio, cuando Fernando Morán se presentó nuevamente en la galería.

—Razón tiene usted—dijo a su visitante— para contemplar de cerca ese búcaro; es en verdad de una belleza rara... Yo le tengo un cariño profundo...

El pintor quedó silencioso por un momento, y luego continuó la confidencia:

—Es regalo de mi novia... Porque en esta tierra de usted he venido a encontrar satisfacción entera para mi arte, y dulzuras sin nombre para mi corazón... Cuando parta de aquí, no iré ya solo, como vine: la mujer elegida me acompañará...

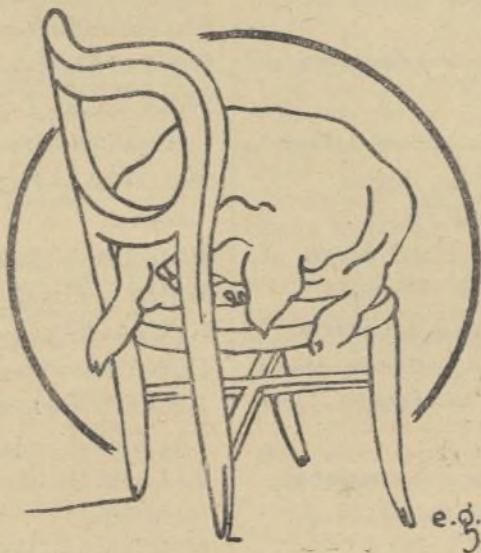
En aquel momento un ruido estrepitoso cortó el relato del pintor. Era que el búcaro, desprendido violentamente de las manos de Tomás, acababa de hacerse trizas sobre el mosaico del pavimento... Sólo quedaban de él fragmentos pequeñísimos y un polvillo azul que dispersaba el viento por la galería...

El causante del daño, simulando confusión, profirió algunas palabras de excusa, tomó el sombrero precipitadamente y huyó por los pasillos hasta ganar la puerta de salida.

Y fué así como un pequeño búcaro de cristal hizo en aquella ocasión dos favores: mostrar en toda su deformidad a la mujer traidora y separar con pretexto oportuno a dos hombres que podían matarse.

MARÍA ENRIQUETA.

(Del libro *El arca de colores*, publicado por Espasa-Calpe.)



Guía de hoteles de España

- ALAVA.—Hotel Peña (Vitoria).
ALBACETE.—Hotel Elordi.
ALICANTE.—Palace Hotel.
ALMERIA.—Hotel Simón.
AVILA.—Hotel Inglés.
BADAJOZ.—Hotel Palace.
BALEARES.—Hotel Reina Victoria.
BARCELONA.—Palace Hotel.
BURGOS.—Hotel Norte de Londres.
CACERES.—Hotel Europa.
CADIZ.—Hotel de France et Paris.
CASTELLON DE LA PLANA.—Hotel Suizo.
CIUDAD REAL.—Grand Hôtel.
CORDOBA.—Hotel Regina.
CORUÑA.—Palace Hotel.
CUENCA.—Gran Hotel Moya.
GERONA.—Hotel Italianos.
GRANADA.—Hotel Inglaterra.
GUADALAJARA.—Palace Hotel.
GUIPUZCOA . — Regina Hotel (San Sebastián).
HUELVA.—Hotel Internacional.
HUESCA.—Hotel San Lorenzo.
JAEN.—Hotel Rosario.
LAS PALMAS.—Hotel Metropole.
LEON.—Hotel del Norte, el más moderno y confortable. Avenida de Palencia, 1, teléfono 537.
LERIDA.—Palace Hotel.
LOGROÑO.—Hotel París.
LUGO.—Hotel Méndez Núñez.
MADRID.—Hotel Florida.
MALAGA.—Hotel Simón.
MURCIA.—Hotel Reina Victoria.
NAVARRA . — Hotel Maisonave (Pamplona).
ORENSE.—Hotel Miño.
OVIEDO.—Hotel Cavadonga.
PALENCIA.—Gran Hotel Samaria.
PONTEVEDRA.—Palace Hotel.
SALAMANCA.—Terminus Hotel.
SANTANDER.—Hotel México.
SANTA CRUZ DE TENERIFE.—Hotel Orotava.
SEGOVIA.—Hotel Comercio Europeo.
SEVILLA.—Hotel Inglaterra.
SORIA.—Hotel Comercio.
TARRAGONA.—Hotel Europa.
TERUEL.—Arago Hotel.
TOLEDO.—Hotel Castilla.
VALENCIA.—Gran Hotel Oriente.
VALLADOLID.—Gran Hotel Inglaterra.
VIZCAYA.—Hotel Carlton (Bilbao).
ZAMORA.—Hotel Suizo.
ZARAGOZA.—Gran Hotel Universo.

CUERPOS Y ESPÍRITU

CÓMO MURIÓ DAMIÁN, EL SABIO

De lo que casi estaba seguro Damián, era de la existencia del mundo exterior. O, por lo menos, de algo que obraba con una evidente falta de armonía en relación al mundo en que él desarrollaba su actividad.

No por él mismo, naturalmente, que consideraba como algo insensato todo lo que sucedía fuera de sí. Desde los tranvías y los "autos", que podían atropellarlo de un momento a otro, cuando cruzaba la calle, con sus manos a la espalda y su mirada perdida en las junturas de los adoquines, hasta los lamparones que engalanaban su traje pardusco, nada tenía una existencia verdadera.

No había más en el mundo que sus pensamientos. Los ponía en fila y les pasaba revista, como un general a sus soldados. Unos le ponían triste, y otros le hacían reír. Cogía éste y dejaba aquél. Los ordenaba y los desordenaba...

¡Para eso era sabio! ¡Para hacer con las ideas lo que le viniera en gana! Para sentarse de tertulia con ellas a la mesa del café, en la silla o en el banco de un parque solitario, o, simplemente, entre las cuatro paredes de su habitación. Así, todo el día en ellas, las trataba con la mayor confianza, sin importarle un pito que fueran de la categoría que fuesen. Y así vivía, abrazándose con una, regañando con otra, disponiéndose a darse de puñetazos con ésta o entablar pleito con aquélla.

Cuando algo o alguien tenía la pretensión de hacerle comprender que, fuera del círculo en que él se movía, existía un mundo, lanzaba una sonrisa benévola y se echaba más hacia la nuca el torpe nudo de su corbata, o dejaba gotear sobre los pantalones el café que estaba tomando.

Pero Matea, su mujer, le decía:

—¡Cosme, eres un imbécil!

(¡Y eso que era un sabio!)

Y ante aquella observación, Damián vacilaba, y penetraba en su alma ingenua la sospecha de que allí fuera había algo que no era su tertulia de ideas.

Sin embargo, se olvidaba en seguida, si bien su señora tenía buen cuidado de recordárselo a cada ocasión. Por su parte, él hacía también lo que podía por evitar estos apremiantes recordatorios, y procuraba dejar el paso libre a su costilla, cuando la tropezaba en su camino. Y hasta a veces se ponía a pensar, para consolarse, que muy bien ella pudiera ser asimismo un simple *fenómeno*, sin consecuencias. Aunque se necesitase toda la buena intención de Damián para pensar así, porque ella era, sí, un fenómeno, pero de aplastante y carnosa realidad.

Se iba a un rincón de cualquier parte, se sentaba, y se ponía a leer... Leía con tal avidez, que uno de sus biógrafos aseguraba que dejaba, después de leerlos, los libros completamente en blanco, porque se sorbía, no sólo las ideas, sino también la tinta.

Amontonaba libros y libros sobre el suelo, sobre la mesa, sobre la cama, sobre la alfombra..., y hasta sobre las mismas estanterías. ¡Qué cuarto aquél, Dios mío!

Doña Matea le decía con gesto agrio:

—No sé para qué necesitas tantos papelotes.

—¡Pero mujer, no son papelotes!

—¿No? ¡Eso crees tú, que eres un majadero! ¡Engañifas, sacadineros, en las que te gastas lo que haría falta para otras cosas!

Y con esta frase—"otras cosas"—, al parecer tan vaga, doña Matea, la señora de Damián, aludía concretamente a un sombrero, un vestido y unos zapatos, que siempre juzgaba que se había hecho de menos aquella temporada.



El caso es que, en su propio domicilio, le era muy difícil a Damián procurarse la debida tranquilidad para sus lecturas, porque ella lo buscaba insistentemente, hasta dar con él, y le lanzaba impertinencias, aunque fuese a través de la puerta, cuando se encerraba con llave en algún cuarto.

Por eso prefería la noche. La noche era suya, mientras su consorte roncaba como un buey sobre el abandonado tálamo. El se había acomodado, para descansar en toda la extensión de la palabra, un apartado cuartito con un catreillo desvencijado. Cada noche subía sobre este armatoste *entiembeleque*, con su libro apretado contra el pecho, con los lentes en la punta de la nariz y una sonrisa de glotón en los labios. ¡Cualquiera hubiera dicho que se iba a comer el tomo, con pastas y todo!

Leía, leía..., y, casi siempre, cuando terminaba la lectura, las maderas cerradas del balcón aparecían surcadas de líneas de luz.

Mientras saboreaba las mieles del pensamiento de los demás y las mezclaba con las de su propia cosecha, Damián fumaba. Era su único contacto con la realidad—¡y qué realidad!—, una dura realidad de pitillos de la Tabacalera. Para él se había hecho aquello de que “el cigarro es un descanso en el trabajo y un trabajo en la ociosidad”. Empalmaba uno tras otro. Daba una chupada, mientras volvía la hoja, y mientras leía las dos páginas nuevas, ensimismado, se le apagaba el cigarro, unas veces por consunción y otras porque la lumbre se le caía sobre la sábana, haciendo un maravilloso redondelito de bordes chamuscados, que, unido a otros muchos, daban a la tela un aspecto pintoresco de calado arbitrario.

Entonces, en otro pequeño intermedio, cogía su caja de cerillas y volvía a encender... Por la mañana, la criada recogía cerillas de encima de la cama, de encima de la mesa, de la palangana, del jarro del lavabo, del vaso de

agua, de las pantuflas y de los bolsillos del pijama.

* * *

Aquella noche se había retirado a su celda más pronto que de costumbre. Entre las manos llevaba un libro intacto, recién salido de las prensas. ¡Un libro que trataba de algo que a ustedes les tendrá perfectamente sin cuidado, de seguro, pero que a él le hacía palpar el corazón y tililar los lentes sobre la punta de la nariz de sólo pensarlo!

Pero cuando fué a dar vuelta a la llave de la luz, continuó la misma oscuridad absoluta que reinaba al entrar en el cuarto. ¿Se había fundido la bombilla? Puso otra, y se convenció de que la avería era más seria. ¡Maldita casualidad! ¿Casualidad? Poco antes de acostarse había sentido a su consorte andar en su habitación. ¿Habría sido...?

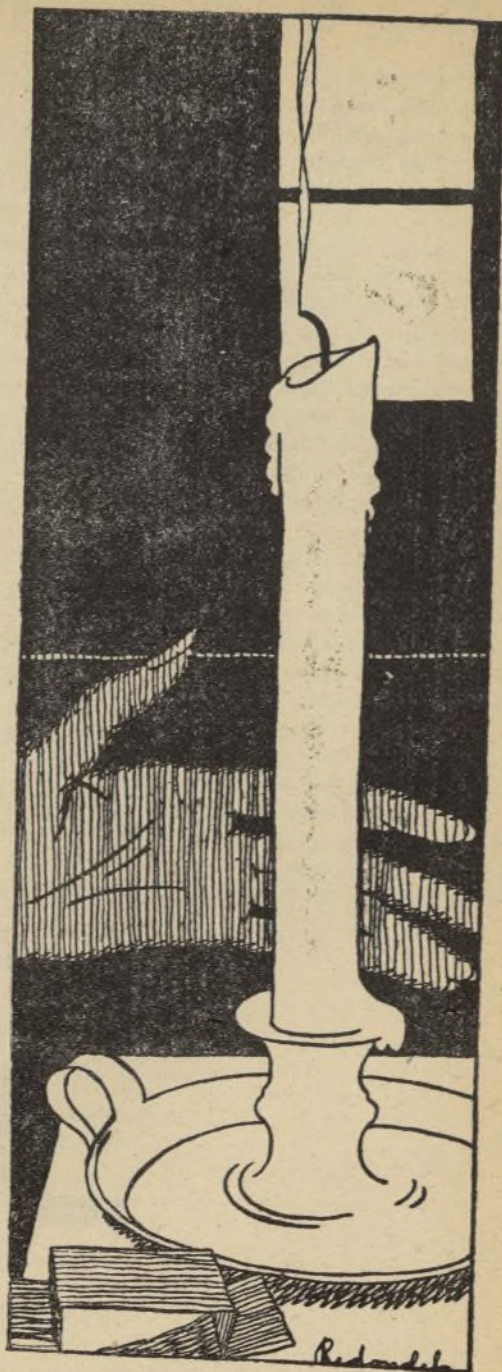
De todas maneras hizo un vago gesto de resignación, y se puso a dar vueltas por toda la casa, como atontado, con su libro entre los brazos, como una madre que lleva a su niño. Pero Dios protege a la inocencia. O la Casualidad protege a los sabios, que es lo mismo. Sobre un mueble descubrió una vela enterita. La cogió sonriendo, como si al coger la bujía se la pegase a su mujer. ¡Ya estaba solucionado todo! ¡Y que le viniesen a él con tonterías de que era preciso obrar sobre el mundo exterior angustiosamente para vencerlo!...

—¡Cerillas! ¡Mis cerillas! Pero ¿dónde están las cerillas?

Esta exclamación no era nada inesperada. Damián la repetía casi todas las noches antes de acostarse, metiéndose las manos por todos los bolsillos, una y otra vez, aunque estaba seguro de que, como siempre, se había olvidado de proveerse de ellas.

Pero tampoco éste era un serio accidente. El mundo exterior tenía la galantería de ofrecérselas siempre, en uno de sus rincones más apreciables: el vasar de la cocina. Y allí fué a por ellas esta noche, como todas.

Provisto ya de su caja-vagón de cerillas, encendida la vela y colocada convenientemente sobre la mesilla de noche, Damián se metió



en la cama, encendió un primer cigarro y abrió su libro...

Nunca leyó, ni fumó como aquella noche. A medida que avanzaba libro adentro, iba sintiéndose más perdido de sí mismo y daba chupetones más intensos al cigarro, que, a pesar de ello, se le apagaba con más frecuencia que nunca...

La petaca, antes pletórica, tenía ya el vientre casi pp; la vela estaba mediada y el libro también. Había llegado a uno de los momentos más interesantes de su lectura. Hacía cinco minutos que el cigarro estaba apagado. Pero no se dió cuenta hasta el instante en que consideró que aquel momento necesitaba un poco de humo, para dar más calor a los conceptos. Y se lo llevó con avidez a los labios, sin lograr, como es lógico, la menor palpitación de fuego del pitillo.

—No importa. Bien vale la pena de detenerse un momento para encender—pensó—. Este párrafo requiere una chupada.

Y cogió la caja-vagón, la abrió y metió los dos deditos en busca de un fósforo. ¡Inútil! Hurgando, hurgando, se le olvidó lo que buscaba, y se enfrascó en la lectura de nuevo, mientras pellizcaba insistentemente, una y otra vez, todos los recovecos del fondo de la caja.

El ansia de fumar le volvió a sacar de su ensimismamiento, y entonces comenzó a cosquillearle la sospecha de algo terrible. Fijó al fin su atención en la caja. La desenchajó. La

deshizo por completo, ya nervioso, en busca de la ansiada cerilla... ¡Nada! ¡Se habían acabado! ¡Ahora que la lectura llegaba al máximo interés! Porque ¿cómo leer sin fumar?

Lo intentó, sin embargo. ¡Vano intento! Volvía en sí, chupando rabiosamente la colilla apagada, que conservaba en la mano, como esperando un milagro.

¡Al fin, con un terrible gesto de amargura, se resignó! Cerró lentamente el libro... Pero en un repentino e irreprimible acceso de rabia, lanzó el cigarro contra el suelo, el libro contra la pared de enfrente, y...

¡Apagó la vela de un soplo furioso!

—¡Oh!...

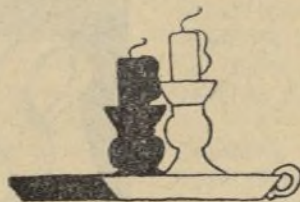
Hasta aquel momento, aquel fugaz instante en que la llama se esponjaba y se deshacía como una burbuja de jabón, no se dió cuenta del doble papel de luz y de lumbre que desempeñaba aquel palito de sebo. Y como si quisiera detener a la llamita que se escapaba, se lanzó con sus manos tendidas hacia ella. Con tal ímpetu, que la cabeza chocó contra la esquina de la mesilla de noche...

...¡Y se mató!

Entre sus manos agarrotadas quedó el cadáver frío de la vela apagada. Y, no lejos de su cuerpo inerte, el libro, despanzurrado sobre las hojas abiertas.

IGNACIO CARRAL.

(Ilustraciones de REDONDELA.)



panorama poético

L

U

N

A

Linda luna de mi infancia
(zumo de los senos verdes),
siempre te encontré en el cielo
nodriza de dulce leche.

Cuatro duendes la llevaron
por las calles que hay en mí;
la llevaban en la cuna;
por eso la conocí.

Y el viento sigue en la noria
de la rosa de los vientos;
la luna tiene otra luna
y la nodriza se ha muerto...

Las estrellas cumplen años
y llevan traje de fiesta;
yo me puse mi sombrero
y fui a la noche con ellas.

De las tres Marías, una
quiere casarse conmigo
y yo las quiero a las tres;
¿a las otras qué les digo?

La luna lo supo todo;
dicen que se hirió por mí...
La velan las tres Marías,
por eso la conocí.

Y el viento sigue en la noria
de la rosa de los vientos...
Las estrellas se olvidaron
de los años que cumplieron.

La luna de roja aurora
sobre las olas se eleva...
Yo voy tejiendo el romance
de la linda luna muerta.

Montevideo.

JULIO VERDIÉ.



D O S P O E M A S

EL GRITO

Donde quiera que sea
cuando el fiero *ijujú* se abre la entraña,
por los cielos, al fondo de una aldea,
yo veo rebotando una montaña.

AL PINTOR VÁZQUEZ-DÍAZ

Lo mismo que un diamante
me hiere tu paisaje la retina.
De cristal, por la luz en que se afina
la gama delirante.

Flechas, aristas, refracciones;
videncia matinal virgen de idea,
en que se paralizan corazones
y, asustado, el silencio parpadea.

ANGEL LÁZARO.

PATRÓN DE TUS VEINTE AÑOS

La dedicatoria de este poema
es en voz baja.

Por los ríos de tus venas
van tus años navegando.
Veinte barquitos veleros
y un solo patrón al mando.
Veinte velas desplegadas,
hinchidas de aromas sanos.
Veinte bodegas repletas
de sueños multiplicados.
Todos tienen buen andar,
no soplan vientos contrarios,
pronto llegarán a puerto
con el pabellón flotando.

¡Arriba veinte banderas,
que en la bahía va entrando
flota de veinte veleros
y un solo patrón al mando!

FÉLIX DELGADO.

Isla de Gran Canaria.

ensayos

MEDIA VUELTA HACIA LA TRISTEZA

El arte no será triste ni alegre. Como no será—si se quiere—masculino ni femenino. Pero la tristeza ha solido ser siempre, acaso no por casualidad, la levadura del grande arte. Como ha solido ser siempre la obra artística, cuanto más feliz, con referencia al género, la conjugación dichosa de lo masculino y lo femenino. (El arte, si es perfecto, deviene perfecto intersexual, dicho sea esto para diferenciar una vez más el arte de la vida. Lo que es en ésta un fracaso, viene a ser en aquél el logro último, total, de sus posibilidades.)

Ni triste ni alegre. Pero “ninguna cosa que no sea confeccionada con el padecer tiene estimación”, dice Quevedo. La eclosión jubilosa artística de estos últimos tiempos—reacción inevitable ante el lloriqueo constante, sistemático, de nuestros mayores—ha despistado a muchos (los morlacos) sobre la esencia de la obra artística (pura o impura). Sobre la esencia, no sobre los accidentes. Los accidentes del arte pueden ser rigurosamente dichosos, risueños. Todos los atributos de la obra de Dickens, por ejemplo, corresponden a la superficie placentera. Pero eso no importa. Eso importa sólo para conceder a Dickens un crédito de elegancia y reconocer en él uno de los más bellos dones de la sabiduría: el humor.

En las reacciones colectivas (y el arte, a veces, por desgracia para los artistas, ofrece el espectáculo gregario, humillante, de una reacción colectiva) se toman posturas en las cuales quedan algunos individuos, los de escasa luz propia, inmóviles, queratinizados. La última postura fué sistemáticamente jubilosa. No era tanto el arte por el arte como la sonrisa por la sonrisa. No era el humor, sino la broma. Ello indica hasta qué punto el escritor y el pintor particularmente componían sus obras de espaldas a la naturaleza. La risa, la buena risa, el

producto más noble del hombre, según Carlyle, viene a ser, sin embargo, la postura más despiadada ante lo humano, la postura cruel, inhumana por excelencia. Al reír, el individuo queda mondo de toda efectividad (Bergson), y su naturaleza se mueve entonces sin enlaces emocionales con el mundo que la circuye.

Pues bien: las últimas manifestaciones gozaron del mayor aislamiento con respecto al mundo, merced, precisamente, a su alacridad. No era el júbilo anacreóntico, apoyado en el paladar, en el olfato, en el oído, en el tacto. Era la pura broma artística, apoyada en la inteligencia... No se miraba al mundo, sino más bien se procuraba escamotear éste en un juego artístico de prestidigitación. Así ha sido de hirsuto ese arte, así ha sido de frío, con el relumbrar helado, en sus mejores momentos, del acero y el níquel. Su simpatía iba recta hacia lo inorgánico, lo inanimado. Al árbol prefería la máquina. Al hombre, su caricatura. (Conste que estas afirmaciones no son apostasías ni me alejan de creer en la existencia de un arte puro, que data desde el primer genuino artista. Al decir Luciano: “cuando graniza en la tierra, es que tiemblan las vides de la Luna”, Luciano se pone al compás artístico puro de la más pura metáfora moderna.)

Alacridad, broma... Pero quedaba atrás el mundo, su cantera fenoménica artística, sus veneros turbios, pero caudalosos; su sangre. Quedaba atrás lo que Vélez de Guevara calificó, saladísimo, en Madrid, a vista de avión, de “pepitografía humana”.

Aquella postura había desmochado del arte una rama frondosa, hermosa. Se apoyaba en una sola pata, como las grullas. Quería vivir a expensas de sí misma, con oxígeno puro. Con un oxígeno que garantizase la alegría de las páginas y alejase del olfato el olor irrecusable

(a veces) de las tormentas. Era inocente la afirmación del vanguardista francés: "Los poetas del siglo xx han encontrado la alegría. Saben reír, y no se toman desesperadamente en serio".

Quedaba atrás todo un mundo—el mundo—. Se esquivaba a ultranza tropezar con la naturaleza. Todo, antes que dar de bruces en el ambiente común, donde las cosas, las personas, ofrecen sin propósitos diédros afilados, aristas. Era la huida o la fuga sistemáticas, no tanto por amor hacia una concepción purísima, de cristal, del arte, como por miedo al acantilado del mundo.

Y era magnífico: Mientras los escritores y los pintores huían, un nuevo arte, sin duda el más propio para lo irreal, el *cine*, irrumpía en la vida y triunfaba de ella, arrojando a la sala en sombra de los espectadores paisajes, ciudades, hombres y mujeres de cuerpo entero, crímenes, idilios. Sólo por el *cine* tornábamos al mundo y nos reconciliábamos con éste—con sus manifestaciones desproporcionadas, patéticas. Era la media vuelta hacia las cosas, hacia las personas, hacia la vida: Un nuevo modo—artístico—de encararse con el mundo: Un nuevo procedimiento de devorar el mundo—artísticamente—: Un exprimir del mundo—en arte—su más fuerte sustancia. Sólo por el *cine* vimos qué campo la literatura no invadía, miedosa. Y sólo entonces adivinamos la inminencia de un retorno: una media vuelta hacia la realidad.

Ahora bien: para recoger un trozo de realidad, sea o no con el fin de transformarla en arte, se necesita estar muy triste. Esto parece una humorada, pero yo creo que no lo es. La realidad no se da nunca, ni por casualidad, a los ojos alegres. Reserva aquélla su armazón, su crudeza, su matemática, para la mirada perfectamente triste. Las cosas y los hombres se desnudan de irrealidades cuando los miramos

con tristeza. La mirada alegre es tan torpe y burda como la mirada desesperada y valen bien poca cosa (ambas) para atrapar un trozo, por pequeño que sea, de realidad. Los hombres que miraron mucho al mundo, penetrándolo, lo hicieron tristemente. Ahí está Gracián. Gracián decía del mundo, después de mirarlo muchísimo, que se había calzado el nombre al revés: "Llámeseme inmundo", ordenaba.

Se dirá que muchas cosas perfectamente reales entran deliciosamente por nuestros ojos. Cierto. Es curioso leer en Amiel, el pesimista más resignado (o filosófico) que ha tenido la historia, la siguiente expresión: "Eran una caricia para mis ojos". (Contemplaba a dos muchachas muy lindas.) Se dirá asimismo que para hacer arte no hay que mirar al mundo triste ni alegremente, sino con mirada de artista. También es verdad. Pero como el arte opera con elementos dados, en esta elección de elementos está la esencia del arte, su consistencia; en el modo de percibirlos, su eficacia, su exactitud; en el modo de mirar con que se recogieron, su fuerza, su profundidad.

Media vuelta hacia la realidad vale tanto como media vuelta hacia la tristeza. Hay que reivindicar ésta, aunque no fuera más que por su mirada penetrante, buida. Hay que reivindicarla por el orgullo que lleva en sí misma, por su desdén. Reclama su puesto aristocrático, desde el cual las cosas, los hombres, las obras, son lo que valen, nada más.

Y esto no es preconizar un arte de trenos ni una forma lacrimosa del arte. La realidad (o la mirada triste) no condiciona una expresión amarga. Sobre esa realidad se pueden levantar (se levantaron—Cervantes, por ejemplo—) obras de expresión sobremanera risueña. Expresión que cobró extraordinaria eficacia cuando se adivinó en ella duelos, temblores interiores, pánicos.

E. SALAZAR Y CHAPELA.

G U Í A L Í R I C A

Elizabeth Browning-Rosalía de Castro.
(1806-1861) (1837-1885)

Hay una coincidencia notable entre Elizabeth Browning y Rosalía de Castro: el dolor. El dolor, marca literaria del siglo XIX, mucho más desarrollada en ese siglo que en el actual. Claro está que hablo del dolor que ha tenido resonancias en la Literatura. Hoy, el que sufre no lo lleva a su verso como un mérito, ni como un desahogo, ni siquiera como un eco. Esto no importa para que, alegremente, se hable también de cosas muy serias, tan serias como es estar enfermo. Acaso lo más bello de la nueva lírica sea su optimismo, el buen gusto que la prohíbe hablar de los dramas personales del Poeta.

Pero Elizabeth Browning y Rosalía de Castro no se libraron de su época. Gracias a eso tenemos la obra formidable, emocionada y pura, de dos mujeres tan afines como ellas dos. La voz de Rosalía de Castro está traspasada de serenidad, es una voz dulce, de mujer enferma que canta cerca de sus hijos. La voz de Elizabeth Browning, extraordinariamente conmovida, voz de enferma irremediable, levanta una canción inefable, una canción de salud, cuando Robert, el Amor, se acerca...

El romanticismo de la segunda es más exaltado, más desesperado; mientras ella huye a Florencia con su amado, Rosalía muere rodeada de sus hijos. La reacción sentimental de Elizabeth Browning ante el amor la llevó a la huida del clima londinense, a la busca del sol, de los soles tiernos que no emergen del cielo inglés. Y transida de su delirio compuso el "Cántico de Amor":

XXXV

IF I leave all for thee, wilt thou exchange
And be all to me? Shall I never miss
Home-talk and blessing and the common kiss
That comes to each in turn, nor count it strange,
When I look up, to drop on a new range
Of walls and floors, another home than this?
Nay wilt thou fill that place by me which is
Filled by dead eyes too tender to know change?
That's hardest. If to conquer love, has tried,
To conquer grief, tries more, as hall things prove;

For grief indeed is love and grief beside.
Alas, I have grieved so I am hard to love.
Yet love me—wilt thou? Open thine heart wide.
And fold within, the wet wings of thy dove...

Exaltación divina de aquel viento que la arrancaba de su triste soledad; de aquella lluvia que empapaba su alma de océano. Elizabeth Browning, cuando ya no esperaba al Amor personalizado, vio llegar a su cuarto lo que no se atreviera a soñar. En su pasión loca no hubo imaginación, no hubo sueño. Tuvo fe en el Poeta con quien brevemente se escribiera, y el Poeta fué a llenar su triste silencio de reclusa, con su juventud llena de salud y de fuerza, de optimismo. ¿Cómo podía soñar Elizabeth aquella realidad suprema? Por su obra, toda poderosa de lirismo, pasó el aliento grande que ya la acompañaría hasta la muerte. Fué menos tierno, más complicado el poema, pero fué más real, más perfecto, más lleno de vida.

No. No se confunden los acentos de estas queridas y románticas cantoras. Nuestra Rosalía es más sencilla, menos complicada, más pesimista. También su paisaje tiene soles de nieve algunos días, y delante de su ventana hay un cementerio. Rosalía, enferma, con una sensibilidad hiperestesiada, ¿qué va a cantar sino el dolor que tensa su espíritu? Y es dulce, recogido, su verso. Hay un afán de amplitud, una necesidad de vuelo, enormes, en su obra:

Y despiertan soñando, y dormidos
soñando se quedan.
Que ya son la nube flotante que pasa,
o ya son el aire ligero que vuela,
tan lejos, tan lejos del nido, cual ellos
de su cárcel ir lejos quisieran.

(En las orillas del Sar.)

Otras veces, pintor exacto de la Naturaleza que tiene cerca, sale un momento de su melancolía:

Un manso río, una vereda estrecha,
un campo solitario y un pinar,
y el viejo puente rústico y sencillo
completando tan grata soledad;

(Ibidem.)

pero luego, en seguida, vuelve a su tristeza, a su desencanto vital que, ¡ah, cuán potente!, es de oro y de auroras dentro de su corazón.

Más fino, más sincero, menos literario que las modernas canciones de cuna, es este pequeño verso suyo, del que sobresalen su ternura de madre y su lirismo desnudo, exacto:

Era apacible el día,
y templado el ambiente,
y llovía, llovía,
callada y mansamente;
y mientras silenciosa
lloraba yo y gemía,
mi niño, tierna rosa,
durmiendo se moría...

(Ibidem.)

Del siglo XIX entero sacamos luminosas, ver-

daderas, a las mujeres poetas, mucho menos retóricas, más dignas y sencillas que los poetas.

Elizabeth Browning y Rosalía de Castro, sin la efímera belleza del rostro, enfermas, tienen una feminidad, un amor vibrantes que las colocan por cima de toda una época, de todo un universo. Sin la desdichada moda de ponerse triste en el poema, ¡cómo habrían sobrepujado la propia obra! A pesar de todo, sus versos, amargos y desencantados, nos traen un río de poesía, de exaltaciones y dulzuras buenas, eminentemente frescas, que nos saturan el corazón.

¡Incomparables mujeres, enfermas de tanta sensibilidad, de tanta luz como fluía de sus venas!

CARMEN CONDE.

Cartagena, 1929.

ECO Y DIÁLOGO

NUESTRA GENERACIÓN

A R. Ledesma Ramos.

Dahin! Dahin!
geht unser Weg: Gebieter lass
[uns ziehn.
GOËTHE.

A Ginebra—blancor de nieve y azul de agua lagar—me ha llegado el ansia férvida de su ensayo: *Juventud e impresionismo*. Hay en él dos conceptos preñados—para mí—de sugestiones: *superación y cultura superior*.

¿Le extrañará que—alejado físicamente de mi patria—mi querencia de la tangencia moral de España enraice al margen de sus dos alusivos conceptos una serie de consideraciones?

* * *

Usted indica que nosotros pudiéramos gritar a nuestros padres: “¡Los impresionistas han sido ustedes!” Ciertamente. Pero no gritemos. No neguemos. Superemos.

Yo soy de los que piensan que la generación que nos ha precedido no ha entrañado en la carne mística de su ser aquellos deseos superiores de Nietzsche:

Euer Kinder-Land sollt ihr lieben
das unentdeckte, im fernsten Meere!

Nosotros—sus hijos—pudiéramos bien reprocharles su negligencia hacia ciertos deberes. Pero ¡negar es tan fácil! Pensemos también que sin ellos nosotros no seríamos lo que *somos* ahora, a los veintidós años, ni podríamos poseer la esperanza de crear en un mañana próximo y pleno un magno estilo vital.

No neguemos la generación anterior. Recojamos su herencia. Y superémosla. ¿Cómo? Creando tres nuevos viales: una joven política, una joven moral, una joven cultura. Sobre todo, creando la ruta de un nuevo *ethos* cultural, de una nueva ética que no eluda los problemas planteados por nuestro tiempo: los problemas de la ciudad y del campo, los problemas de lo somático y de lo psíquico, los problemas de la máquina y del hombre, los problemas de lo magno—de lo noble—y de lo plebeyo.

¡Magno! ¡Plebeyo! ¿Creerá usted que estos dos adjetivos me abren una herida en el corazón? Pienso en la cultura española actual, y se me aparece, no superior, sino plebeya. El

plebeyo imita lo noble. Nosotros imitamos las otras culturas. Y el único medio de expresión de nuestra ideología es el periódico: en esto imitamos a los sudamericanos.

La generación anterior nos ha legado un concepto alrededorizado de exaltación. El concepto de *minoría*. Y la minoría—*selecta*—no ha aparecido. Nuestros padres han soñado con ella y han escrito para los periódicos. Para el órgano creado para la mayoría en el siglo XIX. En el siglo vulgar de la masa.

Toda nuestra cultura actual es una cultura periodística.

La alta cultura es para nosotros un mero nombre. Un flato de la voz.

* * *

Su índice ha señalado—bien—la ausencia de una cultura—superior—universitaria, sobre la que ellos no han estructurado una auténtica—no refleja—cultura, ni han elevado la profunda gesticulación de libros y revistas.

Y ellos nos llaman impresionistas.

* * *

El deber de nuestra generación será alejarse del periodismo. El de no contaminarse de facilidad y de caducidad.

Urge crear revistas: muchas revistas. Urge escribir libros: muchos libros. Como se crean y se escriben en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Palestina, en Turquía, en Rusia.

Urge asaltar la Universidad y llevar a ella nuestras inquietudes y nuestros problemas. Dotarla de denso contenido y de profundas vivencias.

Urge crear la cultura de alto estilo.

E imponernos una disciplina.

Acaso no lo consigamos. Pero preparémonos a ello con la divisa goethiana: *Hacer sin decir*.

Después, ¿quién osará—sinceramente—acusarnos de *impresionismo*?

* * *

Durante estos últimos días he releído algunas obras de Fichte y de Schleiermacher. En ellas aparecen repetidas veces el imperativo *Handle* = obra, y el nombre *Bildung* = modelación. Estas palabras deben ser también nuestra divisa. Obrar y modelar. Obrar sobre la carne de nuestra cultura. Y automodelarnos sin pretender formar la generación que nos seguirá. El ejemplo les puede bastar.

Digamos a lo juvenil que aparecerá en el umbral de España:

*Emancipez'en, quitte-moi,
C'est parce que tu diffères de moi que je t'aime.
Eduquer!, qui donc éduquerais-je, que moi-même?*

Presentémoles—sólo—una tabla de valores estructurada con lo profundo de nuestras esencias, para que nuestra cultura no sea un reflejo de reflejo, sino carne de nuestra carne.

Creemos. Obremos. Modelemos.

* * *

Estoy escribiendo sobre una terraza. En la ruta creada por la extensión de mi brazo hay un pueblecillo fronterizo: Annemasse. En él existe una pequeña estatua que representa un gran español: Miguel Servet. La estatua es miserable. Cuando alguna vez paseo por el pueblecito y paso delante del pequeño monumento siento frío en mis entrañas. Se me aparece la miseria de mi cultura.

* * *

Mis dos manos se alzan, y se juntan en un gesto de aplauso por su defensa de nuestra generación.

JOSÉ FRANCISCO PASTOR.

Ginebra, agosto 1929.



B e e t h o v e n

DE LA HEROICA A LA APPASSIONATA

(FRAGMENTO)

La voluntad, que en los artistas de segundo orden tiene el carácter de razón tibia y afanosa, es siempre en Beethoven llamada de genio, tanto o más aún que la inspiración primordial. Porque, como tendré ocasión de demostrar algún día (1), lo peculiar a este genio, estando en su subconsciente, no lo sabe él mismo antes de salir al descubierto; y se descubre a cada golpe de pico dado en la roca, que hace saltar duros fragmentos de la envoltura de piedra, o a cada golpe de azadón en el limo que recubre la idea, y brota de la tierra con el sudor de su frente. El oscuro y poderoso instinto sabe adónde tiene que ir. El espíritu ha discernido la dirección del túnel que hay que perforar. Pero ignora las sorpresas que le reservan las entrañas del monte, los recursos, los obstáculos que en él va a encontrar. Y de estos mismos obstáculos hará su genial energía un elemento de fuerza y solidez.

Los apuntes innumerables de esta segunda parte muestran con qué tenacidad y qué arte soberano de crítica de sí mismo establece, una a una, penosamente, las hiladas de su enorme construcción. Pone en ella maravilloso sentido de los ritmos y de los números, de oposición de masas y de colores, de preparación de los efectos, de poner a la luz el acento principal, de destacar las grandes líneas en su nobleza y en su intensidad... De aquí brota el drama de esta marcha en titánicas zancadas, que sube *crescendo*, y que (diríase) va a cubrir el mundo, pero que lo derrumba herido del rayo, dejando el sitio al repentino crepúsculo, donde, como hundido en el polvo, se oye el resollar del gigante aniquilado. Y de este polvo, en un susurro de silencio, en el lindero de la muerte, destácase en su pleno valor la llamada inespe-

(1) Me propongo consagrar un capítulo al análisis de las leyes que parecen dirigir este subconsciente creador.

rada de la frase heroica, que restituye a la acción y muy pronto a la victoria... (1).

Dos hombres se han aplicado a investigar las leyes ocultas de esta colosal arquitectura: Hugo Leichtentritt, en su *Musikalischen Formenlehre* (2), y Alfred Lorenz, en un agudísimo análisis (3). Los dos han enmudecido de sorpresa al descubrir las relaciones numéricas que rigen entre los diversos miembros de la construcción, los poderosos impulsos de la *Durchführung*. Lorenz obtiene estas cuatro grandes divisiones:

I.	54 compases.
II.	64 "
III.	54 "
IV.	60 "

La división primera y la segunda forman, respectivamente, oposición simétrica: tesis y antítesis; la tercera y la cuarta operan la síntesis. El conjunto compone una sonata perfecta, una sinfonía completa, en el corazón de la sinfonía.

Añadamos a esto que si se toca dos veces, como está indicado, la primera parte del *Allegro*, los números de las tres secciones (la primera con repetición, la *Durchführung*, y la tercera, que sirve de conclusión, con la apoteosis de la *Coda*) dan este sorprendente equilibrio:

298-250-294.

¡Es completamente evidente que el genio de Beethoven no ha medido, con una cuerda, esas

(1) Aproximadamente desde el compás 340 hasta el 400.

(2) Leipzig, 1911.

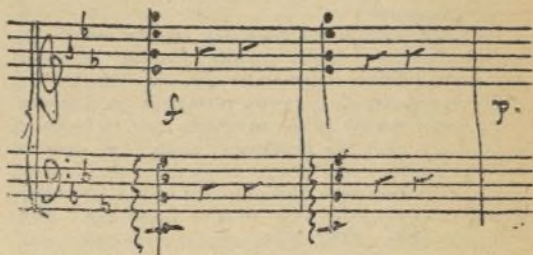
(3) *Worauf beruht die bekannte Wirkung der Durchführung im 1. Eroicasatz. Eine Untersuchung.* (Neues Beethoven Jahrbuch; herausg. v. Adolf Sandberger, 1924.)

dimensiones! Su instinto es quien lo ha establecido, en la sombra. He ahí precisamente lo que causa nuestra admiración.

No hay que olvidar que él no tenía a su disposición modelo alguno. ¡Estaba descubriendo un Nuevo Mundo! ¿Se descubría a sí mismo? La *Heroica* es la primera carabela de Colón que aborda al Continente desconocido, al nuevo estilo, que el porvenir ha designado justamente con el nombre de su primer explorador. Mas ¿cuándo explorador alguno ha mostrado tal seguridad en su descubrimiento, tal maestría en la obra de la cual él mismo no sospechaba, antes de ponerse a ella, la masa ni la extensión? De todo ello, no vemos hoy más que el resultado; ya no pensamos en los tanteos agotadores de los apuntes, en ese trabajo forzado en la soledad del hombre febril y torturado, que se aferra, como Miguel Angel, al techo de su Sixtina, y echa el cerrojo a la capilla hasta vencer el problema de números y formas, desencadenado por él mismo, y someterlo a su voluntad. En el resultado victorioso, en este equilibrio, en esta simetría de masas en juego, percibimos oscuramente las heroicas pasiones de la batalla; y esto es lo que nos enajena. El hecho curioso es que esta *Heroica*, que fué en su momento la más nueva entre las obras de Beethoven, y que, por consecuencia, debió topar más largo tiempo con la incompreensión de las gentes, ha pasado a ser rápidamente la más popular (1).

Sé muy bien que hay una élite estragada que da de barato esta popularidad, a la que nunca podría ella misma llegar, y que pretende ver en ello una señal de vulgaridad. Por supuesto, que compartimos su desdén cuando la popularidad de la obra se compra a costa de rebajarla hasta el nivel de torpes facilidades del mal gusto vulgar. Mas cuando ocurre que, bajo estas primeras capas sedimentarias de la vulgaridad, el artista es bastante vigoroso para profundizar hasta las grandes leyes de la vida general y los ritmos esenciales del espíritu, encuéntrase que la obra maestra del genio individual llega a ser, sin haberlo buscado, la expre-

sión natural de toda la humanidad. Y yo afirmo que este acorde es la más fuerte armonía que la creación es capaz de realizar. Beethoven lo ha realizado en la *Sinfonía Heroica*. El ha sabido, como Gluck, cuya obra admiraba (1), pero con el torrente de inspiración inagotable que no poseía Gluck, construir para su propia alegría y ofrecer al nuevo siglo, a aquella edad que inauguraba, con la violencia de revoluciones y batallas imperiales, el reinado de las muchedumbres, los primeros modelos, distintos, de un estilo monumental, ajustado a la medida del número, del aliento y de la visión de los millares de hombres que pueden reunirse a contemplarlo. No ha trastornado las líneas trazadas por sus grandes predecesores en la forma-sonata que acababan de rehacer amorosamente Haydn y Mozart; pero ajusta el tejido a sus anchos hombros, a la amplitud de su pecho, donde late el corazón de un mundo. Semejante a aquellos maestros constructores de la Roma imperial, cuando empleaban de nuevo, ensanchándolas para abarcar multitudes, la cúpula y la bóveda que antes sirvieron solamente para cubrir simples edículos. Ya en 1808 evocaba Reichardt, ante los cuartetos beethovenianos, a Miguel Angel erigiendo la cúpula de Brueleschi sobre el Panteón de Agrippa. Mas así como en el grandioso intelectualismo de Miguel Angel, arquitecto, la línea es seca, fría y abstracta, la línea de Beethoven está siempre henchida y húmeda de savia, al modo que los primaverales troncos de los bellos pórticos ojivales. Todo allí es carne y sangre. Y desde el punto y hora en que rompe la esclusa con los dos imperiosos acordes del comienzo:



(1) Con la *Sinfonía en do menor*, que cumple con más rigor aún esta exactitud de proporciones: I, 124 X 2; II, 123; III, 126 X 129.

(1) Y de quien interpretaba, al piano, maravillosamente, las partituras. *Einszig*, dicen los Czerny, *war*

los cuales, según frecuente hábito en Beethoven, no parecen haber inscrito a la cabeza de esta obra hasta que estaba terminada toda ella por completo, a fin de afirmar así la voluntad total, el *Credo* soberano, a partir de ese *Hoc volo, sic jubeo*, el caudaloso río se pone en marcha: nada ya lo detendrá hasta su estuario.

Y ahora que hemos intentado indicar algunas de las ocultas sendas del espíritu creador, en la construcción de este primer tiempo, ¡dejarnos que ante vosotros soñemos con nuestra interpretación! ¡Músicos de oficio! ¡Os complacéis en desdeñar las interpretaciones! Pero vuestras obras no serían en absoluto escuchadas si el tejido de sus combinaciones rítmicas y sonoras no sugiriera al corazón del auditor un cierto orden de emociones sucesivas y enlazadas. ¡Y vosotros mismos (me refiero a los que se elevan sobre la árida construcción) no escribiréis nada que perdure si todas las fuerzas de vuestro ser, las ideas y las emociones, no se interesan en ello! Reconózcase, pues, el derecho de soñar con la obra de arte, después (antes... ¿qué importa?) de haberla mirado bien, y palpado, en toda su desnudez. El sueño es, a veces, adivinador; y se ve mejor con los párpados cerrados...

Dejemos a un lado, en primer lugar, la explicación antropológica excesivamente simplista del título escrito, arrancado después por Beethoven, de *¡Bonaparte!* (1). En un espíritu como el de Beethoven, lleno enteramente

sein Vortrag der Haendelschen und Gluckschen Partituren; y añade: und der Seb. Bachschen Fugen, indem er in die ersteren eine Vollstimmigkeit und einen Geist zu legen wusste, der diesen Werken eine neue Gestalt gab...

En 1805, cuando los franceses estaban en Viena, recibió Beethoven (dice también Czerny) la visita de "varios oficiales y generales que eran músicos", y él les tocó, sobre la partitura, *Iphigénia en Taurida*, de la cual cantaron (y no muy mal) (*gar nicht übel*) los coros y solos. Es interesante anotar que después de esta audición tomó Czerny la partitura de orquesta e hizo su arreglo para piano, *wie ich es von ihm hörte* (como yo se lo había oído tocar a Beethoven). Esta reducción para piano tiene, por consiguiente, para nosotros, un precio excepcional.

(1) *Sinfonía Grande*, 1804, im August, Geschrieben auf Bonaparte.

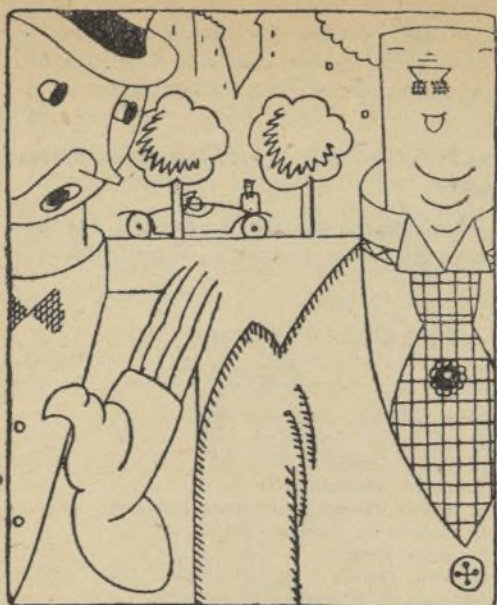
con el Yo, con sus pasiones, sus luchas y su Dios, el mundo exterior figura solamente como un reflejo, como un eco, símbolo del drama interior. Por otra parte, Beethoven es incapaz de ver la vida propia de los demás seres. Es demasiado enorme la suya y es la medida para todo. En todo la proyecta. Otros artistas, como Mozart y Haydn, menos absorbidos por la suya, pueden hacer sitio a la observación externa. Mozart siente la atracción de las almas; Haydn tiene aguda mirada y malicioso tacto. Beethoven apenas sale del Yo; pero este Yo es universo. Aun lo que él ve del exterior, la Naturaleza, inmediatamente lo incorpora, pierde sus caracteres propios y toma la forma y el aroma del Cosmos beethoveniano. La imitación (que dígame lo que se quiera, siempre fué uno de los primeros instintos de los artistas, fuente que los alimenta) es, en Beethoven, extremadamente reducida, o fabulosamente transformada por su enérgica mirada, siempre parcial, siempre apasionada, en todo momento cargada con su poderosa vida interior. Por consiguiente, si Beethoven pensó en Bonaparte, ha sido ulteriormente, después de buscar en el círculo de los vivos, a su alrededor, como en un espejo, un rostro que restituyera a su soledad la imagen de su Yo omnipresente. Al primer ademán del pretendido modelo, la ilusión se derrumba violentamente: Beethoven, indignado, arranca el nombre de Bonaparte. ¡El error de Hans de Bülow no era, en suma, mucho mayor (pero respecto de la imagen, más ridículo) cuando disfrazaba la *Heroica* con el nombre de Bismarck! Cualquiera podría igualmente entregarse a ese pasatiempo de las semejanzas, como se divertía insolentemente, en las barbas de Polonio, el joven Hamlet, con las nubes del Báltico. De hecho, cada sinfonía, cada obra de Beethoven, lleva un nombre, uno sólo: Beethoven (1).

ROMAIN ROLLAND.

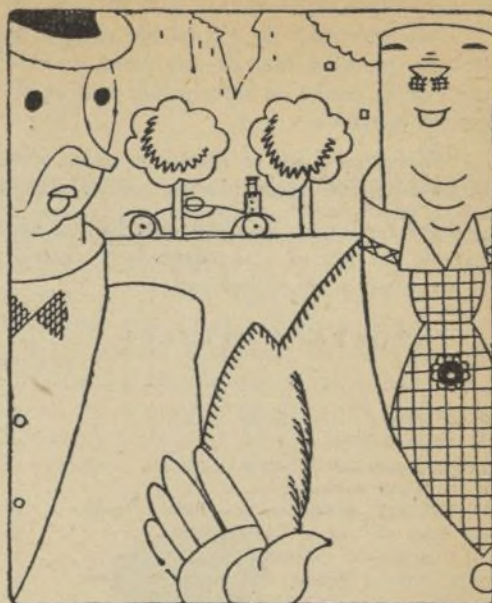
(Del libro *Beethoven*, publicado por la Sociedad General Española de Librería.)

(1) Solamente un pequeño número, que citaré en el trascurso de mi relato, me parecen matizadas con otras vidas amadas, cuyos efluvios recibió un momento (tal como los tríos Erdödy, op. 70). Pero los dispersa con un fuerte soplo.

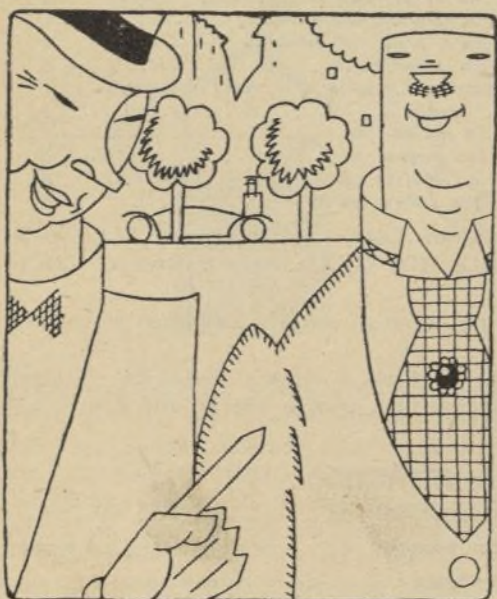
NEGOCIOS DE ALTURA, POR GARRÁN



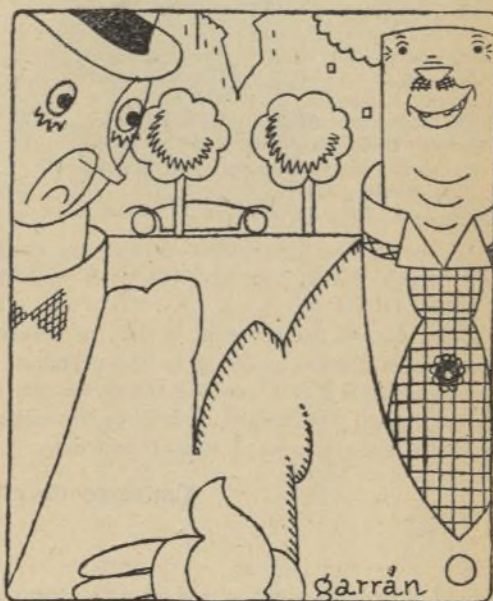
—¡Hombre! Usted no se puede quejar. Sus negocios suben rápidamente.



—Precisamente en eso se nota que van de mal en peor.



—Pues como no me lo explique, no lo entiendo.



—Bien claro está. Como todos suben rápidamente, pues yo no puedo alcanzar ninguno.

Concurso de regalos a nuestros suscriptores

Todo suscriptor de ATLÁNTICO puede tomar parte en este concurso. Le bastará con llenar el Boletín inserto al final de esta plana, en el cual hará constar su nombre, apellidos, domicilio, número de su recibo de suscripción, y el autor, edición y página de la obra en que figura el siguiente párrafo:

"Sobre todo, que la Baronesa no se aperciba de nada de esto. Ese vejestorio podría estorbar la santa obra de reconciliación que va usted a emprender".

Para facilitar a nuestros suscriptores su labor de búsqueda del párrafo, les diremos que éste aparece en una de las cuarenta y cuatro obras publicadas por la EDITORIAL COSMÓPOLIS que a continuación se mencionan:

AUTORES Y TITULOS	PRECIO — Pesetas.	AUTORES Y TITULOS	PRECIO — Pesetas.
Paul Morand: <i>Cerrado de noche</i>	5	V. Blasco Ibáñez: <i>¡Por la Patria!</i>	5
— Lewis e Irene.....	5	— <i>El conde de Baselga</i>	5
— <i>Nada más que la tierra</i>	5	— <i>El padre Claudio</i>	5
— <i>El Buda viviente</i>	5	— <i>El señor Avellaneda</i>	5
M. Dekobra: <i>Media noche... Plaza Pigalle</i>	5	— <i>El capitán Alvarez</i> (dos tomos), cada uno	5
— <i>"Rata de cueva", ladrón</i>	5	— <i>La señora de Quirós</i>	5
— <i>Hamydal el filósofo</i>	5	— <i>Ricardito Baselga</i>	5
A. de Hoyos y Vinent: <i>Las playas de Citerea</i>	5	— <i>Marujita Quirós</i>	5
— <i>Cómo dejó Sol de ser honrada</i>	5	— <i>Juventud a la sombra de la vejez</i>	5
Eduardo Bourdet: <i>La prisionera</i>	5	— <i>En París</i>	5
Arturo Conan Doyle: <i>El círculo mortal</i>	5	— <i>El casamiento de María</i>	5
Colette: <i>El fin de "Querido"</i>	5	— <i>El conde Garci-Fernández</i>	5
Rachilde: <i>El señor Venus</i>	5	— <i>Fantastías</i>	5
E. Ramírez Angel: <i>Ella y él se buscan</i>	4	— <i>El adiós de Schubert</i>	5
John Erskine: <i>La vida privada de Helena de Troya</i>	5	— <i>Guerra sin cuartel</i>	5
Pedro Mata: <i>La celada de Alonso Quijano</i>	5	— <i>La hermosa liejosa</i>	5
Alberto Insúa: <i>Hombres y mujeres que aman</i>	5	— <i>En el cráter del volcán</i>	5
Eduardo Zamacois: <i>El guiñol del diablo</i>	5	— <i>La explosión</i>	5
G. K. Chesterton: <i>El regreso de don Quijote</i>	5	Guilmain: <i>La mujer que nació demasiado pronto</i>	5
Mauricio Bedel: <i>Jerónimo a 60° de latitud norte (La Noruega amorosa)</i> . Premio Goncourt 1928.....	5	— <i>La sed de vivir</i>	5
Anita Loos: <i>Pero se casan con las morenas</i>	5	— <i>Las sirenas de la pasión</i>	5
		— <i>La señorita que bordaba el charleston</i>	5
		— <i>Flor sobre ruinas</i>	5

Los regalos que recibirán nuestros suscriptores serán: UNA MAQUINA DE ESCRIBIR. UN APARATO DE RADIO.—UN GRAMOFONO.—UN GRAN DICCIONARIO ENCICLOPEDICO.

En el caso de que sean varios los suscriptores que acierten, se hará un sorteo entre ellos para el otorgamiento de los cuatro premios.

Insertamos a continuación el Boletín que habrá de remitirse a nuestra Redacción (General Arrando, 36). En vez del Boletín podrá remitirse una cuartilla, siempre que en ella figuren los mismos datos que en el Boletín aparecen.

Concurso de regalos de ATLÁNTICO

Don, domiciliado en,
calle núm.; suscriptor número de ATLÁNTICO, ha encontrado el párrafo a que se refiere este concurso en la página de la obra titulada
....., original de, y publicada el año por la EDITORIAL COSMÓPOLIS.

(Fecha y firma.)

páginas femeninas

M O D A S

Hemos quedado en que la mujer, hoy, trabaja, viaja, se dedica a los deportes; sale, en una palabra. Pudieron "ellos" llegar a creer que la mujer se masculinizaba. Verdad es que contribuimos no poco a esta nefasta opinión



cortándonos el pelo a lo *garçon* y afeitando nuestras nuca, como para ahuyentar el terrible beso. Hemos mostrado cada cogotito—hemos alardeado en muchas ocasiones—que era un primor. En la sala de espectáculos, a muchas nos tomó por un perfecto caballero el eterno atrasado, llegado a telón alzado. Esto nos ha valido muchos empujones, y hasta un enfriamiento de aquella galantería que antaño

ATLÁNTICO.—3

provocábamos, aun entre los menos educados.

Ninguna relación entre el uso de la melena y la supresión del piropo. El piropo no ha ido nunca a la cabeza, seamos sinceras. La medida gubernativa ha sido algo así como el *ukase* dictado por una a modo de Junta de represión de la blasfemia. El piropo no debía haberse prohibido. Lo lamentamos todas las que tenemos—o creemos tener, pues la fe en estos asuntos tiene más adeptas que el dogma—algo de que presumir. La guerra es contra la grosería.



Y los groseros, afortunadamente, son minoría, impertinente, despreciable, pero minoría al fin, que sería fácil extirpar sin privar a la mayoría de esos requiebros graciosos, bien dichos, galantes, que tanto nos agradan y que, a veces, nos hacen soñar...

Mas el pelo cortado, la nuca hombruna, va desapareciendo. Nos hemos dado cuenta del peligro. Queremos seguir siendo mujeres, y, cual oveja descarriada que al redil vuelve, así



nosotras empezamos a creer que, dejando para nuestros momentos de fantasía el éxito callejero, nuestro triunfo está en casa, en el hogar: el triunfo más difícil de lograr que podéis imaginaros. Volvemos en busca de nuestros hermosos bucles, de nuestros armoniosos tirabuzones. Hoy los recogemos todavía a lo paje para no parecer anticuadas—paradojas—; pero pronto han de crecer, y tornaremos a hacer gala de nuestras trenzas sobre deshabillés atrayentes.



Y así seguiremos cuidando de la vida interior, sin que por ello abandonemos un palmo de terreno de nuestras victorias en la vida exterior. De éstas no usaremos más que en la parte que la razón dicte. La razón y la higiene, porque debemos salir y practicar el deporte, femeninamente, para que nuestra salud sea perfecta. Después volveremos a casita, a atraer al "enemigo", a apresararlo con nuestros sanos ardides de hembras que somos, a dominarlo en buena lid, en lucha más fácil que la que pu-

diéramos sostener en el tennis, en las carreras, en el té o en el dancing...

Entraremos en casita, y después de cuidar de la "atmósfera" del *home*—de la que otro día hablaremos—, dedicaremos todo nuestro esmero a las galas que hemos de lucir en la intimidad.

Yo preconizo:

Para dormir, una camisa llena de elegancia, en crepé satén, blanco, desde luego, con chorrera de crepé Georgette, también blanco. Pechera plisada y una fila de botoncitos formando ángulo con la chorrera. El cuello hará juego con ésta.

Nos vestimos:

Sostén en jersey de seda y encaje.

"Garure" (tres prendas) en crepé de China. Como adorno, punto de Alençon, calados y bordados. Crema de preferencia.



Deshabillé en crepé Georgette rosa pálido, con volantes finamente plisados.

O un lindo pijama (casaca, blusón y pantalón) en crepé satén blanco combinado, para los adornos, con crepé satén de color.

El crepé, como veis, está de moda. Lo me-

rece por unir a su elegancia de buen tono una solidez poco corriente en tejidos tan ligeros. Tiene la enorme ventaja de soportar muchos lavados, por lo que su precio no resulta exagerado.

MARI-TERE.

A S Í E S , S I A S Í O S P A R E C E

El cielo es una hoguera que se apaga.
 La Noche, con su paja negra,
 se va sorbiendo el sol poquito a poco...,
 luego una mueca
 de cansancio,
 de hastío,
 de tristeza...
 Nubes, nubes y nubes
 de algodón y de piedra;
 aquéllas son la espuma,
 éstas
 —esfinges de los cielos—
 se miran en la luna
 de la Noche inmensa...
 En tanto la otra luna,
 la que vive muerta,
 asómase, curiosa
 —fisgona de los cielos,
 fisgona de la noche—.
 “¿Qué pasará sin ella?”
 Todo parece duerme,
 mas todo vela.
 Todo aguarda.
 Todo calla.
 Todo piensa,
 en el sol de mañana, que con su paja de oro
 se sorberá, a su vez, la Noche negra...

PILAR DE VALDERRAMA.



EL PÁJARO AVENTURERO

UN CUENTO PARA
EL «PEQUE»

La noche se aproximaba con paso rápido y seguro. Todos los pájaros corrieron, mejor dicho, volaron, en busca de sus nidos, situados en los árboles o en los aleros de los tejados próximos.

Sólo uno, un gorrión de redonda pechuga y ancha corbata, permaneció cantando sobre el brocal del pozo.

Sin duda, aquel retraso en acostarse era motivado por alguna aventura que intentase emprender, porque habéis de saber, mis pequeños lectores, que el gorrión de mi cuento era un gran aventurero.

Amaba el peligro y le buscaba incesantemente, gozando infinito cuando hacía correr detrás de él a una patrulla de muchachos, armados de tiradores, de los que se burlaba bonitamente y a los que rendía con tanto ir y venir de un lado para otro, sin lograr alcanzarle con sus piedras y perdigones.

Si alguna ventana se hallaba abierta, y dentro existía algún apetitoso comestible, entraba rápido y volvía a salir llevando en el pico el producto de su rapiña. Era, en fin, "un pájaro de cuenta".

Sus hermanos y sus compañeros le reprendían duramente, queriendo hacerle ver los peligros a que se exponía con sus imprudencias y atrevimientos; pero por más que le sermonearon, no consiguieron que cambiase de modo de ser.

Unas veces cantando, y otras paseándose con acompasados saltitos, el gorrión esperaba que llegase la hora a que acostumbraban cenar los frailes del convento.

Al pasar volando a nivel de las ventanas del refectorio, le había parecido ver que, después de las comidas, los frailes dejaban sobre la mesa gran cantidad de migas de pan y sabrosas frutas.

Pero como durante el día no se podía apreciar bien lo que pasaba en el interior, debido a los reflejos que despedían los cristales, decidió no acostarse temprano aquella noche, para ir al convento y poder desde fuera contemplar, sin ser visto, todo lo que acontecía dentro.

Cuando comprendió que era hora oportuna, levantó el vuelo, y en un periquete se presentó en el convento, instalándose en la rama de un árbol que caía, precisamente, enfrente de una de las ventanas del refectorio.



Desde allí pudo contemplar a su sabor todo lo que en el interior ocurría.

Quedó maravillado de la cantidad de exquisitos manjares que los frailes trasladaban, en un santiamén, desde los platos a sus respectivos estómagos; pero lo que más le interesaba a nuestro pájaro era que terminasen y dejaran sobre la mesa los despojos del festín.

Más de una hora invirtió la Comunidad en ingerir la copiosa cena, tiempo que al gorrión le pareció un siglo, pues como no estaba acostumbrado a trasnochar, empezaba el sueño a cerrarle los ojos.

Pero como todo llega en este mundo, llegó también la hora en que los frailes acabaron de comer, y, después de mascullar unos rezos, se retiraron, dejando sobre la mesa gran cantidad de migas y restos de postres.

La ventana por donde miraba nuestro gorrión estaba entornada, y tan pronto como vió que no quedaba nadie en la estancia, penetró por la rendija, apoderándose de una galleta de gran tamaño.

Rápido, voló a su nido, donde depositó dicha vianda, volviendo otra vez al convento con la intención de repetir la suerte; pero se encontró con que habían apagado la luz y cerrado las ventanas.

En vista de ello, se fué a dormir, haciendo mil proyectos para el día siguiente.

Apenas amaneció, informó a sus hermanos, que eran dos, del filón que había descubierto para proveerse de comestibles, y les invitó para que le acompañasen a la hora que acababan de comer los frailes, al mediodía.

A sus hermanos no les pareció bien aquello, por entender que era una mala acción, y además, temían que les pudieran dar caza en castigo de su falta.

Pero tanto insistió el pájaro aventurero, y tal maña se dió para describirles la suculencia de los manjares de que podían apoderarse, que, por fin, sus hermanos se decidieron a acompañarle.

Sería aproximadamente la una de la tarde, cuando los tres pájaros llegaron a la rama en que estuvo posado el aventurero la noche anterior.

Con gran contento pudieron apreciar que

también se hallaba entreabierta la ventana.

Tan pronto como acabaron de comer los frailes y no quedó nadie en el refectorio, los tres gorriones entraron veloces.

El aventurero cargó en seguida con un gran trozo de queso y salió a depositarlo en el alero del tejado, para volver por más.

Pero cuando iba a entrar de nuevo, observó con espanto que una ráfaga de aire había cerrado de golpe la ventana, dejando dentro a sus dos hermanos, que se habían entretenido en picotear las migajas que estaban esparcidas por el mantel.

Loco de terror y de angustia, intentaba abrir la ventana con su insignificante esfuerzo, mientras sus hermanitos se apretaban contra el cristal, pugnando en vano por escapar.

Pero cuando su espanto llegó al colmo fué al ver avanzar por la estancia a dos enormes gatos, de pelo negro y ojos centelleantes, los cuales, saltando sobre los pajarillos, les hicieron desaparecer entre sus fauces.

Angustiado y medio muerto de pena volvió el gorrión aventurero a su nido.

La muerte de sus hermanos pesaba sobre su conciencia como una enorme plancha de plomo.

El, únicamente él, era quien debía haber purgado el delito de apoderarse de lo ajeno, y no sus pobres hermanitos, que fueron inducidos a ello por su culpa. ¡Pobrecillos! El recuerdo de su trágico fin le ponía las plumas de punta, obligándolo a lanzar al aire trinos y gorjeos que más bien parecían lastimeros suspiros.

Se consideraba el ser más despreciable del mundo. Sus antiguas aventuras y raterías acudían a su memoria, martirizándolo horriblemente. ¡El también debía morir!

Salió al campo, por ver si el aire conseguía hacerle desear sus tristes pensamientos.

Agobiado por el peso de su pena y de sus remordimientos, fué a posarse sobre la copa de una acacia de la carretera.

A lo lejos divisó a dos chiquillos, armados de tiradores, que venían ojeando los árboles en busca de algún pájaro.

Una siniestra idea cruzó por su mente.

De un rápido vuelo se plantó donde los muchachos se hallaban, y situándose en una de

las ramas más bajas del árbol más cercano, les mostró su redonda y agrisada pechuga.

Dos veloces piedras fueron a chocar contra la rama donde se encontraba; pero sin que ninguna de ellas lo alcanzase.

El continuó impertérrito, desafiando a sus agresores.

—¡Carga con perdigones!—gritó uno de los muchachos.

Y esta vez, al mismo tiempo que se escuchó el chasquido de la badana al chocar con la horquilla del tirador, el cuerpo del gorrión cayó sin vida al suelo.

Uno de los plomos le había entrado por un ojo, y en la cuenca vacía titilaba una gota de sangre que más bien parecía una lágrima...

ISIDRO THOMÉ.



RESTAURANT-PARQUE EL PARRAL

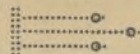
Cenadores en el jardín :- Muchas flores :- Delicioso
ambiente :- Comedores aislados :- El sitio de moda de
Madrid preferido por el buen público :- Comidas a la carta
y por cubierto.

Carretera del Pardo, núm. 37 duplicado.—Bombilla

TELÉFONO 19130

SERVICIO ESPECIAL DE ENCARGOS

E l h u m o r



LA SEÑORITA (cantando).—Mi china..., ven, mi china..., ven.

LA DOMÉSTICA.—Pero, señorita, ¡si en casa no hay gatos!

LA SEÑORITA.—Calla, tonta; si es que estoy ensayando un tango.

En el tren:

Rodolfo se siente indispuerto después de diez horas de viaje. Súbitamente, sin poder dominarlo, sufre un vómito, que es recibido por un compañero que duerme profundamente.

¿Cómo salir del mal paso?

Después de la tempestad, viene la meditación. Rodolfo es ingenioso.

—Caballero —dice a su vecino, sacudiéndole para que despierte—. ¿Está usted mejor?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por cortesía. Como se ha pasado usted un buen rato arrojando...

Todo es relativo:

Levy y Salomón pasean por el campo. Para vadear un riachuelo se descalzan.

Levy.—¿Qué sucios tienes los pies!

Salomón.—Pues tú no debías hablar; los tuyos están mucho más sucios.

Levy.—Sí; pero... ¡pero yo tengo veinte años más que tú!

¡No es igual!

—Israel, dicen que te has casado atraído por el dinero que tenía tu futura.

—¡Calumnia infame! Si me he casado con ella es porque yo no tenía un real.

Ocupación:

Un banquero quiebra, y huye al extranjero. En Londres tropieza con un conocido que sabe se ha jugado un millón.

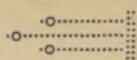
—¡Creí que había sido usted condenado a cinco años de presidio!

—A decirle verdad, estoy tan ocupado actualmente, que me ha sido imposible conceder importancia al asunto.



Eterno femenino:

—No; no me saque el sombrero del último modelo. No quiero que digan que incito a los hombres al píropo...



e n d i s c o s

Sangre fría:

En la celda de un condenado a muerte:

—Reo, levántese. Ha llegado el momento supremo. ¡Sigamos!

—¿Creen ustedes que mi presencia es indispensable?

Es evidente:

—Me parece que su borriquito está en situación apuradísima —decía un gracioso a un sacerdote que regresaba a su iglesia.

—Es verdad —contestó el interpelado—; pero piense usted que el pobre animal va herrado, con una soga al cuello y un sacerdote a su lado. ¿Cómo estaría usted en iguales circunstancias?

Sport:

Preguntaban a un aldeano:

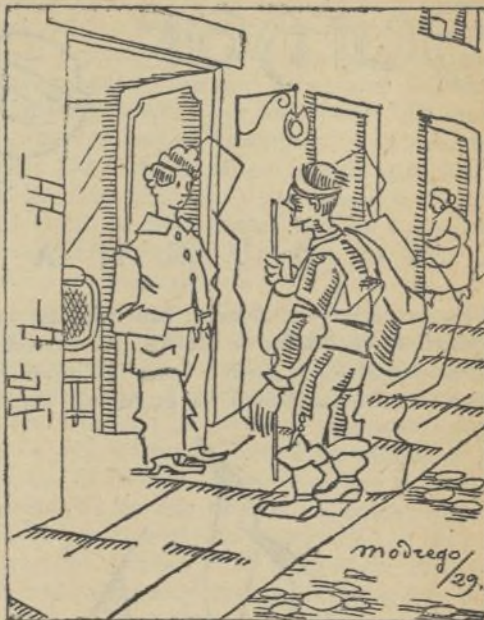
—¿Pasan por aquí muchos automóviles?

—Ya lo creo... ¡Como que no hay ni una plaza vacante en el hospital!



—¿Con este calor, y sales a la calle con piel?

—Ya se encargarán de quitármela las amigas.



—¿Cuánto me lleva usted por afeitame?

—Dos reales.

—¿Y por cortame los pelicos del cogote?

—Por eso, nada.

—Entonces, córteme los pelicos.

Equivocación:

La esposa.—¿Con que ahora te dedicas a besar a la criada!

El marido.—No es culpa mía, coriño. He sido víctima de un efecto de óptica: esa endemoniada se había puesto tu vestido, tu peluca, tus dientes postizos, tus...

Ella.—¿No sigas!

¡Muy serio!:

Juan da dos bofetadas a su amigo Luis.

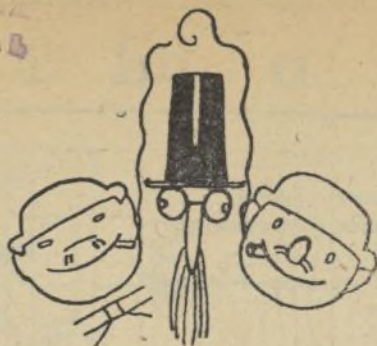
—¿Es en serio o en broma? —pregunta el abofeteado.

—En serio.

—Prefiero que así sea. Caso contrario, te hubiera dicho que no me gustan las bromas pesadas.

AYUNTAMIENTO
MUNICIPAL
MADRID

Humor



ismo

LA QUEMA DE LIBROS

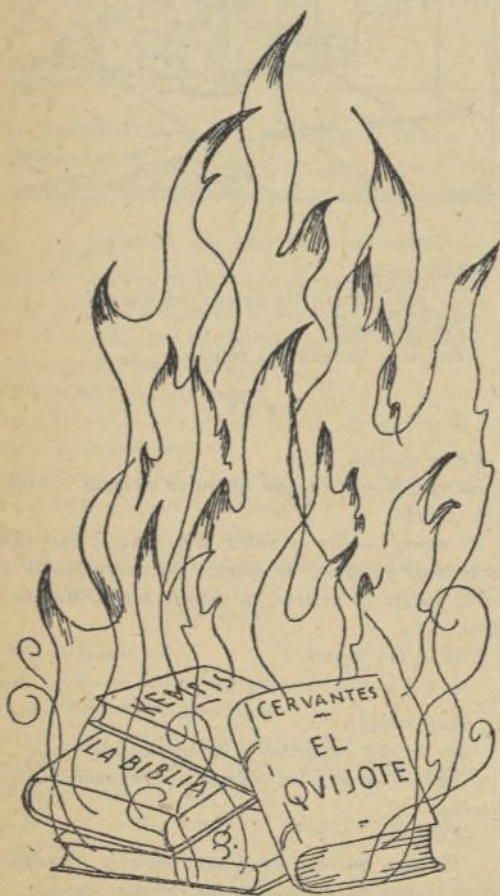
En un pueblo de Zamora han quemado los *Episodios Nacionales* de Galdós, por considerarlos inmorales y nocivos para la juventud. Bien. La Prensa liberal ha protestado contra

“este atentado a la cultura”. Las palabras entrecuadas son de la exclusiva responsabilidad de la Prensa liberal. Nosotros no nos hacemos solidarios de ese anatema. Más bien nos sentimos dispuestos a aplaudir el gesto de esos hombres heroicos que aspiran a destruir por el fuego la obra literaria de Galdós o de quien sea.

Nos parece sencillamente absurda esa protesta en nombre de la cultura. ¿La cultura? Y eso, ¿qué es? Escrita con K —Kultura— nos llevó a la guerra de 1914. Vencedora la cultura que se escribe con c, desembocamos en el Tratado de Versalles, en el plan Dawes, en el pacto Young y en las interminables reuniones de peritos y de diplomáticos. En uno y otro caso, *Kultura* y *cultura* traen consigo una serie de catástrofes y de molestias desconocidas para el hombre de las cavernas, cuya vida simplicísima debiera ser el eterno ideal humano.

La felicidad de un hombre está en razón inversa del número de volúmenes alineados en su biblioteca. Por ello, el hombre de Cro-Magnon es el prototipo de la felicidad absoluta. Sin libros de ninguna clase, sin periódicos y sin Ateneos, aquel hombre ingenuo y primitivo salía todas las mañanas de su caverna con el cerebro limpio de prejuicios. Armado de una estaca formidable, destinada a espantar megaterios y dinosaurios, su única preocupación consistía en buscarse el diario condumio. La Naturaleza, pródiga, le brindaba sus frutos sazonados. Con el leve trabajo de subirse a un árbol tenía bastante para prepararse un desayuno que, al cabo de los siglos, es el mismo que nos recomiendan los médicos naturistas.

Dormía donde la daba la gana. Siempre en-





contraba a mano una caverna acogedora, y a veces no faltaba en el refugio la grata compañía de una dama de pelo en pecho, dispuesta a endulzar las horas de su huésped en una concepción simplista del amor, que los libros—los malditos libros—han venido luego a complicar con unos distingos psicológicos inaguantables.

Tamania felicidad duró poco. El cavernícola, estúpidamente, se dedicó a labrar el sílex y a trabajar el bronce. Se civilizó, en una palabra. Empezó a hacer dibujos en la piedra, creando así para la posteridad la lucrativa industria de los falsificadores de cuevas prehistóricas. Clavó además unas estacas sobre el suelo, y sobre ellas tejió un tramado de ramaje. El hombre trataba de defenderse contra la lluvia. ¡Estaba perdido! Se acercaba a pasos agigantados la invención del paraguas.

Ya en el plano inclinado de las tonterías, envolvió su cuerpo en pieles de animales; reunióse con otros hombres para formar tribus,

y empezó a modular palabras articuladas. De esto a hacer versos sólo mediaba un paso. Cuando el hombre por primera vez aconsonantó *ojos* con *abrojos*, creyó haber descubierto una gran cosa. Entusiasmado, se dedicó a colocar poemas, primero entre sus compañeros de tribu, y después, yéndose por los caminos del mundo, se entretuvo en cantárselos a los desconocidos. Del corro de amigos surgió, naturalmente, la crítica literaria. Y con la crítica, la controversia, un poco brutal en sus comienzos, pero desde luego más inocente que la de un crítico contemporáneo...

El hombre, sin embargo, no había perdido del todo su felicidad. Hablaba, hacía versos, cantaba, discutía al pie de los dólmenes; pero no sabía leer. Probablemente, porque no se había inventado la escritura. El descubrimiento de esta última le llevó al paroxismo de la idiotez. El hombre—necio—confió en la inmortalidad. Ya no sólo cantaba los versos; los escribía, con el propósito de legárselos a las generaciones futuras. Y al ver que los animales no hablaban ni escribían, el hombre se tuvo por un ser superior. Surgió de aquí una serie inacabable de pretensiones: el hombre quiso tener derechos; comenzó a hablar de jerarquías...

¿Resultado de todo esto?... Un creciente aumento de preocupaciones. Para coronar la obra,



Gutenberg inventa la imprenta. Y a partir de ese día, las ideas—patrimonio hasta entonces de unos cuantos privilegiados—pasan a ser del dominio común. Ya todos se creen con derecho a pensar. Y menudean las guerras, las revoluciones, los Congresos y las Conferencias internacionales. La locura se enseñorea del mundo. Cada ciudadano se siente obligado a escribir un libro y, lo que es peor, a publicarlo...

La felicidad del hombre de las cavernas se ha esfumado. La dama de pelo en pecho se depila cuidadosamente, y plantea las cuestiones de amor en términos matemáticos. Para su desayuno, el hombre ha de comprar melocotones a un precio exorbitante. Y a la hora de acostarse ha de llamar al sereno...

Todo por la cultura. Todo por la civilización. Todo por los pícaros libros. ¿No ha de ser plausible cualquier intento para acabar con ellos? Es preciso, si la Humanidad quiere recuperar su pristina felicidad, formar una "Liga

internacional para el Fomento de la Quemazón del Libro". Es necesario destruirlos sin compasión. Cada uno de los afiliados a la Liga se compromete a arrojar un libro al fuego diariamente. Si no lo tiene, que se lo pida prestado a un amigo, y en vez de vendérselo en una librería de lance, ¡a la hoguera con él!

Quememos todos los libros, sin excepción. Los mismos Evangelios, con ejemplos como el de Villarrín de Campos, tienen ya las pastas chamuscadas. Con esta labor destructora, llevada a cabo sin interrupción durante cincuenta años, estamos seguros del retorno a la vida paradisiaca de los cavernícolas. Vida llena de encantadoras sugerencias, que nunca podrá comprender el pobre erudito, encerrado en su biblioteca, y empeñado en descubrir una nueva integral o en enmendarle la plana a Einstein, demostrando que eso de la relatividad es una supina majadería...

AURISTELO.





batintun

En verano, el agua adquiere soberanía sobre el resto de los elementos. En verano todos somos borrachos de agua y perdonamos menos a los borrachos de vino.

En las playas, en las piscinas y en los balnearios, el agua recibe la admiración de los hombres y sus caricias. Hasta en la fórmula H_2O encontramos esencia de poesía vanguardista y algo así como otra fórmula de caballos de fuerza: los de la salud.

De los sótanos de los cafés van saliendo en este tiempo las olvidadas botellas de agua mineral, con una doble mineralidad: la del manantial y la del sótano, que añade a su composición gra-



mos de cemento e hilos de tela de araña. Agua verdaderamente húmeda la que sale de los sótanos.

En sus manantiales, el agua mineral arrastra peregrinaciones de centenares o miles de

hermosa sería aquello, y cuántos contagios de enfermedades se evitarían en él, porque allí, cada toma de agua tendría su vaso individual.

¡Hombres de negocios!, hay que explotar las aguas vegetales, que el Gobierno ya se apresurará a declararlas de utilidad pública internacional.

Estupenda fórmula la del agua vegetal que contuviera, por litro: de raíz de cerezo y peral, 0,10; de germen de setas, 0,42; de extracto de semillas de rosas y alhelíes, 0,15; savia de menta y hierbabuena, 0,20; de pepino y calabaza, 0,47; de opio, pino, eucaliptos, romero, tomillo y otros indicios, 0,21.

El médico director de estos balnearios de agua vegetal tendría aires de cariñoso jardinero.

El agua vegetal curaría totalmente el mal de la rosa, para el que no halla la moderna Medicina adecuado tratamiento.

Las violetas de los cardenales dejarían en el agua de estos balnearios el aroma de sus dolores.

Los botones de la urticaria serían, arrastrados por el torbellino del agua vegetal, con el asombro

de los médicos, que hacen gestos de incapacidad ante aquéllos.

¡Qué hermosos estos balnearios vegetales en el otoño! ¡En ellos habrían de reconcentrarse todas las hojas muertas de las ictericias!

¡Qué derrota la de esas botellas de jarabe que en las anaquelerías falsifican mi idea!

Advertencia: ¡Por Dios!, que no se les ocurra ir a estos balnearios vegetales a los enfermos del asma de las flores.

SAMUEL ROS.



fervientes, con aspecto de cazadores de burbujas. Yo, en cambio, no he visto nunca en las comarcas cosecheras de vinos, hoteles dispuestos para acoger a los bebedores y ofrecerles el líquido en su propio yacimiento... Es que el vino no se merece tanto.

Lo incomprensible es la superioridad que se ha dado al agua mineral, existiendo otra agua muchísimo mejor: el agua vegetal.

¡Oh, quién fuera capitalista para crear un balneario de cocos! Imaginaos qué cosa tan

divulgación médica

DIAGNÓSTICO PRECOZ VULGAR DE LA TUBERCULOSIS

Todo cuanto se ha escrito, y es mucho, sobre la tuberculosis, y que tienda a la mayor vulgarización de los conocimientos que sobre ella poseemos, es hacer una gran obra, dentro de la lucha sostenida de siempre contra la peste blanca, y en la que no debe desmayarse hasta conseguir triunfar de esta terrible enfermedad, como, afortunadamente, la Medicina ha triunfado ya en otras, mucho tiempo tenidas por invencibles.

Efectivamente, es cosa conocida que a una mayor difusión de cultura responde la realidad con un decrecimiento de la tuberculosis. Es necesario que muchos de los síntomas, signos de certidumbre, o sencillamente de sospecha, y medios diagnósticos conducentes a un pronto y seguro descubrimiento de la enfermedad, abandonen la recogida penumbra del laboratorio o la clínica para salir a la luz esplendorosa del sol y difundirse por entre la masa popular, para poner en guardia a tiempo a la víctima, y que, conociendo la cruel amenaza con algún fondo de cultura, pueda huir del ataque acudiendo desde el primer momento a manos expertas que organicen científicamente la defensa, con tantas más probabilidades de éxito cuanto más pronto se estableció.

Dos características existen en el hombre en sus relaciones con las enfermedades en general, y de una manera particularísima con la tuberculosis: la del temeroso, verdadero fóbico, que ve el fantasma del bacilo de Koch en todos sitios y que cuantas afecciones padece las reduce y cataloga dentro de una presunta tuberculosis, y la del indiferente, falso valiente y

aparente despreocupado, para quien es poco menos que pura leyenda la existencia de la tuberculosis y un tonto el que deja prenderse en sus garras.

Ni uno ni otro extremo es lógico. Todos los días ven los médicos enfermos que apenas sienten los más ligeros síntomas de catarro tienen vivo temor a ser tuberculosos: un reconocimiento minucioso tantas veces repetido cuanto sea necesario nos convencerá de que tal individuo no padece la infección bacilar. Mala práctica del médico, si a este presunto enfermo se le zahiere con el despectivo epíteto de aprensivo, y se le deja marchar con el casi baldón de haber acudido a contar su preocupación a quien tiene el deber de escucharle y atenderle. Es lo contrario lo que debe hacerse: imbuir en la mente del vulgo que debe acudir a la menor sospecha; que preferible es una negativa tranquilizadora, a la idea torturante de pensar que tuvo remedio a tiempo lo que, por ignorancia o desidia, ya es sentencia confirmada y quizá imposible de conmutar.

Uno de los síntomas del principio, y en que hay que fijarse en seguida, dándole la trascendencia que en realidad tiene, es el adelgazamiento. Es éste el caso del individuo, hombre ya o sencillamente adolescente, que, sano y en pleno vigor hasta entonces, sin causa lógica que lo explique, empieza a perder peso, adelgaza visiblemente, y, muchas veces, pese a disfrutar de un apetito insaciable y comer en armonía con él, no consigue detener esta pérdida de peso, se emacia, y propios y extraños comentan el cambio sufrido en la corpulencia de su familiar o amigo. Este es el momento

indicado para acudir al clínico: que sea reconocido, y, una vez eliminadas por apropiados análisis ciertas enfermedades consuntivas, quedará como muy probable un empuje de impregnación tuberculosa.

Más se consolida la sospecha si al adelgazamiento se une la fiebre, que hay que buscar constante y minuciosamente, pues no se trata de fiebres altas, de esas alarmantes que el más profano aprecia: es una ligera destemplanza, de preferencia vespertina, solapada, que pasa desapercibida si un termómetro perfectamente controlado no descubre. Fiebre de décimas después de esfuerzos, o sencillamente cuando el ya enfermo lleva varias horas haciendo su vida habitual; una ligera elevación térmica suficiente apenas para colorear muy discretamente las mejillas y producir vaguísima sensación de decaimiento, a menudo achacable a cualquier causa menos a la que en realidad la ocasiona. Son temperaturas de $37^{\circ},6$ y $37^{\circ},8$, suficientes, sin embargo, para encerrar un pronóstico trascendental y ser reveladoras de la importancia de la enfermedad.

Otros síntomas de sospecha, ya cada vez más camino de la certeza, son la fatiga y la taquicardia o aumento del número de latidos cardíacos. Empieza siendo una fatiga de esfuerzo, igualmente discreta, acompañada de palpitaciones, que hace suspender la marcha o el trabajo que el enfermo efectuaba en ese momento y poner a contribución, en una enérgica demanda de aire, los músculos inspiradores.

La tos también es un aviso de alarma para la tuberculosis: es como comienza casi siempre para el vulgo la enfermedad. Se trata del clásico catarro mal curado: un individuo que se acatarró, y que, lejos de curarse de su catarro a los pocos días, permanece mucho tiempo con la secuela de una tos molesta, seca, de tonalidad baja, que sacude su tórax en sacudidas violentas. Nada de expectoración acompaña a esta tos, pues si esperamos a recoger

ese síntoma en la conocida búsqueda del bacilo de Koch, ya es tarde, pues puede tratarse aún de una tuberculosis cerrada, y perder mucho tiempo esperando confiados por la no aparición de los esputos reveladores.

La inapetencia aparece bien pronto como signo de sospecha; una desgana invencible que hace al enfermo repugnar todo género de alimentos, y que muchas veces su estómago rechaza con náuseas e incluso vómitos; es una falta de apetito que hace que el enfermo vea con temor llegar la hora de comer, haciendo de este acto un verdadero suplicio, contra el que quiere luchar y contra el que acaba por declararse vencido en un renunciamento de impotencia.

Tales son, expuestos muy a la ligera y de una manera vulgar, fácilmente comprensible por todos, los principales síntomas que deberíamos hacernos sospechar una tuberculosis. Cuando uno de ellos aparece, o con más motivo si se presentan varios reunidos, debe inmediatamente acudir al clínico y exponerle la situación. Es entonces cuando la ciencia posee medios eficaces de combatir tan terrible enfermedad, deteniendo su marcha invasora y consiguiendo la curación en un tanto por ciento elevadísimo. Los modernos medios de exploración, radiografía y radioscopía, auscultación, medidas de la tensión sanguínea, etc., permiten descubrirla precozmente, y, descubierta a tiempo, la terapéutica posee igualmente remedios eficacísimos para luchar con éxito y arrancar de sus garras víctimas condenadas irremisiblemente a la muerte cuando la ignorancia o la desidia dejan pasar el momento propicio y sólo toman en serio esta enfermedad, fácilmente curable al principio, cuando la aparición de una hemoptisis, por ejemplo, les aterra con su trágica teatralidad.

Y entonces, en la mayoría de los casos, ya es tarde, o, al menos, se ha perdido un tiempo precioso; tan precioso, que vale la vida de una persona.

DOCTOR PEDRO GALARRETA.

Geografía de ASTURIAS

A S T U R I A S

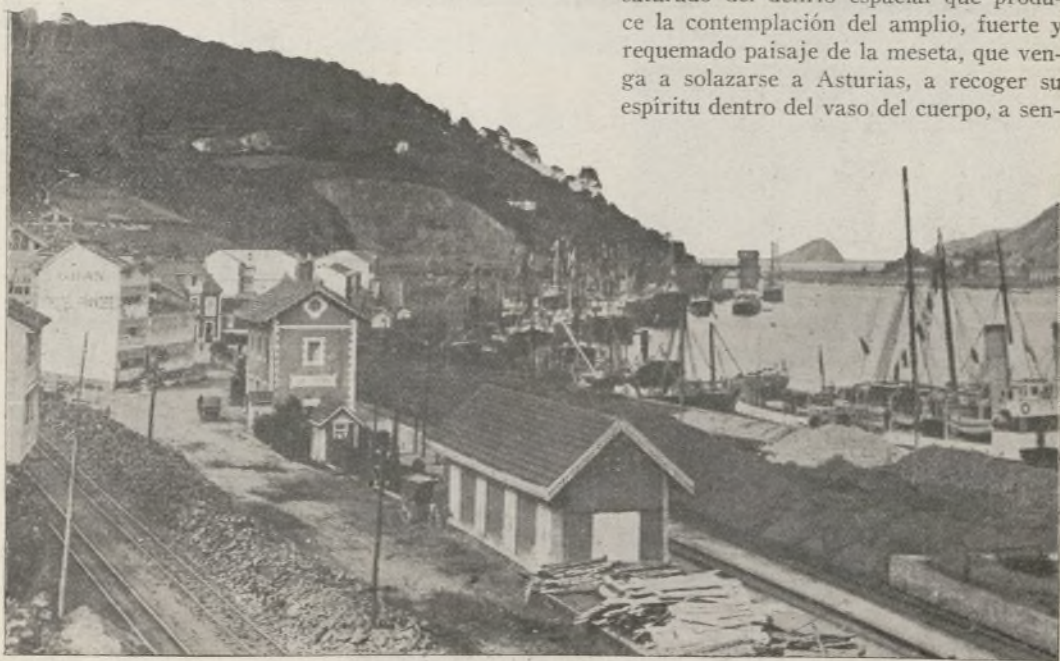
EL CAMPO: UN PAISAJE EDÉNICO

En verdad que nos han defraudado los escritores regionales astures. Hay, sí, la Asturias lluviosa y feble, verdinosa y geórgica.

Si el viajero llega de la ancha Castilla, sus ojos sufren la angustia de la visión corta, y tardan en saber recoger la mirada en el valle angosto y umbroso y en percibir la infantil alegría que produce toda limitación.

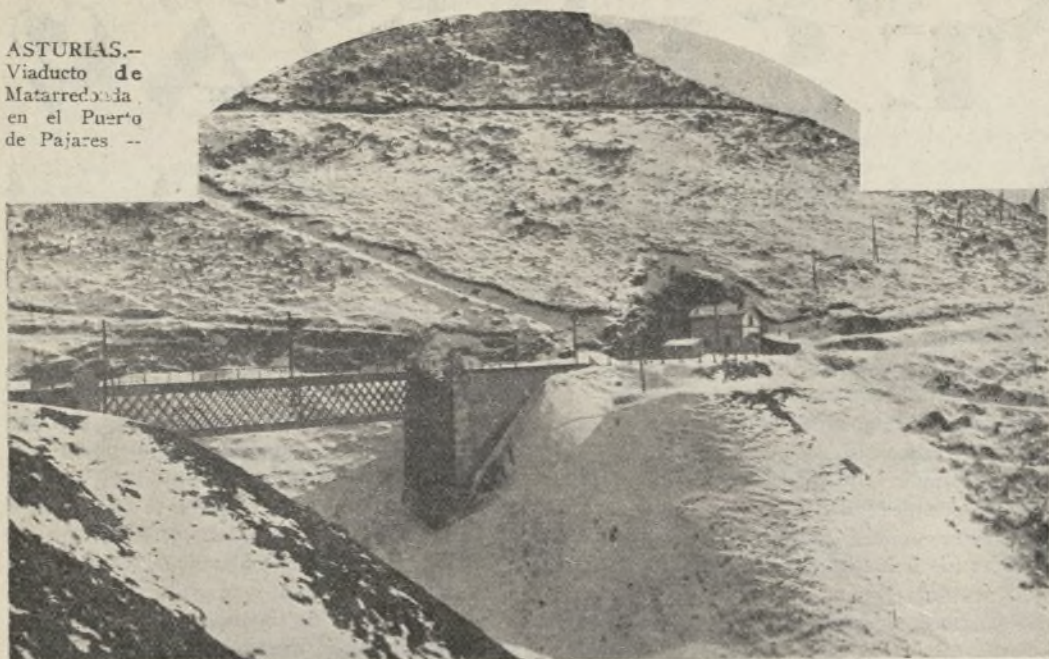
Con efecto, causa alegría el poner en nuestro conocimiento, hasta colmar su deseo, las cosas próximas y tangibles, propicias al conubio con nuestro espíritu.

Se habla del triste y trágico paisaje castellano. Es, ciertamente, un paisaje trágico, porque es un paisaje de distancias, de inacabables lejanías. En él, los ojos tiran la flecha de la mirada al remoto confín, y cae a lo lejos como águila herida. Pero ¿qué persiste de la Asturias tradicional y literaria? ¿Hay aún valles umbrosos y húmedos, con blancos case-rios y verdes pomaradas? ¿Brotó aquí todavía el humor infantil, la égloga y el idilio? ¿No ha llorado un venerable escritor asturiano las virtudes y bellezas fenecidas de "La aldea perdida"? Empero, quien esté ahito de los duros y largos caminos de Castilla, y quien se sienta saturado del delirio espacial que produce la contemplación del amplio, fuerte y requemado paisaje de la meseta, que venga a solazarse a Asturias, a recoger su espíritu dentro del vaso del cuerpo, a sen-



ASTURIAS.—Puerto de San Esteban de Pravia.

ASTURIAS.--
Viaducto de
Matarredonda
en el Puerto
de Pajares --



ASTURIAS.--
Curso del Se-
lla, en Infiesto.



ASTURIAS.—Un rincón de Cudillero.—Iglesia de Villanueva de Deny.

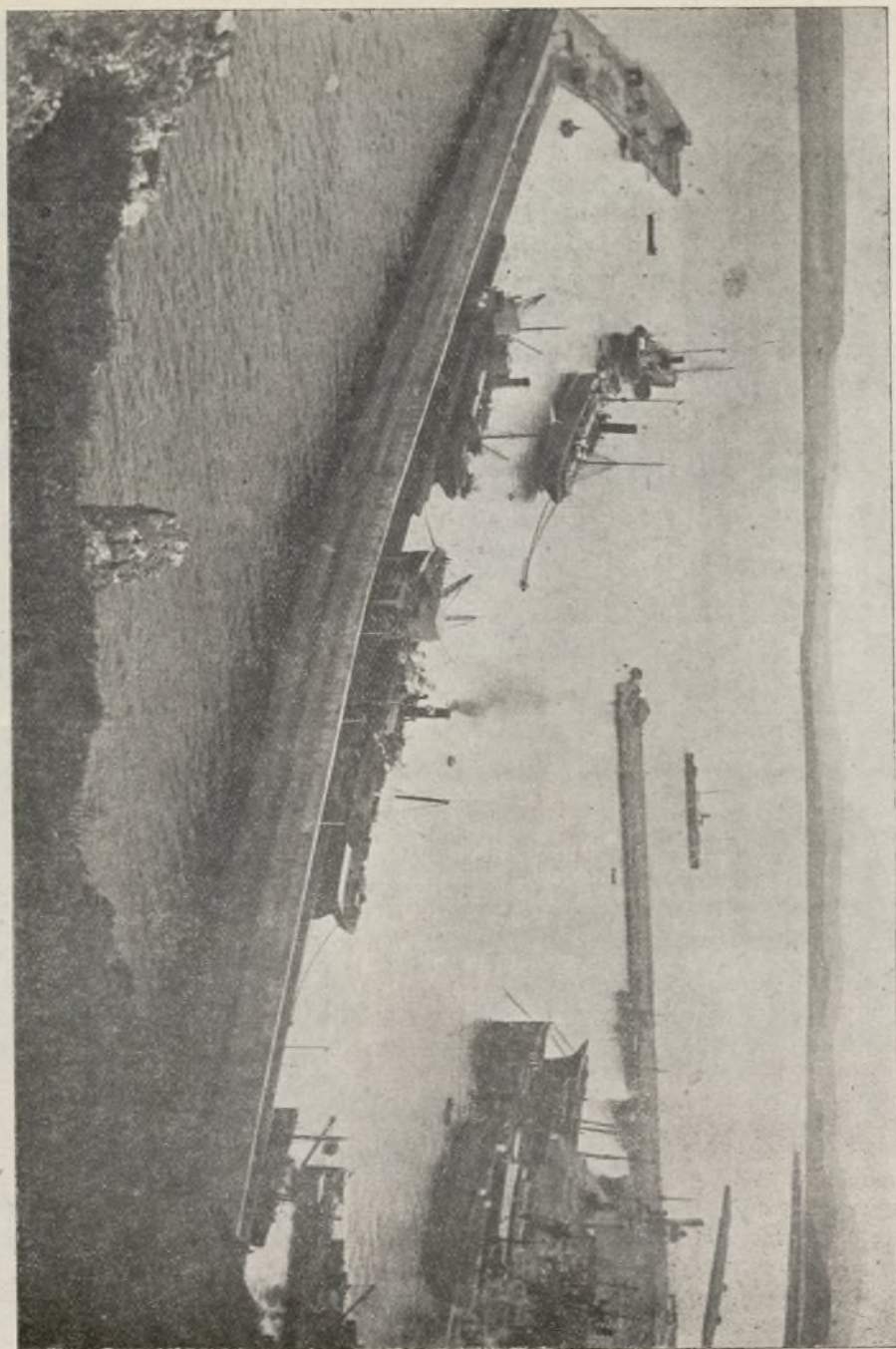
tirse humano y ligado a la tierra, madre aquí de amplios senos y policromada veste. Ceres acicalada con perfumes capciosos y frutos dionisiacos, báquicos, perversos. (Acordaos de la manzana bíblica que hubo de embriagar y perder a la pareja edénica.)

Ya un paisaje como el asturiano, recoleto y verdecido, odorante y fructífero, ha de producir alegría dionisiaca, satisfacción íntima, vitalidad placentera y desbordante.

Con el cuerpo sumergido en este ambiente, y cerradas las válvulas por donde se escapa el espíritu en espirales interrogativas, nuestra humanidad se entrega a un gozo pueril, como colegial en vacaciones. No desea nada que no pueda en el momento satisfacer. Alegre y libre—por su limitación—lanza al viento gritos joviales, que resuenan en el valle; da saltos y cabriolas; corre tras la hembra, que finge asustamiento. Así surgirán el canto y la danza: Eva y Dionisios.



Gijón.—El puerto.



Pero la vida es dualismo, es lucha entre dos fuerzas antitéticas. Y no iba a ser más el paradisíaco valle astur que el habitado por la primigenia pareja. Queremos decir que también en este paraíso ha hecho su aparición el diablo. A la inocente y pueril alegría angélica él opone el trabajo rudo, el ingenio y la dolorosa inquietud intelectual. ¿Y no podríamos señalar el carbón, negro y combustible, que exige ser sacado con tenaz esfuerzo del vientre pétreo de las montañas, y que sirve de hito para marcar la era histórica de la industria y de la ciencia? ¿No podríamos tildarle de fruto ofrecido por Satán?

En el paisaje astur hay ya el dualismo, la tragedia. Al lado de la umbrosa pomarada, del blanco caserío, del pastizal verdinoso, aparece la mina carbonera, las altas chimeneas humeantes, el tren que camina rugiendo.

Mas no lloremos por nuestro destino. No debemos lamentar lo que es humano, fatal y óptimo, en definitiva. Aceptemos jubilosos el dualismo antagónico, raíz del eterno drama humano. Y bien está que en un valle paradisíaco, florecido de églogas y estremecido de danzas, asome por una bocamina la cabeza de la serpiente ofreciendo tentadora un fruto maravilloso con el que podemos transformar el mundo y domeñar las fuerzas de la Naturaleza. Y escrito fué que el hombre había de aceptar siempre el talismán del diablo, por su soberbio afán de poderío y de verdad.

LA CIUDAD: ANTE- NAS Y ALTAVOCES

En todas las ciudades españolas hay un grupo de personas en lucha contra la apatía cultural y el filisteísmo que reseca y paraliza la vida de nuestras provincias. Por cima del aldeanismo burdo y socarrón, el grupo selecto tiende una antena para oír el latido cordial del mundo.

En Asturias, la región minera y sidrera, el número de intelectuales es muy crecido. Estos

intelectuales, para combatir a los asediados, fundan fortines con antenas y altavoces. Esto es: crean Ateneos. Pero estos Ateneos no son centros de gárrulas tertulias políticas; no hay en ellos divanes con peluche raída; ni se hace en sus salones vieja literatura de café con media. En los Ateneos asturianos se trabaja honradamente. Allí los más adquirirán esa cultura media—en España es alta—tan necesaria en los pueblos para que luego madure en ellos el fruto universitario: el fruto de la ciencia pura y del arte puro. Porque el Ateneo y la Universidad se completan; no se excluyen. Lo importante es llevar al Ateneo—y a la Universidad—el espíritu moderno de disciplina intelectual, de alegría en el trabajo, de afán de claridad y sinceridad.

¿Y cuántos Ateneos han creado ya en la región asturiana? Como avanzadillas de la civilización, se establecen estos centros en todos los pueblos astures. Creado ha muchos años el de Gijón—el Ateneo Obrero de Gijón, cuyas dos bibliotecas, circulante y fija, cuentan con más de diez mil volúmenes—, fueron naciendo los de Avilés, Oviedo, Villaviciosa, Sama, La Felguera, Turón, Mieres, Candás, Noreña, Grado, etc., etc., pues hasta en cada barrio de Gijón y Oviedo hay ya un Ateneo con escuela y biblioteca. Así, en Asturias, con parapetos de libros y disparos de conferencias, van acabando con la ignorancia y el filisteísmo. ¡Avante, avante! ¡No hay que desmayar! El problema español es, y seguirá siendo, un problema de cultura. Y, principalmente, no de cultura superior, no de creación de espíritus selectísimos y cultivadísimos, que sienpre hemos tenido—aunque es menester ampliar en mucho su número y formar fuertes equipos, obra ésta exclusiva de la futura Universidad—, sí de cultura media, de amplia cultivación del pueblo, de la masa, para que el filósofo, el sabio, el artista encuentren prolongado y cordial eco que les animará a proseguir su cotidiana aventura sentimental o intelectual.

G. S.



LA FÁBULA DEL TIPICISMO

VERBENERA

La leyenda y la historia hispanas reclaman a voces una inmediata rectificación.

Yo no sé por qué, de manera sistemática, se ha centralizado el tipicismo español en Madrid. En todas partes tenemos fórmulas y su poco de literatura, incluso en aquellos perímetros de más difícil aclimatación. Vizcaya, por ejemplo. Naturalmente que el tipicismo se halla sometido a transformaciones singulares, según el claroscuro local; pero el tipicismo neto se acusa con igual rudeza en cualquier latitud.

Calendario de la mayor precisión en la fórmula son las verbenas. Pues bien: las verbenas vascas se me antojan mucho más castizas que las matritenses. Comienzan a demostrarlo

en la designación y acaban por hacerlo de forma absoluta en el vaivén subjetivo de su zambra. La verbena es aquí romería. El amplio y denso espacio donde se desarrollan, absorbe un profundo espíritu de popularidad. Hasta los más elevados declinan un poco de su prosapia.

En primer término, la romería vasca no se acomoda en el área ciudadana. Necesita del nativo panorama campestre: la campiña por asiento; por contorno, el monte; la ermita como perspectiva siluetada por el campanil... Y elevándose en busca de rutas invisibles, mil sonidos acordes de muchedumbre ruidosa: cánticos por un lado, tamborileo que redobla vowingero por otro, música de acordeones que chillan y languidecen, notas malabaristas y vi-



Notas vibrantes de los chistularis.



Este lienzo de Ricardo Arrúe...

brantes de los chistularis. Todo a la vez y todo impulsado por un ritmo de alegría espontánea.

Desde San Antonio—¡también San Antonio, señores de la Florida!—, que se celebra en Urquiola, no hemos dado reposo a esta clásica expansión. Tengo la sospecha de que nos divertimos mucho más aquí que ustedes, porque entre nosotros el tipicismo no es una cosnombre de vulgaridad. Es algo consustancial y preciso, como la buena comida, el buen vino y la gran alegría de vivir bien...

ARTISTAS VASCOS

¿Lo ven ustedes?

En la capital de España no conozco yo nin-

guna Asociación de artistas madrileños. En Bilbao, por el contrario, tenemos la de Artistas Vascos. No diré que constituya una excepción, pero sí que ella exceptúa de su medio todo lo forastero. Cinco, seis o siete Exposiciones anuales permiten aquilatar el valor de la pintura localista. Algunas, y aun frecuentes veces sin trascendencia, aunque menos desorientada que por la mayoría de esos Salones que citan Gil Filloi, Juan de la Encina, Moreno Villa. Reconozcamos, también, que el arte vasco mantiene perenne una clara finalidad: el estilo.

De Arteta a Pepe Arrúe se extiende con abultadas ondulaciones todo el variado matiz

del color. En el fondo, no obstante, subsiste una sola manera espiritual. De esto, quien de verdad se ha hecho dueño del secreto es Julián Tellaeche. De pintar como se quiere—procedimiento negativo—a pintar como se puede, existe la misma diferencia que de ser a parecerlo. Para Julián Tellaeche, que así piensa, después del *marcante* en cuadros, no hay otro problema en pintura nacional. El día que se halle formado el tasador tipo de los pintores actuales, y cada uno de estos lo resuelva como pueda, habremos dado con la definición de un período caótico. Los artistas vascos, sin embargo, frecuentan el rito gradual de una defi-

nida escuela. Más amplia, más sobria, imaginativa o severa, recorre una disciplina lineal inconfundible.

Este lienzo de Ricardo Arrúe, de factura y colorido arriesgados, junto a este otro de Tellaeche, sorprendente de severidad, no pierden el contacto que los define. Son los dos, o pertenecen, al mismo impulso genésico. De aquí al fervor clasicista por el tipicismo local sólo hace falta que rectifiquemos la leyenda. Y bien rectificada, que cada cual procure defenderla como pueda.

JESÚS ESCARTÍN.

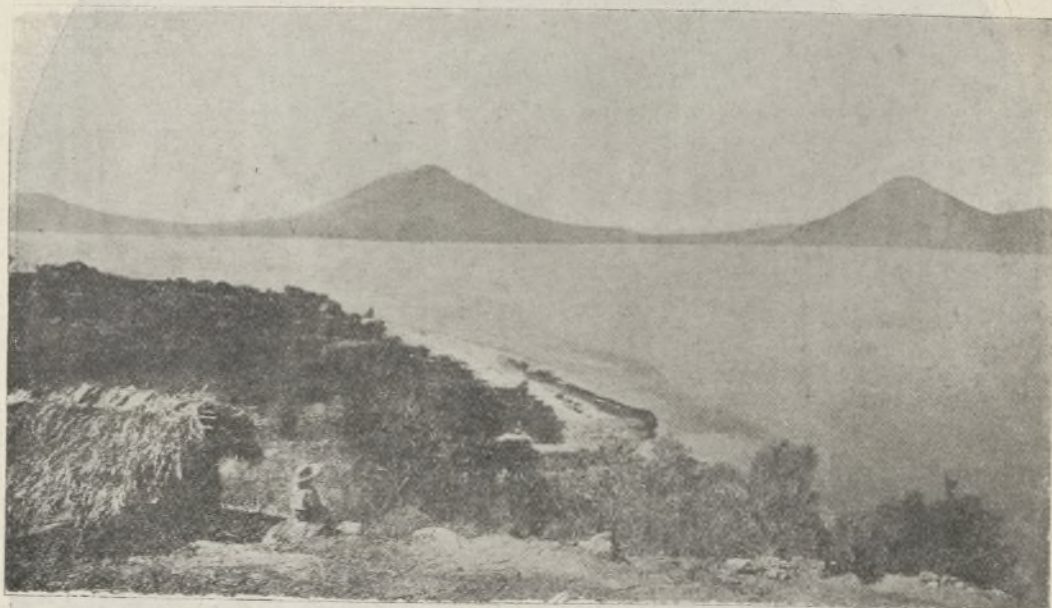
Bilbao y junio.



... junto a este otro de Tellaeche...

Geografía de AMÉRICA

G U A T E M A L A



Lago de Atitlán.

Con sus puertos abiertos a dos océanos, por su posición geográfica, nexo entre dos continentes, esta nación, la primera de la América Central, debía representar la antigua y bella idea del centro del globo. La representa parcialmente. Pero como si se hubiera tenido empeño en que un Estado latino no pudiese vanagloriarse de asumir importancia tal a los ojos del mundo, y con el fin de que el pabellón inglés flote también en el mar de las Antillas, ahí está ese rompeolas llamado Honduras británico, barrera estrecha e irregular que sólo sirve para cortar perspectivas al bellissimo territorio guatemalteco.

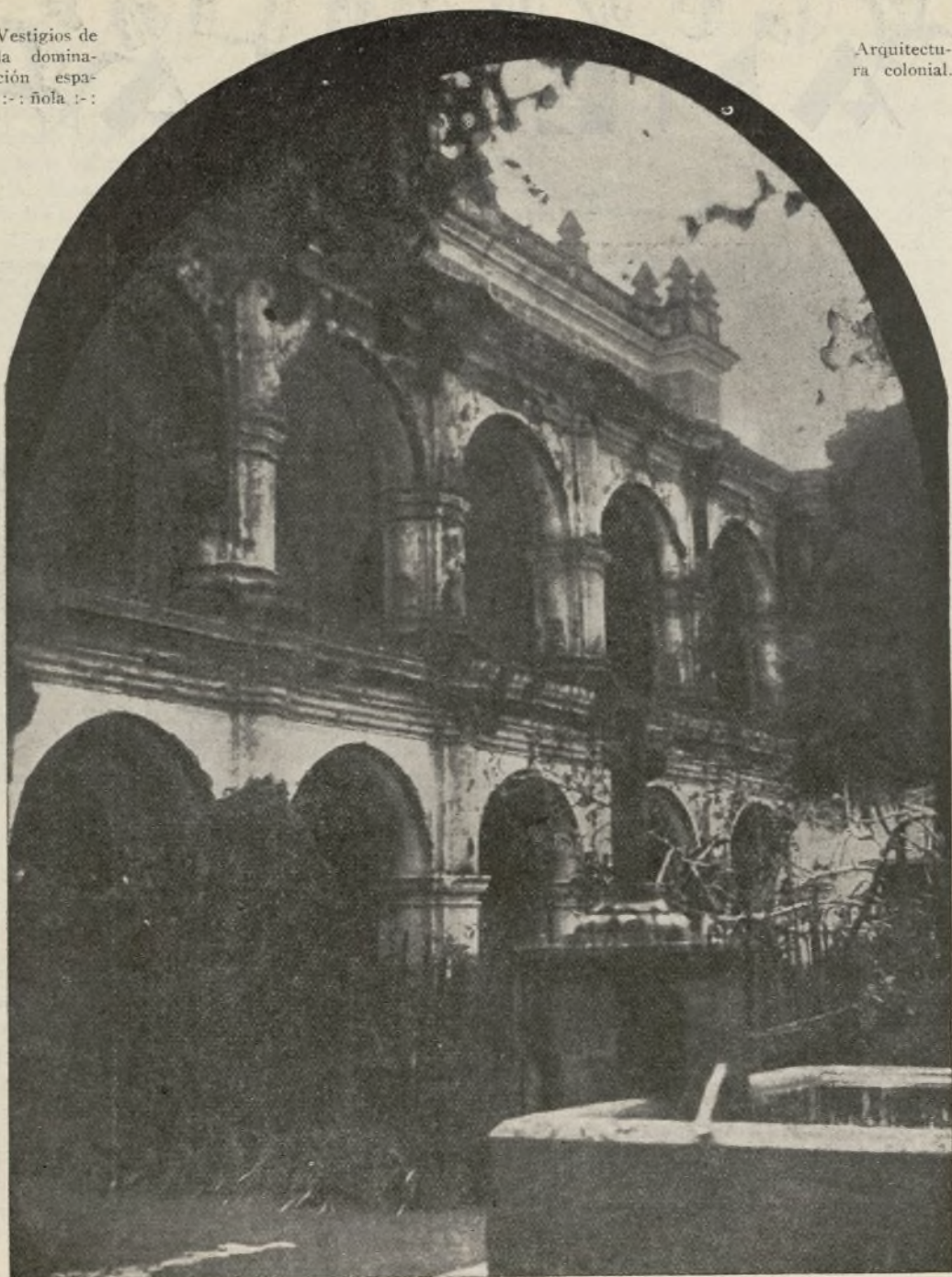
No lo consigue, sin embargo. Nadie puede imaginar, sin haberlas visto, las bellezas de

este país. Soberbios paisajes, espesas selvas en las que abundan las maderas preciosas, bosques de abetos, de cipreses y de pinos. Cascadas, lagos, ríos... Torrentes que ponen una nota tumultuosa y alegre en página tan apacible y dulce. Parajes que nunca pudieron soñar, ni la fantasía del poeta, ni el pincel del artista... Cascadas, lagos, ríos... Ruidos plenos de melodía, murmullos de ensueño... El visitante se extasia ante tanta grandiosidad y, vuelto en sí, cuando sus ojos se elevan hacia esos picos altaneros que quieren dominar el colorido y la música del ambiente, se piensa en los volcanes majestuosos que no descienden de sus alturas sino en forma de fuego destructor.

Porque hay que decirlo. Guatemala, cuyo

Vestigios de
la domina-
ción espa-
ñola :

Arquitectu-
ra colonial.



Ayuntamiento de Madrid

rasgo característico en su geografía física es su sistema montañoso: cordillera de los Andes con sus múltiples ramificaciones Montes Cockcomb, Santa Cruz, Merendón, Chamalecón y la Sierra de Chamá, Guatemala es un país volcánico y cuenta con más de treinta volcanes de altitudes varias, oscilando entre 2.000 y 4.200 metros. Algunos de estos volcanes están en actividad.

Como fenómeno sísmico, todavía está en la memoria de todos el terremoto de 1917, que destruyó casi por completo la ciudad de Guatemala, capital de la República.

Esta capital, construida en 1766, después de la destrucción de la que hoy se conoce por el nombre de "La Antigua", y que fué famosa y primera capital de la Capitanía General de Guatemala, es la más importante de América Central. Más de 150.000 habitantes. Está situada en el valle de Las Vacas, a 1.500 metros sobre el nivel del mar, goza de un clima delicioso; su temperatura media, de

18°, hace de ella una ciudad en la que la primavera es eterna. Posee magníficos paseos, entre los que sobresale el de la Reforma, de cuatro kilómetros de extensión, parques, jardines públicos, teatros, monumentos, edificios notables, algunos de ellos en ruinas o restaurados, pertenecientes a la época de la dominación española. De Guatemala al lago de Atitlán da acceso una amplia carretera que atraviesa una región montañosa espléndida, sembrada de campos de trigo y maíz.

Pudiéramos citar, entre las ciudades más importantes de la República de Guatemala: Quezaltenango, la más sana del país; Totonicapán, capital del Estado de su nombre, que cuenta con 40.000 habitantes, indios en su mayoría; Santa Cruz Quiché, con sus famosas

ruinas de Utatlán; Huehuetenango, rica en plomo, plata y cobre; San Marcos, de lujuriantes plantaciones de café; Retalhulén, importante centro ferroviario y comercial; Mazetemango, de pintorescos alrededores; Solola, magnífica vista sobre el lago de Atitlán; Escuintla, célebre por sus piscinas; Antigua, la de tan glorioso pasado; Chiquimula, productora de tabaco, café y maíz, y, en su región, Esquipulas, a cuya iglesia católica acuden en masa los peregrinos...; Jalapa, con mucho ganado; Puerto Barrios, en la bahía de Amático, que recibe las tres cuartas partes de las importaciones; San José de Guatemala, puerto del Pacífico y estación balnearia de primer orden...

Algo más de dos millones de habitantes constituyen la población de Guatemala, para 110.000 kilómetros cuadrados de superficie. La densidad es, por tanto, de unos 20 habitantes por kilómetro cuadrado. El elemento indio representa el 30 por 100 de dicha población, y el resto de ésta es formado por los "ladinos", tipo corriente de la mezcla española e india. Puede calcularse que hay en la República unos 30.000 extranjeros: yanquis, mejicanos, italianos, españoles, alemanes, ingleses, franceses,



ILMO. SR. D. ENRIQUE TRAUMANN
Cónsul de Guatemala.



Un bello paisaje.—Cocoteros.

belgas y hasta chinos. Guatemala no limita la inmigración; pero en lo que a esta raza se refiere, existe una ley que prohíbe en absoluto la entrada a nuevos descendientes de Confucio, si bien es verdad que con los 1.000 a 1.500 que hoy residen allí, dentro de poco puede presentarse el problema de su alojamiento.

La naturaleza ha favorecido a este país, dotándole de un suelo fértil como pocos y de un subsuelo rico en minerales.

El maíz es la base de la alimentación del pueblo, y la producción es superior al consumo. Observemos este detalle, muy significativo: la costa produce hasta tres cosechas anuales de maíz. El trigo crecía en proporción que bastaba y sobraba para las necesidades del país; pero hoy debe importarse cierta cantidad de los Estados Unidos, porque los agricultores prefieren dedicarse al cultivo del café y de la caña de azúcar. El arroz se importa cada vez

menos, y en cuanto a las alubias, que de todas clases crecen fácilmente y en abundancia, se hace de ellas tan poco consumo, que su cultivo no reviste gran importancia.

Existen infinidad de plantaciones de plátanos, que en cantidades importantísimas se exportan a los Estados Unidos. Pero, a no dudarlo, el cultivo más considerable es el del café. Hay en el país más de 2.000 plantaciones de café, ocupando cerca de 100.000 hectáreas de terreno. Claro es que la casi totalidad de la producción se exporta, contribuyendo a esta boga del café guatemalteco el premio que en 1915 obtuvo en la Exposición de San Francisco, en California, que le confirió el título de "Primer café del mundo". La caña de azúcar ocupa el segundo lugar como importancia de producción, y son muchos los agricultores que se dedican a su cultivo al mismo tiempo que al del café.

Vienen en un plano inferior el cacao, el caucho y la madera.

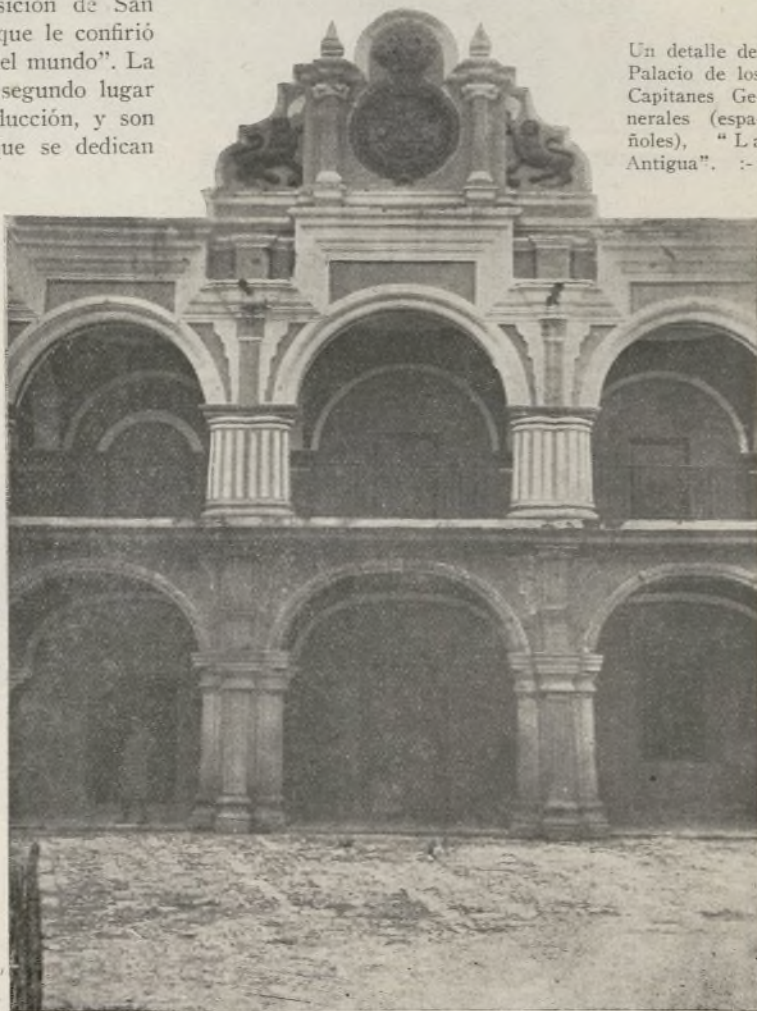
El ganado adquiere de día en día mayor importancia, sobre todo en la región de la costa del Pacífico. En los Estados del Oeste, en donde existen manufacturas de tejidos de lana, la cría del ganado lanar está muy desarrollada.

Del subsuelo se extrae plomo argentífero, cinc, cobre, oro, plata y hierro.

No olvidemos que en el Estado de Zacapa se han descubierto importantes canteras de mármol blanco de calidad idéntica al famoso de Carrara. Según los técnicos, se trata de canteras inagotables y únicas en

Hispanoamérica. Enumeremos las principales industrias de Guatemala, y no dejemos de consignar que se observa gran tendencia en todos estos pueblos jóvenes a disminuir la importación de artículos manufacturados, para lo cual una *élite* estudiosa hace frecuentes viajes a Europa, con el fin de completar estudios y de adaptar procedimientos.

Actualmente casi puede decirse que la industria textil es la única industria guatemalteca; empieza a cultivarse el algodón, y de este modo disminuye la importación que de Méjico se venía haciendo. Se fabrican sacos con una fibra



Un detalle del Palacio de los Capitanes Generales (españoles), "La Antigua". :-:



Palacio del Ayuntamiento.—Una perspectiva del Parque Central.

llamada jute. Cuerdas, redes, con magüey y pita floja. Con fibras procedentes de algunas palmeras se confeccionan cestos y sombreros

para el campo. También se desarrolla la alfarería y la fabricación de tejas. En menor escala desde luego, en Guatemala se fabrican

todos los efectos de uso corriente, y nada sorprendente será ver un día, cuando la maquinaria vaya abriéndose camino, que las industrias de este país compiten con las mejores. Ya hoy, sin los últimos elementos, con sólo el afán y aplicación de sus obreros, Guatemala produce artículos que nada envidian, por lo acabado de su ejecución, a los de otros países.

No hay que deducir por la exposición que venimos haciendo que la Naturaleza hace todo en este bellissimo país. Las riquezas de su suelo no tendrían salida si el comercio no estuviera inteligentemente orientado. Para el tráfico interior cuenta Guatemala con unos 1.500 kilómetros de vías férreas, repartidos en siete líneas estratégicamente trazadas. Para completar esta red se cuenta con la navegación fluvial y con diversas carreteras de bastante tráfico automóvil. Los transportes marítimos, tanto con Europa como los Estados Unidos del Norte de América, están muy bien organizados.

Terminaremos estas notas con un breve resumen histórico.

El territorio ocupado hoy por Guatemala fué primitivamente habitado por tribus indígenas de muy elevada cultura. Después del descubrimiento de la costa oriental de América Central por Cristóbal Colón, González Dávila y Alvarado emprendieron su conquista, el uno por el Norte y el otro por el Sur.

En 1527 se fundó la primera colonia española en las faldas del volcán Agua; en 1541 fué destruida la ciudad y construida en el valle más próximo, llegando a ser, por su importan-

cia, la tercera del Nuevo Mundo, siendo la primera y segunda, respectivamente, Méjico y Lima. Nueva York era entonces una aldea, y Chicago no existía.

Sobrevino otro temblor de tierra, y la metrópoli de América Central quedó totalmente destruída, irguiéndose más tarde en el valle de Las Vacas, sitio que hoy ocupa. El 15 de septiembre de 1821 fué proclamada la independencia, creándose la Federación Centroamericana, que se disolvió veinte años más tarde.

A partir de este momento—obsérvese que la historia se repite en casi todos los pueblos hispanoamericanos—los conservadores permanecieron en el Poder, y, claro es, durante treinta años de predominio, nada hicieron por el progreso del país. En 1871 estalló una revolución popular, cuya influencia se hizo sentir en toda la América del Centro. Puede decirse que sirvió de base para el establecimiento de la vida democrática, por la que todas estas jóvenes Repúblicas luchan, como lucharon y lucharán por la libertad de su territorio.

El quetzal, ave trepadora de magnífico y suave plumaje verde tornasolado y oro, abunda mucho en la República guatemalteca. Es allí emblema de libertad, y figura en sus armas. El símbolo es acertado: belleza, como la del paisaje de Guatemala, tal vez el más bello y admirable de cuantos hemos conocido; suavidad, como la de los moradores de suelo tan privilegiado, hospitalarios para el extranjero, al que estiman tanto más cuanto mayores aptitudes y mejores cualidades reúne.

B. B.

TALLERES DE FOTOGRAFADO

DE

EL IMPARCIAL

LÍNEA / DIRECTO / BICOLOR / TRICOLOR / PRONTITUD
ECONOMÍA Y ESMERO / ENVÍOS A PROVINCIAS

Duque de Alba, 4.—Teléfono 71550

MADRID

Paisajes españoles



Escena rural en la montaña cántabra.

- Ayuntamiento de Madrid



LA ESCULTURA JAPONESA

En la primavera de 1922, en el Salón de la Société Nationale des Beaux Arts, de París, se celebró una Exposición de Arte japonés, cuyo alto Patronato presidía precisamente Raimundo Poincaré, jefe del Gobierno, y que constituyó una de las manifestaciones más interesantes que el arte del Japón ha realizado en Europa.

Sobre todo, en lo que concierne a la escultura.

Frente a alguna de las obras escultóricas expuestas—la *Austeridad*, de Yamazaki, por ejemplo—parecía patente un retorno de la escultura japonesa hacia las cardinales virtudes que caracterizaron sus tiempos primitivos. Podía advertirse—y desde entonces se ha acentuado—la existencia indudable de un renacimiento escultórico que pugna por colmar con obras de gran estilo la sima en que la escultura japonesa se precipitó, después de un período singularmente glorioso, en las postrimerías del siglo XIII.

No faltaban, ciertamente, algunas muestras modernas de *neskés*, un poco apartadas, no obstante, de sus condiciones y circunstancias tradicionales. Entre ellas, llamaba particularmente la atención una pareja de niños, tallados en madera policromada por Ishii, que, aun excesiva de tamaño, dentro del género, era un *neské*.

Esta clase de escultura, que en realidad constituyó el tercer gran período de la escultura clásica japonesa, o mejor aún, la derivación última de esa escultura, a la que siguió después de un largo siglo de inacción y decadencia, es la escultura de la filigrana, de la miniatura.

El traje masculino japonés no tiene bolsillos. El hombre lleva, pues, por lo común, suspensos de la cintura por un cordón, y metidos en una bolsa, sus bártulos de fumador. Al extremo de la cuerda hay un botón de cierre. Es el *neské*. El tallado y afiligranamiento de este *neské* fué casi la única manifestación escultó-

rica japonesa durante los siglos XVII y XVIII (hay quien supone que el *neské* data del siglo XV). En ella llegaron los artífices nipones a insuperable grado de maravilla. Como ha dicho Steward Dick, “el escultor de *neské* es el



AUSTERIDAD.—Escultura en madera por Yamazaki.

más grande maestro del arte de *multum in parvo* que jamás haya existido en el mundo”.

A pesar de esto, el *neské*, que mantuvo poco tiempo esta culminación de excelencia, representa, en el proceso total de la escultura japonesa después de la época primitiva y de la época clásica, una decadencia manifiesta.

Si, como decimos, no faltaban muestras, más o menos auténticas, de *neskés* en la Exposición japonesa celebrada en París en 1922, no es precisamente por ellas por las que puede juzgarse

la tendencia y el vigor de la escultura japonesa moderna.

Para ello hay que acudir a otras manifestaciones y comprender, comparando, por ejemplo, el *Viejo minero*, de Yoshida, allí expuesto, y la *Austeridad*, ya citada, con el *Sacerdote* (siglos XIV y XV), cuya reproducción publicamos, que el arte escultórico japonés moderno se inspira en las grandes tradiciones clásicas que le procuraron, con autenticidad suasoria, una personalidad perfectamente definida. Es, sustancialmente, un retorno al manadero pristino de las grandes corrientes de aquellos siglos, con un sentido más realista, pero sin perder aquel espiritualismo búdico que fué, en lo antiguo, su don más precioso.

Como la pintura, la escultura fué importada en el Japón por los primeros sacerdotes budistas, procedentes de Corea (siglo VI).



MINERO VIEJO.—Estatua en bronce por Yoshida.

Se ha puesto ya en claro, merced a los descubrimientos e investigaciones realizados en la China septentrional, el itinerario seguido por el arte hindú para llegar hasta el Japón. India-Turkestán - China septentrional - Corea - Japón. Por manera que, en realidad, al llegar a este punto estaba realmente virgen de influencias de la China propiamente dicha. Ello explica que, libre de las adiciones chinas, el arte japonés se manifestase casi idéntico al hindú originario, más un plus de elegancia y finura que fué la gracia de su originalidad.

En su época primitiva—figuras para el exorno de los templos—, la piedra fué casi desconocida como materia escultórica. Sólo se empleaba la madera y el bronce. A estas materias, o a una laca ligera con que recubrían la primera, supieron imprimir los primitivos escultores japoneses una dulce y grave serenidad.

Hay que insistir en esto porque, en definitiva, constituye, a lo largo de las centurias, una característica indeleble. Proviene, sin duda, esa serenidad del mismo espíritu, de la propia simbólica confortación de la religión budista. Contrariamente a lo que acontecía con la doctrina hindú, la doctrina budista del Norte es amable y optimista. El mundo es un tesoro de idealismo. El simbolismo escultórico—divinidades y jerarquías, abstracciones espirituales—refleja esta latente potencia idealista.

Aun en los momentos o en las empresas de mayor y más positivo realismo, el arte escultórico japonés ostenta esta característica de que acabamos de hablar. (Lo mismo ocurre, y sin duda por las mismas profundas razones, con el teatro japonés.)

La primitiva escultura creó el templo maravilloso de Hozu-ji-Nara, el primer templo budista erigido en el Japón. En él abundan las bellas obras escultóricas, descollando entre todas la estatua de Kwannon (siglo VI). Se advierten también en él magníficas muestras de la escuela de escultores en bronce de Nara (siglo VII), y que cierra la época primitiva para marcar los iniciales jalones de la clásica.

Se caracteriza ésta por una cierta patente influencia helenista (arte greco-budista han llamado algunos a esta compenetración, y que nosotros—audazmente quizá—señalamos como



Neskés.

primer período de la época clásica de la escultura japonesa).

Aludiendo a Grecia se ha dicho ya, con la sola alusión, que la escultura japonesa reveló desde entonces un mayor y más noble sentimiento de la dignidad humana, y un mayor gusto por la ponderación. En una palabra, la escultura japonesa halló el canon. Prodigioso ejemplo—rotundo y persuasivo—es el grupo de Budha y dos sacerdotes que Giogi, una de las más altas glorias del arte japonés, logró fundir en bronce, a gran tamaño, para el ya citado famosísimo templo.

Dentro de este mismo período hay que señalar la época de las estatuas gigantescas (en el templo de Nara se erguía un Buda de 16 metros de altura, hoy muy deteriorado), y entre las que culmina Daibutsu, el gran Buda de Kamakura. Seguramente, la misma inicial maravilla del canon, exacerbada por un frenético gusto del prodigio, condujo a esta superación material y exagerada. Al iniciarse la decadencia, se inició, en este primer período greco-budista de reacciones y evoluciones, la escultura que podríamos llamar, atendiendo al tema obsesionante y reiterado, *de dioses y demonios*, y cuya culminación hallamos en la escuela de Unkei, famoso escultor que vivió a fines del siglo XII y principios del XIII. Unkei, que prolongó su influencia hasta algún tiempo des-

pués, y a quien sucedió dignamente en su prestigio su tercer hijo, Koben, representa una indudable aportación barroca y quizá también, además, una positiva y refinada delectación técnica.

Proviene de ello un modo fehaciente de caracterizar sin error la totalidad del arte japonés. Este es capaz, como cualquier otro, de la más perfecta, minuciosa, detallada e impresionante expresión realista. Su constante idealismo—esa fuerza simbólica, ultraterrena, imaginativa, casi de traslación



SACERDOTE BUDISTA.—Madera policromada (siglos XIII-XV).

empírica, que alienta en él, es, por tanto, voluntaria, específica, deliberada. Responde a lo más hondo y más íntimo; es fundamento y razón, no procedimiento ni circunstancia.

El teatro japonés—tan realista y simbólico a un tiempo—es, en este respecto, suficientemente persuasivo.

El segundo período de la escultura clásica—según mi clasificación, quizá un poco arbitraria—se caracterizó en el Japón precisamente por este cultivo de lo realista. Es la época del *retrato*. Con esto está definido. Más que reacción—hay, que subrayar el inalterable sentido idealista y simbólico del arte japonés—fue cultivo más ahincado y férvido de una técnica.

El dominio trajo, naturalmente, a la larga, la decadencia, y en el siglo XIII, hacia sus postrimerías, se abre una laguna que ya no se colma hasta que por el siglo XVI se acentúa el vigor y el acierto de los *neskés*.

Actualmente, la escultura japonesa, a despecho de todas las inquietudes y originalidades que pueden y deben tenerse presentes, responde, en su íntima razón inspiradora, en el brío inicial de su impulso, a las líneas cardinales marcadas en lo antiguo. Bastaba ver las esculturas de la Exposición de 1922 en París; le bastará al lector la visión comparativa de los grabados reproducidos en esta crónica para convencerse.

No tengo elementos suficientes para intentar un comentario más razonado.

RAFAEL MARQUINA.



TEUJIN.—Estatua en madera (siglos XV-XVI).



P I N T U R A C A T A L A N A

I

La actual pintura catalana se orienta francamente hacia el naturalismo. Liquidadas definitivamente las inquietudes artísticas de la inmediata postguerra; arrinconado aquel pa-



Paisaje, por Joan Miró.

sajero afán de pureza que dió nacimiento a multitud de obras que parecían anunciar un futuro esplendoroso, los pintores catalanes, suggestionados por las campañas de críticos que gozan de un prestigio inmerecido, y esclavos de las exigencias del público, abandonan todas aquellas inquietudes vivificadoras para entregarse de lleno al naturalismo, invocando el precedente de los artistas catalanes del ochocientos, pintores realistas de aplastante mediocridad. La pintura catalana se vuelve decididamente de espaldas a las preocupaciones plásticas y poéticas que imperan en Europa, y se lanza irreflexivamente al cultivo de un arte seudorracial, basado en el realismo más vacío.

La absoluta sumisión a este estrecho naturalismo, ayudada por un oficio adecuado—no el verdadero oficio, hijo del paciente estudio de las leyes de composición y de construcción, sino el oficio cocinado, hijo de la habilidad digital y de los malabarismos innecesarios—, esta absoluta sumisión, repito, al controlar despiadadamente la inteligencia y la sensibilidad de

la mayoría de nuestros artistas—intensamente dotados muchas veces de estas cualidades—llega a anularlas totalmente, imposibilitándolas de manifestarse libremente, sin trabas.

Al margen del ambiente mediocre imperante, sin embargo, se alzan algunos nombres que ellos solos ya son suficientes para justificar la denominación de pintura catalana. Tres o cuatro nombres que pueden ser ventajosamente comparados con los mejores del extranjero.

En primer lugar, Miró. El famoso Joan Miró, que ha sabido granjearse la consideración de la *élite* europea, la cual le ha proclamado indiscutible jefe del superrealismo pictórico y el más legítimo sucesor de Picasso. Después, Salvador Dalí. Magnífico talento, menospreciado en su tierra, cuyas obras empiezan ya a llamar la atención de los grupos selectos de París. Y finalmente, Joan Juñer, pintor jovenísimo, que lucha con denuedo para hallar un modo de expresión adecuado a su temperamento. Picasso, que acaba de ver sus últimas obras, le ha pronosticado un magnífico porvenir.



Perro ladrando a la Luna, por Joan Miró.

Otros nombres jóvenes—pocos—luchan también vigorosamente para evadirse de la mansuetud dominante. De todos ellos nos ocuparemos en estas planas, empezando por

JOAN MIRÓ

El psicólogo suizo Dr. Carl Jung divide a los hombres en dos categorías: extravertidos e introvertidos. Y define a los primeros de este modo: "Individuos que en todos los juicios, percepciones, sentimientos, actos y estados afectivos sienten principalmente como motivos los factores externos." En cuanto a los segundos, "derivan sus motivaciones, principalmente, del sujeto, de sus hechos internos".

Paralela a la de Jung, existe la división de Kretschmer: ciclotímicos y esquizotímicos. Los ciclotímicos—extravertidos de Jung—"se desenvuelven en la vida práctica con vigorosa actividad y un ingenuo buen sentido, como sensualistas cómodos, algo materialistas y amigos de la conversación de café". En cuanto a los esquizotímicos—introvertidos de Jung—"son unos temperamentos artistas, fríos y nerviosos, que poseen lo que hace defecto a los ciclotímicos: un espíritu fino, capacidad de abstracción, idealismo, energía serena y tenacidad".

Estas definiciones, que los dos hombres de



Paisaje, por Joan Miró.

ciencia aplican al hombre en general, pueden ser también perfectamente aplicadas al artista. Hay, efectivamente, el artista extravertido o ciclotímico, y el artista introvertido o esquizotímico.

El primero es el que otorga a la imitación una importancia capital, el que no puede desprenderse de la tutela acaparadora del objeto, y que no sabe evadirse de la realidad que le rodea. El segundo es el que nos da la reali-



Paisaje, por Joan Miró.

dad después de pasar por el tamiz de su mundo interior, la realidad transformada después de atravesar su alma, el resultado de las reacciones de su yo, al hallarse enfrente de la realidad, o sea las resonancias de su mundo interior al chocar con el mundo exterior.

Nos ocuparemos hoy de un perfecto introvertido o esquizotímico. Nos ocuparemos de Joan Miró.

Antes, sin embargo, será preciso aclarar que un introvertido absoluto, como quieren muchos modernos subjetivistas a ultranza, no es posible. Muchos esteticistas modernos pretenden que, para el introvertido, el verdadero realismo es, no el que describe, evoca o sugiere los espectáculos naturales, sino el que imita más fielmente las visiones percibidas por la imaginación en momentos de inspiración. Y añaden con Jean Epstein: "Lo real es lo real interior." El introvertido, según ellos, se impone la interdicción de narrar, de contar, de detallar cosas y hechos, y—exaltación máxima del mundo interior en perjuicio del mundo exterior—se propone desterrar categóricamente de sus obras la más leve descripción de los pai-

sajes externos para plasmar estrictamente los paisajes internos. Para estos esteticistas, el introvertido ha de ser un ascético explorador de lo absoluto, que, ebrio de pureza, se ocupe exclusivamente de la vida interior, se entregue voluptuosamente a la introspección más desenfrenada, y busque desesperadamente las imágenes en las zonas más recónditas de su inconsciente. Para estos extremistas, el introvertido, si es poeta, se tapaná las orejas con cera, y si es pintor, pintará con los ojos cerrados. Así, según ellos, se realizará plenamente la ruptura absoluta con el mundo exterior, y el artista se podrá entregar sin estorbos a la búsqueda implacable de sensaciones en lo más profundo de su mundo interior.

Este introvertido absoluto, sin embargo, no es posible. Dice Maritain que el arte, siendo del hombre, en el hombre y para el hombre, no puede prescindir de las cosas, sin caer en el suicidio angélico por olvido de la materia. Creemos que esta recomendación es perfectamente inútil. El artista, en efecto, a pesar de todos los esfuerzos que haga, no podrá evadirse nunca totalmente de la realidad, a menos de ser ciego, sordo y mudo y, por lo tanto, inapto para toda realización artística.

Joan Miró, en consecuencia, no desprecia radicalmente los objetos. Su posición inicial es

francamente objetivista. La palabra objetivismo, tomada naturalmente en su acepción trascendental, como quería Baudelaire. Es decir, no las apariencias materiales de los objetos, sino su esencia, su verdadera realidad.

Así, pues, yo creo que Miró sigue este procedimiento: sus ojos y su espíritu han entrevisto, a través de las apariencias materiales, la realidad profunda de las cosas. Este es el punto de arranque, la revelación inicial. Después Miró se apropia esta sensación, la instala en su alma, la trabaja, la despoja de estorbos, de parásitos, hasta poderla trasladar pura e intensamente a sus obras. Y éste es el verdadero trabajo interno del introvertido. En otras palabras: Miró ha descubierto el resplandor espiritual en la cosa real. Entonces se apropia esta cosa, la instala en su espíritu, la trabaja, la pule, la deforma, la transfigura, para fijarla en sus obras, toda ella resplandeciente de aquel espíritu que se esconde detrás de las apariencias materiales, y que el artista ha presentado, o, mejor dicho, intuido en la cosa real antes de empezar su obra.

Es, podríamos decir, una fusión del objetivismo y del subjetivismo, que Joan Miró, quizá el único actualmente, realiza plena, pura e intensamente.

SEBASTIÁ GASCH.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. domiciliado
en , calle , núm. , se
suscribe a la Revista ATLÁNTICO por un año, cuyo importe de pesetas ⁽¹⁾ remito por Giro postal y con derecho a recibir diez números corrientes y dos extraordinarios, a contar desde el mes de y DIEZ PESETAS en libros cuyos títulos daré a conocer oportunamente.
..... a de de 1929.

(1) DOCE para España; QUINCE para Portugal e Hispanoamérica; DIECIOCHO para el extranjero

Fotografías de arte



Muñecos.

(Fot. ENRIQUE CHARRA.)



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

Sr. Gerente de la Revista ATLÁNTICO

General Arrando, 36

MADRID

Ayuntamiento de Madrid



HACIA LA RENOVACIÓN DEL TEATRO

HABLANDO CON RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

La campaña que en pro del verdadero arte dramático hemos iniciado, en tanto llega la época de estrenos que ocupen nuestra atención, se ve hoy enriquecida con las ideas de ese gran alquimista de las cosas humanas que es Ramón Gómez de la Serna.

Es de gran utilidad escucharle. Su obra está llena de teatralidad, y al teatro ha dedicado algunos logrados esfuerzos. El hecho de que no hayamos visto representadas obras de Ramón sólo indica el atraso del público, que no comprende humorismo, sino risotada, y la ignorancia de los demás: empresas y actores.

Agradecemos sus palabras vivamente. Una entrevista es siempre engorrosa para el escritor. Me ha enseñado Ramón tres encuestas francesas sin contestar. Para evitarlo, hemos ido a Pombo. Ramón en Pombo se siente sentimental, y nos regalaría libros enteros.

Ramón está también interesado en la cruzada del nuevo teatro. Comienza:

—Después de tantos esfuerzos hechos por la literatura, hay un coeficiente de vida que merece perderse en el teatro, y en un supremo esfuerzo en el *cine* hablado. ¡La ola delicada, solaz, audible, para el *cine* hablado, y después, morir! Detrás de nosotros, la matriz que podría renovar la copia de lo que fué nuestra vida y nuestra invención.

—¿Desde qué punto de vista le interesa el nuevo teatro?

—El teatro nuevo, que es lo increado, tiene el aliciente de ensayar el porvenir, de practicar con el hombre y la mujer el ensayo desgarrador. ¡Las ideas en la cópula del diálogo femenino y masculino!

—¿Cree usted que se iniciará pronto entre nosotros el balbuceo de la nueva estética teatral?

—Así lo creo. Necesitará para su crecimiento esa armónica desvariación de las ideas, de las cosas, de los amores, en que necesita superarse la vida cotidiana. José Ortega y Gasset es el que ha de señalar el sitio, y allí creará el inmueble para que se encastille ese teatro que,



Último retrato de RAMÓN.

mientras, vivirá de prestado. Si bajo el poder creador de Ortega actuase Giménez Caballero, podríamos asomarnos con suerte a las preparaciones colorinescas del porvenir. ¡Nada de aficionados, sino una nave de locos en mares de no poder volver!

Ramón tiene una voz potente, que subraya de modo imperativo todos sus juicios rotundos. Ve en seguida la lírica de las cosas.

—Ver todos los días—sigue diciendo—cómo resultan las superposiciones, y cómo algo sale de los sueños para suceder en la realidad...

—Respecto a la escenografía, y la parte material de la escena, ¿qué ha pensado usted? —preguntamos.

—Lo primero que hay que cambiar es la embocadura. Será ésta un irregular rompiente, que, sin encubrir la escena, tenga la deformidad de lo desgarrado, de lo roto, de lo violado sin miramientos arquitecturales. El telón se cerraría en grande como el obturador de la cámara fotográfica, en negra cicatrización del



Detalle del torreón de RAMÓN.

muro roto, con ingeniosa concentración de piezas movibles y retráctiles en la órbita de la orla desigual... Será este teatro que preconizo un teatro de piezas intercambiables y variadas, como el sumario de una revista o, mejor, como una *magazine* viviente. Habrá entremezclado a ese teatro un teatro de comentarios de actualidad; el teatro que aclare el suceso "sucedido", reconstruyéndolo como ante los jueces del día, y de vez en cuando atravesará un grito el espectáculo, o saldrá la mujer de gracia nueva a parecer un quitasol reciente...

—¿Tiene usted entre manos ahora algo de teatro?

—Para fuera, sí. Preparo *Los medios seres*, para L. Poe, que hace tiempo los quiere representar en París, y el *Santo entierro*, para Gastón Baty.

(Anteriormente sí ha escrito Ramón bastante para la escena. No hace mucho tiempo hemos vuelto a leer su *Teatro en soledad*, es decir, el drama que cuando, ya en la madrugada, el teatro está vacío, inventan los supercómicos, con toda la verdad y el desate del verbo, que ha sufrido tanto durante la representación hipócrita... Como todo lo de él, la idea es fuertemente original. Le hemos oído decir que, según su criterio, los *Seis personajes* estaban ya en ese bostezo libre del teatro.)

—Varios tomos publiqué—continúa—; *Ex votos*, y una antología que, bajo el título de *El drama del palacio deshabitado*, publicó Blanco-Fombona en su editorial.

—En cuanto a los actores...—insinuamos.

—Nunca llevé nada a ningún cómico. Odio los saloncillos a la antigua usanza.

—Me agradecería oírle hablar de la novela en sus relaciones con el teatro.

Ramón está acabando la botella que tiene delante. Pero no hay que alarmarse: es de Mondariz. Estamos en familia, porque con el verano se queda Pombo solitario, ante el asombro de Ramón, que no comprende el veraneo. Se encuentra perfectamente bien en Madrid. Está, si acaso, disgustado porque las noches han sido frescas durante unos días...

—Frente al llamado teatro de público creo que la novela es muy superior; el espíritu campea libremente, y puede escoger sus persona-

jes entre las nobles minorías. Y, sin embargo, aunque parezca paradoja, en el teatro es más difícil triunfar que en la novela, porque hay que convencer, en el breve espacio de tres horas, a mucha gente de gustos distintos y opuestos. En el teatro, los personajes secundarios tienen sus éxitos y se destacan más que personajes primarios. El éxito es una suerte que necesita que estén en nuestro décimo "todas" las cifras especiales y diferentes en que se manifiesta el alma del público ocasional y espectacular, debiendo estar sintetizados en la obra todos esos bajos halagos que pueden mover a ese público. Ante la novela, el público es lector, y ante el escenario adquiere carácter enfatuado de jurado. En resumen, prefiero el lector al espectador, y los géneros libres y disparatados, sin límites para la acción, para los apartes ni para el silencio.

—¿Y del público? ¿Qué piensa usted del público?

—Al bueno se mezclan los que quieren vengarse del espíritu y los acostumbrados al insulto para el héroe de los toros...

—Para terminar, ¿piensa usted no abandonar del todo el teatro?

—Sólo escribiría para él suprimiendo de la novela toda la novela, si se construyera ese Ateneo teatral con salas de conferencias, de cinefono, de *cabaret*, de redacción de nuevo *magazine*. Por hoy no tengo tiempo. Tendría que dedicarme a los personajes, sin recibir a nadie más. Envidio los que pueden decir a su imaginación: "que no pasen más que los señores de ayer..." Decididamente, hasta que no llegue a la invención de un tiempo nuevo no haré teatro. ¿Algo más?

—Basta.

Se presentan unos americanos que desean conocer a Ramón personalmente; americanos del Norte. Ha entrado en Pombo un murciélago, visitante inesperado que no debe tener para el autor de *El doctor inverosímil* muchas simpatías, porque inicia la marcha.

De lo que nos ha dicho Ramón, la idea de un teatro fundado por Ortega y Gasset, con edificio propio si es posible, y auténtica selección, se presenta como único alivio a la indiferencia general. Tenemos a veces tal espíritu

de sumisión a la decadencia de los géneros, que hasta palpar las cosas no las solemos ver. De crearse ese teatro quimérico, muchos de los que lo niegan, escribirían para él. El éxito intelectual sería definitivo. Lo demás, ¿qué importa?

—Saludos a ATLÁNTICO—oigo a Ramón. Y me tiende la mano, para perderse en la noche, su noche del sábado, que tiene en su inmensa caja de estrellas la misteriosa fórmula para sus cientos de greguerías...

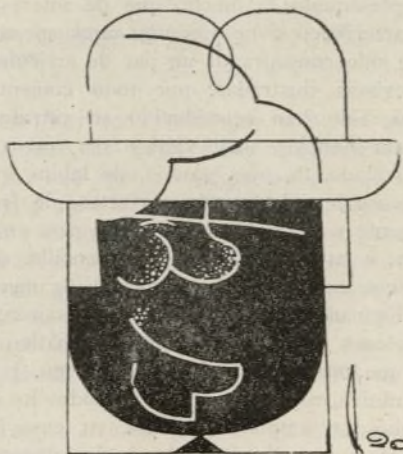
ANTONIO DE OBREGÓN.

PARÍS

Nos envió, hace algún tiempo, "Azorín" una carta de Jacques Thery y otra de Baty. Posteriormente nos ha escrito el primero de estos dos, comunicándonos la creación de la revista *Bravo—l'hebdomadaire du spectateur*—, la cual dirige.

Transcribimos algunos párrafos que pueden interesar a los curiosos de novedades editoriales:

"*Bravo, le grand journal de spectacles du monde entier, paraîtra prochainement et comptera parmi ses principaux collaborateurs: Marcel Achard, Tristan Bernard, Jacques Copeau, Simon Gautillon, Bernard Zimmer, Claude*



RAMON cuando dió su conferencia sobre el jazz, pintado de negro.

Anet, Jules Romain, Jacques Natanson, François Porché, Francis de Croisset, Marcel Pagnol, Alfred Savoir, Gaston Baty, Jean Giraudoux, Louis Jouvet, Robert Dérarnaux, Denys Amiel, Pierre Blanchar, Edouard Bourdet, Charles Graural, madame Simone, etc.

Bravo veut être independant, d'une honneteté absolue. Nous désirerions avoir un correspondant dans toutes les grandes villes du monde."

MADRID

En estos días se piensa en el Ayuntamiento sobre quién ocupará el Teatro Español la temporada próxima. Suponemos que la cuestión debe ser complicadísima, y si tuviéramos nosotros que solucionarla, probablemente no sa-

briamos qué hacer. Una vez más abogamos por la creación del verdadero teatro clásico sin mixtificaciones románticas, o romántico sin sustituciones mediocres. Lo que se está haciendo en Barcelona—claro que en el Teatro de la Exposición—es un ejemplo. Por fin puede verse *La celestina*, nuestra joya primitiva, en cuatro tardes, lo que constituye un acontecimiento para las letras castellanas. Claro es que bajo el imperio de una moral indescifrable, y confiándose a elencos de pocas iniciativas, no se podrá adelantar gran cosa. La dirección del Teatro Español debe confiarse a un nombre acreditado, que con hábil ademán y vasta cultura gobierne la histórica nave, tan llena de recuerdos gloriosos para nuestra escena.

A. O.

EN ESTE AÑO...

EL ANIVERSARIO DE LESSING

En el decurso del año actual—en que se cumple el segundo centenario del nacimiento de Lessing—, España no se asoció aún a los festejos y homenajes con que la generalidad universal celebró esa efemérides gloriosa en los anales del teatro alemán.

Mientras la escena de unos y otros países ha representado lo mucho que de interesante y característico tiene Lessing, aquí apenas si le han sido consagrados un par de artículos, y las revistas ilustradas, por todo comentario gráfico, sólo han reproducido su retrato de pelucona blanca y traje vistoso; su rostro ancho, ovalado, de ojos garzos, de labios grandes, sensuales, demasiado perfectos, de frente inteligente y con actitud serena; la casa en que naciera y su sepulcro, severo y sencillo, entre flores que crecen en su redor. Lessing merecía más. Es nada menos que uno de los más firmes jalones del renovacionismo dramático alemán, que tanto había de influir luego, y que aún influirá más, en el teatro de todos los países, pues su amplia inquietud, su ensayismo constante no se ha detenido desde entonces...

Desechó Lessing el libro por su poca difusión; la Universidad, por la inestabilidad de sus recursos y limitación de sus medios; la polémica, porque se la prohibían, y halló en el teatro lo que apetecía, y que en otra parte hubiera buscado en vano; los razonamientos los hizo parlamentos; los pensamientos, escenas, y los argumentos, situaciones; buscó emociones y persuasiones en la plasticidad escénica, y, pudiendo haber imaginado un libro, o un discurso, o una diatriba, escribió una comedia o trazó un drama. Y creó un teatro.

Porque Lessing es el fundador del moderno teatro alemán. Coincide la actividad dramática de Lessing con el mejoramiento de la situación del teatro germano, que fué debido a la literatura precisamente. Aún corrían el país, de uno a otro confín, bandas de comediantes menospreciados, de vida miserable, dados a la improvisación, a los espectáculos truculentos y a las payasadas. Gottoched, pronunciándose contra la improvisación frecuente en las compañías y contra las necesidades del *Hans Wurst*, inició una ruta, por la que poco tiempo después seguía Lessing.

En el orden dramático, no se limitó Lessing

solamente a escribir para ser representado. Sus conocimientos, su sensibilidad, su erudición le movieron a más. Sobre el dramaturgo, a las veces, estaba el crítico. Un crítico recto, aunque suave, que se mostraba frente al gusto de la escuela de Leipzig, que era el de la generali-

cional y conducirlo, para lograrlo, a la expresión perfecta de su propia esencia.

Para esto, Lessing pedía escuelas para el actor. Pero las pedía vanamente. La escuela fundada en Viena, fracasó, como la de Mannheim. Y pedía escuelas para dignificar al actor. Por-



Una escena de *Emilia Salotti*, representada por las actrices germanas M. Scheinpflug y Hohort. En el óvalo, Luisa Hohort.

dad del público, para preconizar el naturalismo, un noble naturalismo, que no la solemnidad en la actitud, la grandiosidad de los gestos apasionados, la afectación y exageración, que, al decir de Devrient, eran las características del estilo clásico francés, que tanto seducían en Germania, y contra el que luchó algo vanamente.

Algo vanamente, pues si bien de momento no lograra imponer del todo su criterio, al cabo se impuso en Alemania la idea que empezó con Ekhof a poner en práctica. Idea noble, henchida de amplia racialidad: la de establecer el arte dramático alemán sobre su espíritu na-

que no hay que olvidar que en su tiempo, todavía, como casi siempre, los comediantes surgían de las más humildes capas sociales. Para Lessing, el actor *debía* de estudiar, tenía que aprender y hacerse una cultura. A su pesar, tuvo que reconocer la inferioridad, entonces, del arte alemán respecto al francés, y aunque el estilo galo no le seducía, y en más de una vez se mostró contrario a él, tradujo *El Actor*, de Remond de Saint-Albine, y las reglas de Riccoboni.

En su *Dramaturgia de Hamburgo*, Lessing da una verdadera lección de arte escénico, y en esta obra aparece la palabra *dramaturgo*,

con un sentido nuevo, diferente al que se viene y ha venido usando de siempre. Para Lessing el *dramaturgo* es el animador, el director, el *metteur en scene*, el teorizador sobre arte teatral, no el autor dramático. Así, Lessing es dramaturgo y autor dramático, siquiera con el tiempo han venido a confundirse e identificarse conceptos tan, al parecer, dispares, y que él señala con sus propios contornos.

De toda la varia y ex-

Justo es también que dediquemos un recuerdo a los intérpretes, a los excelentes comediantes de los tiempos de Lessing, que, animados de su mismo espíritu renovacionario, dieron a la escena alemana un ímpetu insospechado.

Lessing y Gottoched encontraron en Caro-



Dos escenas de la obra *Nathan el Sabio*, representada en el Teatro de la Residencia, de Munich.

tensa producción dramática, en la que sobresalen *Laocconte*, *Mima von Baruhelm*, *Emilia Salotti*, es *Nathan el Sabio* la que más le define y concreta; escrito en la madurez de su talento y de su vida, es un compendio de su obra toda y de su ideología, de su preocupación religiosa y de sus anhelos de que todos los hombres de diferentes confesiones se unan en un abrazo fraternal, expuesto de modo magistral y serena, limpio de amplia actualidad. Tanta, que parece nada menos que de hoy...

* * *

lina Neuberin la fiel intérprete de sus producciones y la defensora y propugnadora de sus planes escénicos. La Neuberin era hija de un famoso abogado de Reichenbach, que dejó su casa y familia por el teatro, y fundó una compañía de comediantes y una escuela, que, pese a sus defectos, es realmente el punto de partida del desarrollo dramático germano.

Carolina Neuberin estrenó *Junger Gelehrten* ("El joven sabio"), de Lessing, que fué un éxito que hizo predecir sus triunfos futuros, que no se hicieron esperar gran cosa.

Mucho ganó con las representaciones de la producción de Lessing la creadora de la escena alemana, cuyo nombre adquirió entonces una popularidad manifiesta. Sin embargo, justo es confesar que murió pobre y abandonada. Pero su labor de sacrificio y de lucha constante ni

fué estéril, ni resultó ineficaz. Tres cosas había conseguido, de las que luego otros se aprovecharon: crear un estilo escénico unificado, en vías de amplio desarrollo; dar un prestigio creciente a la profesión, e imponer, frente al gusto imperante en la generalidad, un sistema nuevo, más artístico y, desde luego, muy elevado del nivel y de las maneras que acostumbraban la mayoría de los comediantes en la declamación e interpretación.

La escuela de la Neuberin tuvo secuaces. Señálase como el más decidido a Juan Federico Schoneman, que contaba con el concurso inteligente de Sofía Schoroder y Conrado Ekhof.

Esta compañía, en pugna aún con los elencos de comedias de improvisación, entre las que Franz Schuc adquirió gran renombre, estrenó *Miss Sarah Sampson*, de Lessing, en 1755, que encantó al público.

Conrado Ekhof, el "maestro", era de familia humilde, y antes de dedicarse al teatro estaba de escribiente de un letrado alemán, dueño de espléndida biblioteca, en la que se nutrió espiritualmente el famoso comediante intérprete de Lessing. Su idea perenne era que cada uno de los artistas que intervenían en una representación debía considerarse como una parte, como un miembro subordinado al conjunto, del que no debía sobresalir.

* * *

Hace doscientos años, el 22 de enero de 1729, nace en la humilde y nevada aldea de Kamenz un niño, que se llamó Gottold Ephraim Lessing. Su padre era un pastor protestante; su madre era hija de otro sacerdote, evangélico también; sus abuelos y antepasados, clérigos. Nace, pues, y se desenvuelven los primeros años de su vida, que coinciden precisamente con la "época de las luces", en un ambiente de cristiana cultura y de lucha religiosa. Desde niño le son frecuentes y familiares las conversaciones teológicas y literarias—no en vano nace en "la Alemania de los poetas y de los pensadores"—y los libros de filosofía, de pedagogía y de estética...

Así, en la adolescencia ya sabe opinar por cuenta propia y elegir un sendero para su vida. Acaso sin proponérselo, Lessing empieza a ser un polígrafo, estudia para médico y sigue aprendiendo Humanidades.

Pronto se da cuenta de que en la literatura está el medio de expresión y difusión de sus ideales, y empezó a escribir y a descollar como comediógrafo, como prosista y como poeta. Y, así como en la literatura vió el medio de expresión de sus pensamientos, dentro de la amplitud genérica literaria, requirió la modalidad dramática como la más apropiada y eficaz.

E. ESTÉVEZ-ORTEGA.





INCITACIÓN A CULTIVAR EL «LIED»

Cada época tiene, en música como en otras artes, una floración especial, particular, de formas. Cada clima, cada período, estructura nuevas expresiones. No hay formas agotadas, pero hay—es lógico—caudales que fueron torrentes y hoy son acequias, y, al contrario, acequias de ayer que hoy son torrente. Hay, en la música, momentos de ribera, en que el río—centrador, surcador—llena de Naturaleza el paisaje, y hay, en cambio, momentos de jardín, en que bastan las fuentes—líricas, apagadas—para refrescar la atmósfera. No es sequía, no es agotamiento. A la ribera—espesa de árboles—le va bien la gravedad del río, y al jardín—cuidado, limpio—le está bien la gracia humilde de las fuentes. Y todo puede estar en el mismo recinto: abajo, los abetos y el río; arriba, las fuentes y los jardines.

El *lied* es una flor—bella—del jardín romántico. Se forma y se desarrolla bajo una temperatura templada, propicia. Cuando está ya bien lograda en pompa y en color vistoso, la mustia el estío de objetivismo de nuestra época. Hay un instante—en primavera—en que el jardín está encendido de perfume, nevado de primores, rico, lozano. Entonces es cuando trabajan en la bella labor cultivadora del jardinero Debussy, el jardinero Duparc, el jardinero Chausson.

El *lied* es, en la música vocal, una miniatura lírica. Se produce con Schubert, cuando el romanticismo fluye, y comienza en la sentimentalidad aldeana de los alemanes. Termina con Debussy, cuando el romanticismo se hace blando, sensual, desfalleciente, vagoroso. Wágner no es temperatura propicia: es demasiado fulgor, demasiado calor para el cultivo de jardines. Schubert es ribera. Wágner, selva. Debussy, jardín. En la exuberancia de la ribera, Schubert cuida de las violetas silvestres,

las flores exquisitas, diminutas, ocultas en la intimidad del césped. Schubert es un botánico. Wágner ya no sabe de flores, sino de árboles. Grandiosidad de selva, hinchada de pompa, de espesura, de misterio. Potencia de dominador. Wágner es un ingeniero de montes. Y vuelve el descenso, la voz lírica. Debussy—recluso y limitado—trabaja con minuciosidad—en el recinto de un parque musical blando—las maravillas artificiales de una rosaleda. Debussy es un jardinero.

Pero después viene el clima frío—la invernada—. El romanticismo ha terminado. Vuelven huracanes. Tal vez nieva, y bajo la nieve queda sepultado el último canto lírico de la emoción. Viene, de nuevo, el sentido potencial, dinámico, plástico. Y el jardinero del *lied*, que era alma, sentimiento, que era devoción y suspiros, que era refinamientos botánicos y esmeradas delicadezas, desaparece bajo los hielos y los vientos fríos, duros, glaciales, de nuestra época.

Sin duda, el *lied* como relieve y caracterización histórica ha terminado. Del primer plano—expresión natural—ha pasado a una posición secundaria, accidental. Los músicos modernos no han podido superar—por el lado del *lied*—a los románticos. Muchos de ellos escriben evocaciones. Otros, folklore. Algunos, canciones frías, artificiosas. Eva Gauthier dió, la temporada última, un recital de canciones. Un panorama moderno. Sin embargo, pudo observarse qué lejos estaba el público de la modalidad canción y, a la vez, qué lejos estaban esas canciones del temperamento actual, moderno, del público.

Y es que el *lied* fué, como toda miniatura, producto de reposo. Carece de proyección y de perspectiva. Es un trabajo minúsculo y, por lo tanto, cercano, inmediato y visible al ejecutor.

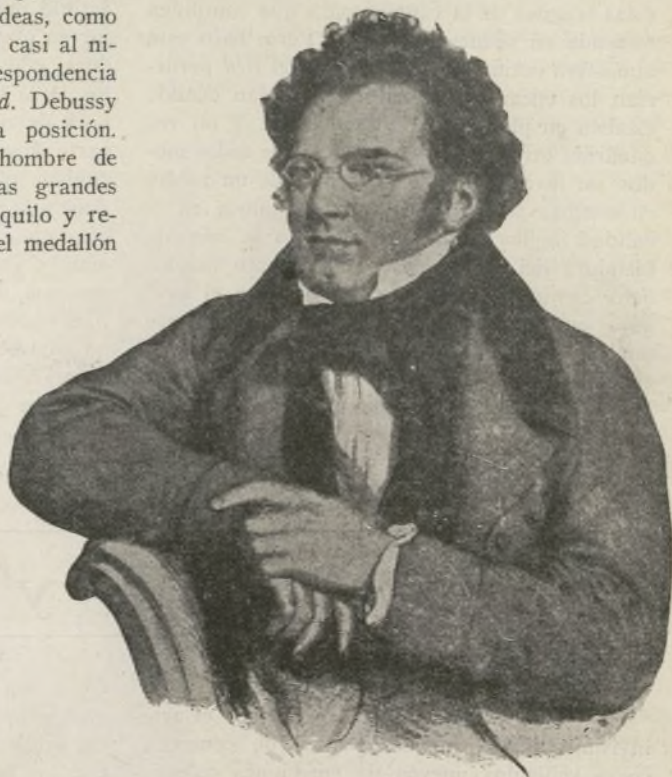
Por ello, Schubert le cultiva bien. Schubert era un hombre sencillo, insignificante, casi anónimo, que aún no conocía la amplitud divagadora del romanticismo. Carecía de alas, de conciencia de vuelo, y esto le permitía desprenderse del futuro y entregarse libremente a la música que estaba en su mismo nivel popular. La canción estaba a la altura de sus ideas, como el pergamino para miniar debe estar casi al nivel de los ojos. De esta mutua correspondencia de altura nace la perfección del *lied*. Debussy—en otro extremo—tiene parecida posición. Como todo hombre exquisito, es hombre de reposo; es miniaturista, aun en las grandes obras. Sin aspiraciones vastas—tranquilo y recogido—, se entrega al pulimento del medallón de un *lied* con fervorosa abstracción, con paciencia de monje renacentista, olvidándose de toda grandiosidad conceptiva filosófica, y realzando así la atención por la humilde materialidad de la pequeña obra que se ejecuta.

Hoy, como se hace difícil la abstracción, se hace también difícil al miniatura. Ni espontaneidad schubertina, ni exqu coastez debussyista. Dureza. Golpes. Doctrinarismo. Rebusca y ensayo. Movilidad, en suma. Atmósfera poco cómplice a los refinamientos vocales del *lied*. Simbólicamente: aun no hemos vuelto a la sala de conciertos. Estamos todavía en el gran local, "teatro", de Wágner. Sin tramoya, es cierto. Con unas simples decoraciones. Pero "teatro"—aún—, donde la pequeña canción naufraga en un ámbito enorme, desmedido.

Ahora bien: porque el rigor invernal mate a las flores, no vamos a dejar de cultivar las flores. Contra la adversidad del tiempo está la clemencia del invernadero—cobijo, refugio—. La temperatura es el hecho fatal, superior, dominador, como son las épocas. Las flores que no resistan los rigores de la temperatura tendrán que emigrar hacia los trópicos de los invernaderos.

Por el jardín del *lied*—hoy—trepan malos

vientos. (Era primavera cuando Debussy cuidaba el parterre simbolista de Verlaine y el parterre clásico de Charles D'Orléans. ¿Qué falta hacía entonces la artificiosidad del invernadero? Clima benigno. Perfume. Un poco de ensueño de Oriente. Algo de gracia diecioches-



FRANZ SCHUBERT

ca... Realmente, bajo la cristalería del cielo, todo el jardín tenía el reposo, el remanso de un invernadero. Estaba abierto al libertinaje de los vendavales, y, sin embargo, parecía protegido por muros invisibles. El jardín estaba bien cuidado por la pericia maravillosa de Debussy, pero estaba, al mismo tiempo, bien guardado por la temperatura propicia de la época.)

En lucha contra el mal clima, sería absurdo pretender un invernadero que cobijase la vastedad del jardín. Lo lógico es hacer que el

jardín se repliegue, se reduzca, se empequeñezca hasta caber en las proporciones de un invernadero. Así el *lied*. Sería imposible colocar una cristalería sobre un jardín. Pero, en cambio, es fácil, en medio de un paisaje adverso, construir un pequeño recinto de cultivo, acristalado y resguardado. A él se pueden llevar las macetas frágiles de la canción para que continúen viviendo en reducidos límites. Pero, bajo esta atmósfera artificiosa, ¿las flores del *lied* perderían los encantos de color que tenían cuando estaban en plena naturaleza? Acaso. Y tal vez ganarían otros primores inéditos. De todos modos, un invernadero se diferencia de un jardín en muchas particularidades, pero nunca en la calidad de las flores. A veces, en la mimada blandura del invernadero se producen magníficos ejemplares. Es muy posible que el *lied*, bajo estos mismos afectos de cuidado, diese también calidades de música no igualadas en el propio jardín romántico.

Todos los músicos debieran ser un poco jardineros líricos de este invernadero donde se ha recluso el *lied*. Pero no es posible limitarse a la floricultura delicada. El músico de hoy, como

todo artista actual, debe estar en la intemperie, sujeto a las influencias decisivas de su época. Sólo en misión secundaria debe cultivar los refinamientos florales del invernadero, sin más alcance ni más propósito que el placer de producir pequeñas flores.

Los escritores modernos saben bien de esta actitud dual, varia, que se precisa para trabajar en planos de climas distintos. Para la labor dura, ellos son también duros, fuertes, violentos. A la hora de sembrar saben sembrar. A la hora de rezar saben también rezar. La mayor parte de estos escritores—de apariencia árida—cuidan secundariamente del jardín poético con esmerada delicadeza lírica. Para los románticos, una flor era un corazón, es decir, un mundo. Para los modernos, una flor no es más que una flor, es decir, una cosa bella, decorativa y secundaria, que se debe cuidar, pero que no se debe trascendentalizar.

Los músicos jóvenes debieran trabajar el *lied*, como los escritores modernos el poema: con devoción, pero sin importancia.

CÉSAR M. ARCONADA.

Radiotelefonía y televisión

ITINERARIO RADIOFÓNICO

El *cinema* y la *radio*, el arte mudo y el arte invisible, tienen muchos puntos de contacto, como vehículos nuevos de emociones colectivas, comunistas. Pero hay entre ellos una diferencia esencial. El *film* no es necesariamente un producto del país en que se proyecta, no es nacionalista. Si la producción nacional es nula o escasa, las películas se importan; lo que no dice mucho en favor del genio artístico e industrial de un pueblo. La *radio* no puede importarse: es preciso crearla; ha de ser, inevitablemente, nacional y nacionalista. Sin embargo, como no existen fronteras para la radiodifusión, esas emisiones "nacionales" están sujetas a la crítica *directa* e *inmediata* de cualesquiera de los pueblos vecinos, del Continente entero. La nación fronteriza puede consi-

derar esas emisiones como un índice, expresión general de la cultura y el genio del país de origen. Es indispensable, por ese motivo, que los programas radiotelefónicos nacionales sean de primer orden; que sean la más elevada y perfecta muestra de cultura y sentido artístico de la nación.

Hay que reconocer que la *radio* no ha alcanzado todavía una mediana perfección; aún no ha encontrado su itinerario auténtico. Pero el arte radiofónico debe ser considerado por las minorías, atendido por ellas como un arte nuevo de representación escénica, a base de elementos fónicos; los únicos de que, por ahora, dispone, utilizados de manera que se complementen a sí mismos: como el *cinema*, silencioso, se basta con sus juegos de gesto, luces y sombras.

Hay la misma diferencia entre el teatro y la *radio* que entre el teatro y el *cinema*. Se prostituyen la *radio* y el *cinema* haciéndolos vehículos de un espectáculo teatral.

Pero es difícil—puede oponerse—encontrar un arte, que no sea la Música, dirigido solamente al oído. Los *sketchs* escritos especialmente para radiados—Francia, Alemania, Checoslovaquia—han demostrado nada más que... su imperfección. Rápidos, cortados, demasiado modernos para la comprensión de los públicos

invisibles. Sin embargo, todavía no se ha liberado el *cinema* de los subtítulos, después de varios lustros de existencia, y no se puede exigir a la *radio* en cinco o seis años de vida, que se revele como arte nuevo. Es preciso que siga todavía encadenada al teatro, a la Música, a la conferencia y al discurso.

El auditor de *radio* no necesita de inacabables tiradas de prosa o verso: precisa de una acción breve, unitaria, viva, interesante. Gran medio de comunicación inmediata, la *radio* debe

ser tratada con arreglo a la maravillosa condición de "instanteneidad" que posee en alto grado. La pieza teatral radiofónica deberá ser escrita con arreglo a esas características inherentes, totalmente distintas de la técnica teatral. La voz de los actores tiene aquí enorme importancia, porque de ella depende la caracterización radiofónica—auditiva—del personaje: como los afeites, vestidos y aspecto físico son la caracterización del teatro. Se debe establecer una gama de voces, prestas

a dar, desde el primer momento, una idea exacta del personaje, como en el *cinema* se sabe inmediatamente cuál es la "heroína", el "bueno" y el "traidor", por un gesto, un vestido o una caracterización. Deben rehuirse los diálogos monótonos, las alternativas basadas en la mímica. La conversación ha de ser viva y ardiente, múltiple, con sabias modulaciones e inflexiones de voz. Debe procurarse el auxilio de toda clase de ruidos para lograr una perfecta ilusión. Puede pasarse desde el diálogo rápido y simple y el amplio sonido de un coro hasta el tumulto enloquecedor de la muchedumbre. Con auxilio de discos de gramófono y ciertos instrumentos, pueden lograrse muy graciosos efectos radiables.

Así como toda obra teatral necesita de-



¡Se acabaron los conferenciantes "latosos"! Este fakir, más o menos auténtico, es capaz de extraerlos por el altavoz y entregarlos sin defensa a la venganza de los radioescuchas irritados.

(Composición fotográfica de la D. D. Rundfunk.)

corados, la pieza radiofónica tendrá un fondo de ruidos: el rumor de la calle—música imprecisa, lejana y abundante—, el del mar y el campo, la multitud, la aldea, las fábricas y los cuarteles; todas las grandes manifestaciones auditivas de la vida humana, de la Naturaleza,

madrileña los conciertos sinfónicos a gran orquesta—música de disco, preferible, por su perfecta audición y transmisión a las interpretaciones de las limitadas orquestas de los estudios—y la audición completa o amplias selecciones de músicas modernas y de vanguardia.



El prodigioso alarde del fakir ha convertido al gran espiritista Conan Doyle en radioyente pertinaz. Vedle solazándose con los programas de Daventry.

que, a fuerza de oídas, tenemos olvidadas por completo.

No se debe obligar al auditorio a prestar una atención demasiado sostenida para recoger el significado de una frase, que, sobre la escena, es completada por una actitud y un gesto.

El arte radiado deberá ser alegre, vibrante; inspirarse en la gracia juvenil y deportiva de nuestra generación, y no adoptar la tristeza caduca de las obras teatrales y sus latiguillos al final de cada acto.

ECOS MENSUALES DE LA ACTIVIDAD RADIOFÓNICA ESPAÑOLA

Siguen constituyendo la máxima atracción de los programas semanales de la Unión Radio

Entre las primeras, un *Concierto para piano y orquesta*, de Chopin, y *Peleas y Melisande*, de Debussy; *Petruchka*, de Strawinsky, y el *Boris Godunov*, entre las últimas, merecen destacarse entre las más interesantes, mejores audiciones de la popular emisora madrileña: feudo del simpático rey de las ondas, Luis Medina.

En Barcelona, de la fusión de Radio Barcelona y Radio Catalana pueden resultar programas muy sugestivos.

EL FILMÓFONO

Muy pocas personas saben que un disco es un hilo de música enro-

llado al agujerito del centro. Las estrías son las separadoras de ese hilo; y menos personas aún saben que se puede desenrollar, meter un cabo por el micrófono y hacerle salir por la punta de la antena a la atmósfera, donde se vuelve a formar el disco, redondo e inmenso: el alma del disco, que sube al cielo.

Entre los contados hombres que hay en el mundo capaces de deshacer ese carrete musical extraplano, que es el disco, figura Ricardo Urgoiti—joven, activo, inteligente—, a quien atraen con la misma sugestión el *cinema* y la *radio*. Con atracción callada, íntima, respondiendo a la índole comunista de ambas cosas. Ahora ha creado el Filmófono, aparato sincronizador de películas, capaz de convertirlas en sonoras.

Teoría del Filmófono: Cortar el hilo musical

del disco por donde convenga. Simultanear dos discos a la vez. Enlazar suaves matices musicales en fundidos cinematográficos. Perfecta audición. Y una enorme demostración de cultura musical, comprensión del *cinema* y buen gusto en la selección.

El Filmófono, nacido en las entrañas de Unión Radio, está consiguiendo un gran éxito en un popular *cine* madrileño.

F. G. MANTILLA.



Primer ensayo de transmisión a bordo de un buque en marcha. Las emisiones del *Bremen*, en pleno Atlántico, han sido recibidas con maravillosa perfección.

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA
* * * * * CENSURA * * * * *

LA RADIOTELEFONÍA EN ESPAÑA, INGLATERRA — Y ALEMANIA —

Es sabido de todo el mundo que para ser eficiente la labor radiodifusora, es necesario, como para toda empresa, la ayuda, tanto moral como material, de los que la disfrutan.

Esto, que en España es incomprensible, se ha realizado en Alemania e Inglaterra de manera perfecta.

EL OYENTE alemán, el inglés, el de casi toda Europa, está obligado a pagar una cuota a la Compañía de radiodifusión de su país por el servicio que de ella recibe.

EN INGLATERRA los ingresos por este concepto son de 40.000.000 de pesetas anuales.

EN ALEMANIA se elevan a 90.000.000 de pesetas en el mismo espacio de tiempo.

EN ESPAÑA no existe ley alguna que permita a la Compañía resarcirse de sus gastos. Unión Radio costea sus programas casi exclusivamente con los anuncios.

EL ESPAÑOL no tiene, como el extranjero, obligación legal de pagar lo que oye.

¡LA OBLIGACIÓN MORAL — ES LA MISMA! —

Por eso le invitamos a que se inscriba en la Unión de Radioyentes y haga de buen grado lo que en otras partes es forzado por la ley.

UNIÓN DE RADIOYENTES

Domicilio provisional:

Avenida Pi Margall, 10

Apartado 745

MADRID

BOLETÍN DE INSCRIPCIÓN

D.
domicilio.....
desea inscribirse como socio de la
UNIÓN DE RADIOYENTES, y aporta
mensualmente la cantidad de.....
con destino a las emisiones de la es-
tación.....

de de 192.....
ATLÁNTICO, 5-8-929



H O J A S D E U N C A R N E T

El escritor desportivo se encuentra, llegado el mes de agosto, con una carencia de noticias que comentar verdaderamente desoladora. Los calores estivales parecen enemigos del deporte, y las notas más intrasantes se registran en las playas de moda, donde las bellas, en *maillot*, actúan de ondinas y hacen las delicias, con sus encantadoras *poses*, de la fea mitad del género humano que tiene la suerte de contemplarlas. Los lectores que no hayan tenido la suerte de poderlo hacer, disfrutarán de tan agradable espectáculo en estas páginas, que po-

driamos titular del deporte náutico, relacionado con la estética. Indiscutiblemente, esta última es la que sale mejor librada en las fotografías femeninas que acompañan estas líneas.

Sin embargo, el cronista tiene dos asuntos interesantes que comentar. Ambos se refieren al dominio del aire. Los más pesados y más ligeros que el aire hacen sus proezas, demostrando que ambos merecen la atención y el estudio que les dedica el mundo entero.

Cuando escribimos estas cuartillas, el ya famoso dirigible *Conde Zeppelin*, después de su



...las notas más interesantes se registran en las playas de moda, donde las bellas, en *maillot*, hacen las delicias...

espléndido viaje de ida y regreso a Nueva York, acaba de terminar la primera etapa (Alemania-Japón) de su proyectada vuelta al mundo.

La soberbia aeronave ha hecho un magnífico recorrido de cerca de once mil kilómetros en cien horas, llegando a Tokio, donde se le ha tributado un recibimiento delirante, justo premio a la maravillosa proeza realizada. ¿Quiere esto decir que está completamente resuelto el problema? El propio doctor Eckener, capitán del dirigible, nos ha dicho recientemente que no, y que todavía queda mucho que estudiar, antes de poder hacer con estos gigantes del aire una línea regular comercial.

Por consiguiente, ésta ha sido, como el viaje a Nueva York, una proeza deportiva, que merece todos los plácemes y los elogios. En estos viajes, el doctor Eckener ha establecido un verdadero *record* de velocidad y distancia, de los más ligeros que el aire.

Cuando estos comentarios aparezcan en ATLÁNTICO, el *Conde Zeppelin* ya habrá efectuado seguramente su segunda etapa, Tokio-Los Angeles, dando el enorme salto del Pacífico, en el que le deseamos un nuevo éxito.



El *Conde Zeppelin* a su salida de su base de Lakehurst para dar la vuelta al mundo.

Los pasajeros, entre los cuales va un médico español, cuentan maravillas del viaje en la suntuosa aeronave, que más que una promesa para el porvenir es casi una estupenda realidad presente.

También los más pesados que el aire se preparan a dar la nota sensacional. El magnífico trofeo anual de la aviación, la "Copa Schneider", va a disputarse en estos días. El pasado año establecieron en esta prueba una marca cercana a los 500 kilómetros a la hora. En las pruebas, este año, ya ha alcanzado un avión inglés marcas superiores, lo que hace esperar que se establecerá un *record* sensacional.

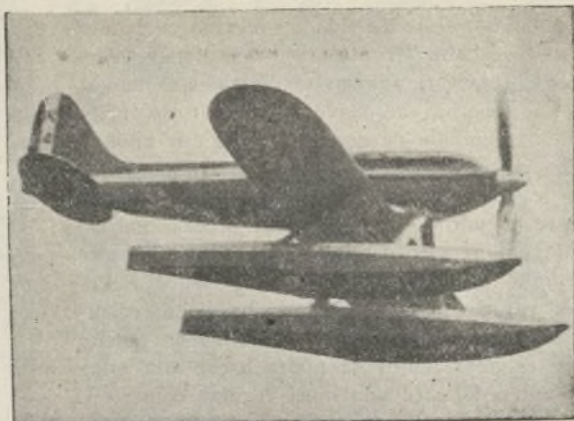


El dirigible *Conde Zeppelin* volando sobre los rascacielos neoyorkinos.

El *foot-ball*, el deporte que cada día se industrializa más, en esta época nos da una prueba de ello. La mayor parte de los jugadores andan "coqueteando" con unos clubs y con otros, en busca del mejor postor. En medio de todo, hacen bien, pues, en definitiva, el público es el que paga, y bien caro por cierto, por ver estas pugnas, que ya casi no nos atrevemos a llamar deportivas.

Pronto se despejarán muchas incógnitas, y empezaremos a saber cuál será la composición de los equipos en la próxima temporada, y entonces podremos empezar a hacer los cálculos de probabilidades sobre el triunfador de la Liga, el campeonato de España, copa, o lo que sea, con tal que el número de partidos sea interminable, con grave detrimento del buen deporte, de los jugadores y del bolsillo del espectador.

Y es gran lástima que el espíritu deportivo



El avión inglés que en las pruebas ha alcanzado la fantástica velocidad de 370 millas por hora.

se pierda o se malogre. Porque la mejor cualidad del deporte, la que le hacía verdaderamente estimable, era ese sentimiento caballe-

resco, noble, aristocrático que ha tenido siempre—y en todas sus manifestaciones—el deporte. Si hay amor al deporte es, más que pensando en vigorizar el cuerpo, en disciplinar el alma. Se dice: "en los juegos es donde se ven los caballeros"; y, efectivamente, así es. Quien no sea caballero, que no se dedique al deporte. El espíritu deportivo, juvenil, alegre, es la más bella cualidad de nuestra época. Que no la malogren los profesionales del deporte.



El equipo inglés que tomará parte en la prueba de aviación "Copa Schneider".

ANTONIO GAY



EL HUMORISMO EN EL CINEMA

La empresa de un *cinema* de esta corte, dando con ello muestras de su comprensión en cuestiones de arte cinematográfico, nos ha obsequiado durante esta temporada de *reprises* con unas semanas de escogidos programas cómicos. Max Linder, Charlot, Harry Lagdon, Nicolás Rimsky, Harold y muchos otros han desfilado por su pantalla, proporcionándonos la ocasión de estudiar la evolución que el "humor" ha sufrido en el séptimo arte.

Debidamente mezcladas las películas que podríamos llamar "históricas" con las modernas, la comparación entre ellas resulta fácil.

De la ingenuidad de los primeros *films* de Chaplin, a la finura y perfección de detalles de las últimas producciones del mismo o de Harry Lagdon, hay una distancia grandísima.

Las antiguas películas cómicas no eran más que esto: cómicas; no tenían ningún—o tenían muy pocos—detalle de verdadero humorismo. Estaban basadas, principalmente, en trucos de circo: caídas, merengazos, patadas—; oh la formidable "patá" Charlot!—, trajes raros, etcétera. Alguna vez introducían escenas humorísticas con sus gotas de tragedia, y en alguna de ellas, sobre todo en las de Chaplin, se podía



Karl Dane y George K. Arthur, famosos cómicos de la Metro. (Fot. M. G. M.)



Lillian Harvey en *La casta Susana*. (Fot. UFA.)

apreciar ya el genio que posteriormente había de llegar a la cumbre. El final de *Charlot en la granja*, ¿no os recuerda la terminación de *El circo*?

Lo cómico en el *cinema* era ingenuo, de gracia gorda, agradable a la galería y a los espíritus infantiles; generalmente dependía de cosas ajenas a la película, de trucos que carecían de naturalidad.

A medida que el espíritu del público se fué depurando, los artistas tuvieron más experiencia en el nuevo arte, y las personas "mayores" dejaron de considerar el *cinema* como espectáculo para niños. Fué necesario producir algo más fino en este tema, para que pudiese agradar a las mentalidades más elevadas que comenzaban a frecuentar las salas de cinematógrafo.

Los trucos cobraron naturalidad, y no se abusó ya tanto de ellos; el artista fué más personal, poniendo mucho de suyo, y las ropas estrafalarias dejaron de tener importancia pri-

mordial, aunque siguieran usándose: fué el triunfo del humorismo.

Creemos que éste no se produce sin algo de dramático, de trágico, y los artistas de estas películas así lo debieron comprender, cuando, ya que no la tragedia sentimental—que algunas veces usan—, introdujeron en sus *films* otra no menos dramática: la del ridículo.

A los artistas de producciones cómicas, generalmente se les tiene lástima.

Chaplin es el eterno vagabundo. Entra en la película, y nadie sabe de dónde viene; se marcha, y nadie sabe adónde pueda ir; a través del desarrollo es un infeliz; sobre él descargan todos los males, y cuando parece que va a ser feliz, la fatalidad, que lo persigue asiduamente, le impide lograr sus deseos; por fin, se va igual que había venido. Indudablemente, es la vida.

Harry Lagdon es el campeón del ridículo. Si no temiéramos ofenderle—¡le admiramos tanto!—diríamos: es la quintaesencia de la idio-



Max Linder en *Max en América*.
(Fot. DIANA.)



Lilian Harvey en *La terrible Lola*.
(Fot. UFA.)

tez. Desde que empieza su actuación comienza una carrera de "ridículos", no sólo con respecto a los otros intérpretes, sino para con el mismo público. Esa castidad suya en *El hombre cañón*, o esas aspiraciones absurdas de *Sus primeros pantalones*, son lo suficiente para clasificarle de idiota; ésa es su tragedia. Y si sus películas terminan en boda, no por eso son menos humanas y naturales: ¡se casan tantos idiotas!

Una reciente aportación, de corte modernísimo, al *cinema* cómico, se debe a las comedias americanas y a esos deliciosos *vaudevilles* europeos, que, sin la etiqueta de "cómic", son formidables en detalles humorísticos, siempre a través de una trama sentimental.

Presentan estas películas una parte alegre de la vida, sin complicaciones dramáticas, de un modo optimista. Al verlas no creemos que se

regocije el cerebro, sino el cuerpo. De ahí su éxito.

Los protagonistas de estas producciones no son desgraciados, ni desheredados de la fortuna, ni ridículos—lo ridículo de estas películas sólo aparece en las situaciones, no en los artistas—, sino que son millonarios, boxeadores, campeones, y, sobre todo, jóvenes y fuertes.

Casi estamos por clasificarlas, más que de humorísticas, de optimistas. Por esto consideramos como maestros de lo cómico y del "humor" a las estrellas de las otras películas: Chaplin, Lagdon, Keaton, etc., nunca Harold.

Y creemos que la única faceta del *cinema* que hasta ahora ha dejado ver sus posibilidades futuras como arte ha sido la que corresponde a la película humorística.

JOSÉ DE LA FUENTE.



Dolores del Río en *La senda del 98*.

(Fot. M. G. M.)



Marceline Day, que colabora con Buster Keaton, en *El cameraman*.

(Fot. M. G. M.)

ANTICIPACIÓN SOBRE LA TEMPORADA 1929-30

Promete este "curso" de cinematografía el interés que, aparte de los títulos y asuntos de las grandes superproducciones, estará basado, creemos, principalmente en la introducción del *cinema* sonoro en nuestra capital.

Casi todos los *cinemas* de la corte han hecho instalaciones para la proyección de películas sincronizadas, y los que aún no las tienen preparan a colocarlas en sus salones.

Esto obedece a la necesidad de cumplir con un público que cada vez exige más en esta materia, por lo que las casas distribuidoras se han apresurado a incluir en sus catálogos para la presente temporada *films* con versión sonora.

Las grandes películas de la Paramount, por ejemplo, no son mudas. De las cincuenta y cuatro producciones que se propone explotar

este año, catorce tienen versión sonora, entre ellas las que se esperan por nuestros cineastas con gran deseo y curiosidad: *El patriota*, *La marcha nupcial*, *Los pecados de los padres*, etcétera.

No así, por cierto, la Fox, cuyas producciones habladas o musicables forman un a modo de discos visuales, como *Coro de Kentucky* y *Nina Tarasova*, canciones típicas de los negros norteamericanos; Raquel Meller, en *La mujer del torero*, y otras; quince producciones en total.

Las grandes superproducciones (gigantes) de esta editora serán mudas; mas, a pesar de ello, prometen éxito: *Cristina, la holandesa*; *El pan nuestro de cada día*, dirigida por Murnau, así como *Los cuatro diablos*, ya estrenada en el Cine del Callao, etc.

La Metro Goldwyn prepara cuarenta *films*, entre los que se cuentan dos de Buster Keaton, cuatro de Lon Chaney, tres de Greta Garbo, etcétera. Aparte de estos cuarenta, y fuera de programa, las formidables obras *La senda del 98* y *Sombras blancas*. Algunas de sus películas tienen versión sonora.

Lo más notable del catálogo de Exclusivas Diana, que distribuye en España la producción de los hermanos Warner, lo componen *El arca de Noé* y *El bobo cantor*, ésta de Al Johnson, que tienen versión muda, pues de por sí son sonoras.

La United Artists, como *films* de fuerza, cuenta con *Luces de ciudad*, por el "maestro" Chaplin, y *La máscara de hierro*, del veterano Fairbanks.

Julio César, admirablemente dirigida siempre, nos ofrecerá una película rusa, *Tempestad en Asia*, que viene precedida de notable éxito, y *Napoleón en Santa Elena*, dirigida por Lupo-Pick.

La Ufa y la British nos dan películas con sólo versión silenciosa, entre ellas la ya célebre en España, *Piccadilly*.

La casa Verdaguer traerá, aparte de otras muchas de su numeroso catálogo, la producción americana de la First National.

Y Gaumont, *Barrio Latino*, *El conde de Montecristó* y *El ayudante del Zar*, como obras de gran cartel.



Lucienne Legrand y Tony D'Algy en *Quiero ser duquesa*.

(Fot. RENACIMIENTO FILMS.)

Nuevos exclusivistas aparecieron: Renacimiento Films, que distribuirá producción de la Franco-Film y una película de vanguardia. Ricardo Núñez separóse de Motario, formando sociedad con su hermano, y también prometen buen programa.

La película española, esperando, sin duda, la tan decantada y, creemos, impropcedente protección del Estado, no podrá darnos más que cinco o seis películas: *El rey que rabió*, *El héroe de Cascorro*, *Flores silvestres*, *Cuarenta y ocho peseñas de "taxi"*, *La bodega*, *El suceso de anoche* y alguna más.

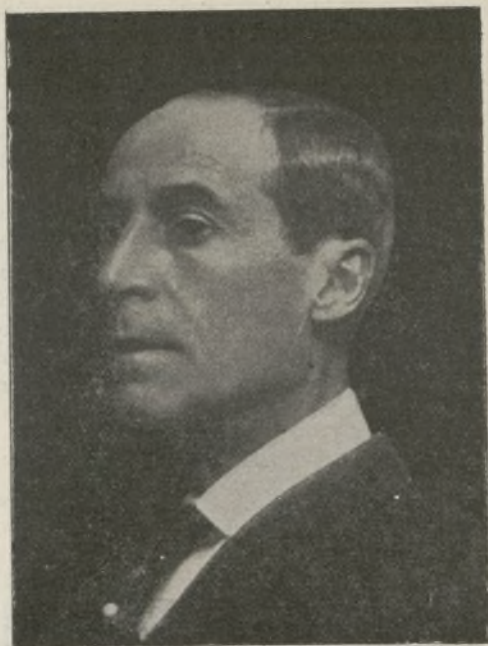
Como terminación, hablaremos de la filmación que actualmente se hace en París de la obra del célebre autor argentino Carlos Reyles, *El embrujo de Sevilla*, que financian la Société Imperial Film de Berlín, el banquero Chavez y la firma inglesa Charles Whittaker, habiendo presupuestado para ella 60.000 libras esterlinas.

En esta película figurará de protagonista Pola Negri, y quizá el "Niño de Jerez" interpretará el papel de "el Pitoche".

Por las referencias que de ella tenemos—en parte será sonora—creemos ha de ser un éxito resonante.

Resumiendo:

La temporada 1929-30 promete ser un triun-



CARLOS REYLES
Autor de *El embrujo de Sevilla*.

fo más que el arte cinematográfico podrá apuntarse.

J. DE LA F.

ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

« E L B A R B E R O D E S E V I L L A »

Director: Gastón Ravel. Producción Franco-Film.

Intérpretes: Fígaro, E. Van Duren; Rosina, Arlette Marchal; Susana, Marie Bell; conde de Almaviva, Tony d'Algy; doña Marcelina, O. Talazac; don Querubini, Jean Weber; don Bartolo, Joe Davert; Solera, Roland Cailleux.

Versión española de A. Herrero Miguel.

* * *

Fígaro, el travieso Fígaro, tiene la manía casamentera.

Su protegida es la preciosa Rosina, huérfana de una noble familia, y que está prisionera entre las garras de su viejo y avaro tutor don Bartolo, quien quiere hacerla su esposa, a fin de evitarse la presentación de cuentas de su tutoría, que no son nada claras, y quedarse con toda la fortuna.

Pero Rosina está enamorada del estudiante Lindor, que no es otro que el conde de Almaviva, el cual, para ser amado por sí mismo, se hace pasar por un pobre estudiantillo.

El conde de Almaviva, grande de España,

recurre en vano a los disfraces para burlar las precauciones del viejo, a fin de entrevistarse con la elegida de su corazón.

Don Bartolo guarda tan bien cerrada a su pupila, que Figaro se ve obligado a estrujar todo su ingenio inventivo, para lograr que los enamorados puedan verse. Unas veces introduce al conde como profesor de canto, otras emplea un filtro para dormir a todos sus guardianes, favoreciendo así los planes de los enamorados para que puedan concertar su enlace. Con tanta suerte y picardía obra Figaro que, al fin, consigue burlar al anciano tutor, quitándole la novia y arreglando el casamiento con el estudiante Lindor, el cual revela a Rosina su verdadero linaje.

En el preciso momento que el grotesco y malintencionado tutor se viste con sus mejores galas para el acto de su boda con Rosina, ve



con gran sorpresa bajar a los dos novios, ya casados, en compañía del alegre Figaro.

Don Bartolo, al verse burlado, su furia sólo puede compararse con la prudencia que le aconseja quedarse calladito, a fin de no tenérselas que entender con la justicia por el asunto de las embrolladas cuentas de su tutoría.

Después de una corta luna de miel, el conde de Almaviva ha vuelto a reanudar su vida libertina, celebrando constantemente, en sus posesiones, fantásticas fiestas, en las que ofrece a sus invitados espectáculos sorprendentes y extraordinarios, mientras que Rosina se halla instalada en el castillo de Fontefrida, cerca de Sevilla, con sus servidores, entre ellos Figaro, que ostenta el cargo de portero, pero que se ocupa de todo.

Por su parte, el ingenioso Figaro ha en-



contrado en la persona de Susana, doncella de Rosina, su ideal de esposa, y como la linda Susana también está enamorada del simpático Figaro, pronto preparan su boda.

Pero necesitan el consentimiento de los condes. La condesa pronto da el suyo, pero el conde exige a Susana una cita para otorgar su consentimiento.

Enterada de la cita la condesa por Susana,

cambian ambas sus trajes, y es la condesa quien acude a la cita, cayendo Almaviva en la trampa. Arrepentido, pide perdón.

Terminado el incidente, se celebra la boda de Figaro, que apadrinan los condes de Almaviva.

Almaviva, desengañado de su vida pasada, comprende que sólo en su esposa puede encontrar la verdadera felicidad.



El gran matador de toros, Luis Freg



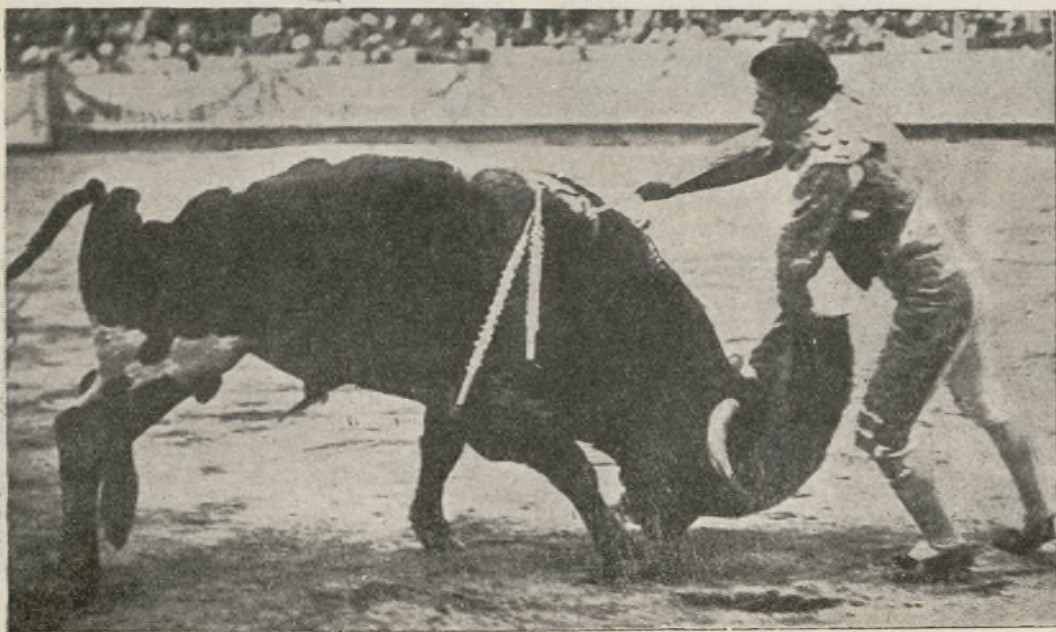
Una vez más—¡la cincuenta y tantas!—este bravo matador de toros mejicano se ha enfrentado con la Muerte, con quien puede decirse que está familiarizado.

Y una vez más vuelve a los ruedos, para comunicar a la fiesta la nota de trágica grandeza, sin la cual el toreo no tiene razón de ser. Nadie, en efecto, como Luis Freg, para transmitir al público—a todos los públicos—la vibrante emoción que produce el escalofrío de lo sublime.

Por eso la España taurina considera a Freg como la figura más representativa del toreo mejicano, y le tiene en la alta estimación que se merece.

* * *

Completamente fuera de peligro de la reciente y gravísima cogida, ocasionada en Barcelona por un toro de Palha, podrán cumplirse sus vehementísimos deseos de presentarse ante sus compatriotas, reverdecendo los laureles conquistados por méritos propios e indiscutibles.



Un volapié, modelo de perfección clásica, de los que ejecuta de continuo el formidable estoqueador Luis Freg.



MISCELÁNEA CANICULAR



Los vencidos del toreo.

Un lance de capa iniciado con la enorme voluntad del que quiere "llegar", con el ansia fervorosa del que aspira a ser más, mucho más; con el inquebrantable deseo de ocupar un puesto entre los elegidos, encontró en su camino—por tercera o cuarta vez—al insospechado e inexorable Destino. Y es ahora cuando el hado invencible no se limita a contener los ímpetus, a refrenar las ilusiones de este luchador valiente, sino que, anulando su vida, desvía eternamente la ruta forjada febrilmente en los albores juveniles, haciendo trizas los sueños—quizá nunca satisfechos—de vida regalada, de popularidad, de halagos, de gloria, en fin. Así ha sucumbido, trágicamente, en plena lidia, el novillero alicantino Carratalá.

Pongamos en vez del lance de capa un pase de muleta con las rodillas en tierra, intentado con los mismos anhelos, con iguales esperanzas, por ese otro muchacho sevillano Manuel de los Reyes, de categoría más modesta, y he aquí otra vida que se escapa, otro caído en la lucha por sobresalir, un vencido más.

No solamente los que dejan su vida en los pitones de los toros son los vencidos. Ni lo son siempre. Existen, en número crecidísimo, los que, muy de tarde en tarde, van de ruedo

en ruedo confiando en que llegará el día de su presentación en Madrid, y entonces todo será ya camino fácil, seguro, de revancha... ¡Inútil porfía! A muchos ese día esperado no les llega nunca; otros logran alcanzarle, pero pasa fugazmente, como un sueño que de por vida se convertirá en pesadilla...

Acaso, acaso, sean más dignos de lástima estos otros vencidos—inválidos del toreo—que los caídos para siempre. El enorme caudal de esperanzas, de anhelos, de ilusiones, se lo llevan éstos consigo. Aquéllos no lo dejarán hasta que la edad abra las puertas al desengaño, destrozada ya su vida definitivamente.

La lotería taurina—tan atrayente—favorece a muy pocos de sus innumerables devotos.



Madrid taurino.

En otro tiempo, no hace mucho, las novilladas caniculares madrileñas tenían cierto atractivo. Desfilaban las figuras más destacadas, dando a las corridas veraniegas esa animación propia de los

que aspiran a llegar, de los que vienen "pegando". Resultaban muy interesantes estas novilladas; a veces, más que las corridas de toros.

Hoy se confeccionan los carteles colocando en ellos a muchachos completamente inéditos, sin que abone su presencia noticia alguna de éxito provinciano. Suele haber corrida de éstas formada íntegramente por debutantes. Bien está que desfilen elementos nuevos, mas no escogidos al azar o atendiendo a la recomendación. Y, sobre todo, sin prescindir de los ya conocidos cuyas actuaciones agradan al respetable y nada respetado público.

Así resulta que las plazas limítrofes a la de Madrid, como las de Tetuán y Vista Alegre, ofrezcan carteles más atrayentes, y la primera haya logrado que sus corridas ofrezcan cierta expectación entre los asiduos a la plaza grande.

Heridos los novilleros Aldeano, Perete y Atarfeño, base de buenos carteles, solamente ese prodigio de valor que se llama Pedro Montes—¡de casta le viene al galgo!—y el mejicano Alberto Balderas, torero fino por esencia, presencia y potencia, que a pasos agigantados viene a ocupar un buen puesto en la torería, han conseguido mantener el interés de las novilladas. En cuanto al norteamericano Sidney Franklin, buen matador, resulta su toreo excesivamente... triste y un tanto llapiseresco.



*Dos cogidas
graves*

En Vitoria y Barcelona, respectivamente, han sido cogidos los matadores de toros Márquez y Freg, ambos de gravedad, de mucha mayor la del mejicano, que se ha visto en inminente peligro de muerte otra vez. Y van ya unas cuantas. Ambos percances merecen ligero comentario.

La cogida del madrileño ha sido de las que pudiéramos llamar de antaño: el público que se enfada con el torero, y éste, en vez de encararse con el público, lo hace con el toro, citando para un par de banderillas al cambio, sin moverse de su sitio, no obstante entrarle el bicho despacio y gazepeando. Cogida prevista, e inverosímil en un torero tan enterado como Antonio Márquez; sus recursos le hubieran permitido rendir completamente al gentío en cualquier otro momento de la corrida. Recogemos el hecho como síntoma del temperamento de este gran artista, juzgado equivocadamente en tal aspecto.

¿Y qué decir de ese monumento de valor que se llama Luis Freg, y a quien la historia del toreo le tiene ya reservada su correspondiente página?

Cabe decir que para triunfar en el toreo, como en cualquier otra actividad humana, es factor principalísimo, esencial, la suerte, tan pródiga para quien no la merece. En Luis Freg se reúnen las condiciones necesarias de un excelente torero y de un excelentísimo matador. En este aspecto puede parangonarse con los

más renombrados, no muchos, pues matadores de toros en el estricto sentido de la frase ha habido pocos, y en la hora de ahora, al contarlos, basta una mano, y aun sobran dedos. Sin embargo, al bravísimo diestro mejicano no le acompaña, ciertamente la suerte; mas tampoco lleva el desánimo consigo, a pesar de los gravísimos obstáculos de sangre puestos en su brillante y valerosísima carrera. Orgullosa puede sentirse la afición mejicana al contar con toreros como Freg, que tan alto ponen la fiesta de toros.



Por esas
plazas.

La animación taurina está ahora por ahí fuera. La Prensa ocupa planas enteras en relatar proezas—casi siempre proezas, y de esto más vale no hablar—de diestros mayores, medianos y menores, que más tarde, en Madrid, no vemos confirmadas. Ventajas de la distancia y... de la temperatura. Recojamos algunas notas tomadas *de visu* o por informes transmitidos directamente.

Se está abusando de las corridas llamadas goyescas. ¿No es hora de dejar en paz al inmortal don Francisco, que en alguna plaza le han

sacado incluso haciendo el paseillo? Espero y deseo que, omitido el rejoneo, a Dios gracias, pasará igualmente esta fiebre goyescas, antes de convertirse en epidemia.

¿Y qué me dicen ustedes de las corridas con premio? Orejas de oro y de plata, toritos auríferos, estoques de platino... De esto a la flor natural y a elegir reina de la fiesta media muy poca distancia. No creo que haya llegado todavía—; todo se andará, señores!—el momento de apelar a tales recursos. Lo que hace falta es arrojarse al toro, y que sean TOROS lo que salga por los chiqueros; otra cosa es precipitar los acontecimientos, que dicen los novelistas de a quince céntimos cuaderno.

Mientras tanto, siguen por esas plazas haciendo de las suyas—que no suelen ser las nuestras—diestros y siniestros.

Ha reaparecido Gitanillo de Triana, buen torero si los hay, y mejor si desecha esa languidez impropia de un sevillano. Marcial sigue desconocido en su aspecto de agradar a los públicos; mantiene, pues, con firmeza, la única temporada buena que ha tenido en sus ocho años de matador de toros. Y queda abierta la discusión en este punto. Chicuelo continúa manteniendo el pendón de la inconstancia—genio y figura..., etc.

Félix Rodríguez, el enorme torero que hay en Félix Rodríguez, de cuando en cuando—¿por qué no más frecuentemente?—da un zarpazo y mete en el callejón a todo bicho viviente. Valencia II, arrimándose como cuando empezó, pero nada más que arrimándose. Es mucho, pero no bastante. Barrera, seguido, seguido a la cumbre, sigue dando que rascar. Villalta, demostrando, dondequiera que va, ser imprescindible en todo cartel de altura. Manolito Bienvenida, esperando verle en Madrid con el toro. Los demás—hay alguna excepción—pueden llamarse de tú, como dijeron Lerroux y Larita en diversas ocasiones, refiriéndose a la política y al toreo.

Y a todo esto, el toro, salvo contadísimos casos, sigue sin aparecer por ninguna parte.

ANGELITO.

Madrid, 26 agosto.

Bibliografía

NOVELA

BENJAMÍN JARNÉS: *Sor Patrocinio*.

Hemos hablado ya repetidas veces del auge actual de la biografía. En este siglo de masas y de aristocracias tenía que ponerse de moda entre los escritores ese deporte tan peligroso, consistente en seguir las huellas de las grandes figuras históricas. Seguir las huellas, estudiando pacientemente su impronta, en la piel delicada de la época en que vivieron, dibujar en el papel del tiempo actitudes y caracteres, y, sobre todo, cazar las intenciones que anidan en el alma —siempre compleja— del personaje objeto de la biografía.

Y tenían que ser los novelistas y los filósofos los que hiciesen las modernas biografías e historiografías. Para el novelista es un deporte encantador el enfrentarse con un gran "tipo" de leyenda y de historia. Se encuentra en los archivos con los documentos y testimonios de una vida extraordinaria, y él, con ellos, como los niños con las piezas de un rompecabezas, va formando el retrato. A veces faltan huecos por llenar; no hay documentos, no hay datos fidedignos. Solamente una vaga, vaporosa nube de leyenda. El novelista la recoge cuidadosamente y la coloca en el sitio adecuado, poniendo, eso sí, una señal de alarma para prevenir al viajero. Por todo esto, suelen resultar magníficas las biografías escritas por los novelistas. Magnífica es esta de sor Patrocinio. Benjamín Jarnés ha puesto en ella toda la finura, elegancia, exquisitez de su prosa, y toda la alegría que anima el nuevo arte. Con qué regocijo va perfilando Benjamín Jarnés la figura sombría y bella de la *monja de las llagas*. Esa monja tan ibérica, tan del solar hispano y tan de nuestro siglo XIX, que desde su nacimiento va derecha a la santidad, a la heroicidad, para desde esas cumbres—las cumbres oscuras de las celdas españolas—mandar, dominar, imperar. ¡Qué española es esa monja que ya "de niña se encierra en la cueva de un león, y el león la acaricia! De mujer, se encierra en un tríptico, donde recibe otras caricias quizá menos legendarias. Ya de anciana ruega que siga ocultándola. Su vida es un perpetuo escondite. Su historia es un perpetuo rumor". Con este perpetuo rumor, con unos cuantos datos históricos y con un vago halo de leyenda, Jarnés ha compuesto el retrato de esa mujer española que fué "juguete de un siglo", o, mejor, "fantasma al que nadie ha sabido ver qué tenía dentro". Y esto, al igual que tantos fantasmas como ha tenido la historia de nuestra España. Fantasmas de piedra, duros, inflexibles, que iban por los extraviados caminos de la santidad a la colonia ascética del poder.

Y el retrato de sor Patrocinio, bien encuadrado en el marco del siglo XIX, de ese siglo irresoluto y fanático, que tiene hambre y se nutre de oratoria; que tiene sed y pide, para calmarla, sangre en los circos taurinos y en las calles y plazas públicas; siglo de muchedumbres neuróticas, que tan pronto acudían a apedrear a Rafael de Riego metido en un serón y arrastrado hacia la plaza de la Cebada por un asno, al grito de ¡Vivan las caenas! ¡Viva el Rey absoluto!", como se "preparaban a asaltar los conventos, a violar, a saquear, a profanar lo que años antes habían defendido". Siglo en que se piden milagros al cielo y a las monjas, y luego se las procesa, como a esta misma sor Patrocinio. Siglo de invasiones, de cólera y de revoluciones.

Con *Sor Patrocinio*, el aprendiz de biógrafo que era Jarnés se ha doctorado en este nuevo arte. Era lógico. Todo gran novelista ha de ser un gran pintor de almas, y un gran historiador.

Ha sido esta obra un éxito de Espasa-Calpe, del director de esa serie de "Vidas del siglo XIX", Melchor Fernández Almagro, y, principalmente, del autor, Benjamín Jarnés, que es uno de los escritores más destacados de la nueva generación.

E. M. REMARQUE: *Sin novedad en el frente*.

Alemania produjo su novela de la guerra. Esta que comentamos. Y es una granada que un soldado lanza furiosamente contra toda una generación. "Soy joven—dice Remarque—; tengo veinte años; pero sólo conozco de la vida la desesperación, la muerte, el miedo; un enlace de la más estúpida superficialidad con un abismo de dolores. Veo que azuzan pueblos contra pueblos; que éstos se matan en silencio, ignorante, neciamente, sumisos, inocentes... Veo que las mentes más ilustres del orbe inventan armas y frases para que todo esto se refine y dure más. Y conmigo ven esto todos los hombres de mi edad, aquí y allá, en todo el mundo; conmigo vive esto mismo toda mi generación." Este libro es el grito de rebeldía de una desdichada juventud muerta en las trincheras para satisfacer el egoísmo estúpido de unos cuantos.

El libro de Remarque, escrito con pasión, con ira y coraje, es el alegato mayor que se ha hecho en favor de la paz mundial. Es el testamento de una generación que hace promesa firme de que aquello no puede repetirse nunca más.

ZANE GREY: *La heroína de Fort Henry*.

Zane Grey ha puesto en esa obra todo su corazón, y resulta una de las de más acción y de más intensidad que han salido de su pluma.

JUAN GIL ALBERT: *Cómo pudieron ser.*

Del joven autor de *La fascinación de lo irreal* y *Vibración de estío*. Progresó lenta y firmemente este autor. Esta visita a las galerías del Museo del Prado, muy original, escrita con irreprochable elegancia, merece ser leída.

CONCORDIA MERREL: *Casada por dinero.*

El asunto está planteado y desarrollado con plena maestría novelística y gran intensidad emocional, por lo que esta nueva obra de Concordia Merrel consolidará aún más el prestigio de que ya empieza a gozar entre nosotros la famosa autora inglesa.

HENRY BORDEAUX: *La cartuja del reposoir.*

Esta novela es un intenso drama pasional, planeado y resuelto con la pericia que es ya proverbial en el afamado literato francés Henry Bordeaux. Tiene, además, el mérito de que, sin estar construida a la manera de las novelas de tesis, ésta se desprende natural y lógicamente de los hechos, y constituye una elevada lección de ética.

HUNGERFORD: *La huída de lady Verner.*

Obra concebida y resuelta con gran amenidad, pues paralelamente al suceso central de ella desarróllanse otros amores e incidencias cuya parte plácida o jocosa neutraliza sabiamente lo que pueda haber de excesivamente patético en aquél.

PETER B. KYNE: *El más feo.*

El más feo es la historia de un *setter* inglés, la que se desarrolla al lado de sus *entrenadores*, un matrimonio humilde y feliz que ha dedicado toda su vida a la cultura canina.

La prosa, flúida y persuasiva, del ídolo de California, con sus evocaciones vividas y emocionantes, aparece netamente en todas las páginas de la obra.

A. MENOYO PORTALÉS: *Mari-Dolor.*

Creemos que nada mejor puede decirse en elogio de *Mari-Dolor* y de su afortunado autor don Angel Menoyo Portalés, que con esta novela ha obtenido otro entre los muchos y bien ganados triunfos en las lides literarias españolas, tanto por parte del público como por la de la crítica.

MARÍA SEPÚLVEDA: *Revelación.*

El asunto está planteado y resuelto con pleno dominio del arte de novelar. El estilo de María Sepúlveda es de una deliciosa naturalidad, revelando esa difícil facilidad propia de los verdaderos artistas.

JESÚS DE ARAGÓN ("Capitán Sirius"): *Una extraña aventura de amor en la Luna.*

Un viaje fantástico al país de los selenitas, al que la poderosa imaginación del autor presta visos de una sorprendente realidad.

POESÍA

JOSÉ MARÍA GUELMO: *Inicial.*

Este poeta joven es el animador de la revista nueva *Meseta*, editada en Valladolid. Es un poeta castellano. Tienen sus versos, por tanto, la dureza del diamante y la claridad de la estrella. Son versos cuajados de metáforas elaboradas en el cerebro. Cada poema es un teorema metafórico. El mundo del poeta se desenvuelve en silogismos de imágenes. Con precisión matemática. Poeta culto, cerebral, debe libertar al rebaño de sus sueños y a la desbocada imaginación.

ENSAYOS

DOCTOR PAUL VOIVENEL: *La castidad perversa.*

Un tema de gran actualidad. Viene después que Freud removiera las aguas turbias de la sexualidad y despertara la curiosidad multitudinaria. Antes se soslayaba este tema *escabroso*. ¿Escabroso? ¿Por qué? Interantisimo, apasionante: como que los hilos del sexo manejan el tinglado de la comedia humana; y la educación sexual debe ser la más importante, la más perentoria. "Es el sexual—dice Voivenel—el más bello de los instintos, el que nos da la inmortalidad biológica." ¡La inmortalidad! ¡El gran sueño del hombre! ¡La magna aspiración! Y a este instinto se le ha tenido soterrado, castigado a vivir en el silencio y la oscuridad. A vivir con disfraz. Pero "agradezcamos al freudismo—habla Voivenel—habernos ayudado a quitarle la máscara". Hoy, a plena luz, se estudia su influencia en las diferentes épocas de la vida humana; y se conocerán sus virtudes y sus vicios. Vicios o perversidades que socavan la naturaleza humana, y que sólo con amor, comprensión e higiene se irá curando de ellas la feble y también hipócrita Humanidad.

Agradezcamos a Freud, dice Voivenel; pero en seguida, como buen francés, clava un dardo en el pecho del psiquiatra austriaco. Un dardo muy galo; pero un tanto ingenuo. Hele aquí: *El psicoanálisis es de origen francés*. ¿Como era posible otra cosa, señor Voivenel? "Lo sabíamos antes de Freud", agrega el doctor patriota; y para explicarlo escribe: "El psiquiatra vienés ha recogido en Francia el grano que, al germinar, ha dado origen a la hoy intrincada selva del psicoanálisis. Fué Freud alumno de Charcot y condiscipulo de Pierre Janet". Y más adelante: "El espíritu de Freud era rico en tierra vegetal, y el grano encontró allí los elementos necesarios para su sorprendente floración, y, poco a poco, el sistema pansexual cubrió con sus ramas "kolosales". Al me-

nos, quedan las ramas "kolosales". La gran influencia freudiana. Y el descubrimiento de "que el dominio de la sexualidad es mucho más extenso, y su fuerza mucho mayor de lo que hasta aquí se creía".

El libro en conjunto trata los problemas sexuales con una gran serenidad y un gran material de clínica.

ALEJANDRO SAWA: *Iluminaciones en la sombra*.

De nuevo Alejandro Sawa en los escaparates. El gran romántico del XIX. El amigo de Verlaine. El besado por Hugo. Gran escritor Sawa. Gran tipo. Su chambergo, su pipa y su voz engolada fueron las últimas bengalas del romanticismo. Vivió mucho; escribió poco; murió ciego y pobre. Era un buen escritor que despilfarró en la vida su talento. Ciego ya, dictó estas *Iluminaciones*. Puso unos faroles de gas en las encrucijadas de su noche trágica.

ANDRÉS Y MORERA: *El comunismo en el nuevo Código penal*.

El segundo libro del señor Morera versa también sobre el comunismo. El primero era *La antorcha rusa*. Anuncia un tercero sobre el mismo tema; esto es, el comunismo. El abogado y escritor va a hacer con el experimento ruso toda clase de experimentaciones. Los rusos lo hacen en un pueblo vestísimo,

enorme. El, en su despacho, en su laboratorio. El experimento en las grandes parameras rusas es formidable; y, fuera de allí, hay en muchos despachos muchos señores, como Andrés y Morera, que estudian el problema ruso minuciosamente, con una honda preocupación, con una inquietud extraordinaria.

ANDRÉ GIDE: *Coridón*.

El doctor Voivenel, de que hablábamos antes, llama a Gide en su libro el nuevo Rousseau. El uno hace su confesión romántica; el otro, su confesión clásica en tono menor y en exquisita prosa... Gide nos confiesa "su pecado"; pero ¿será sincero al hacerlo? Voivenel dice que "la obra de Gide da la clave—se refiere a *Si la semilla no muere*—de su necesidad alternativa, pero no contradictoria, de epatar e indignar al lector, y un poco después catequizarle, habiendo tanto de comedia en su sermón como en sus crisis de convulsiones". Este es también el caso de *Coridón*. Aunque al hacer la confesión la entreviere con documentos científicos. Mejor hubiera sido pensar en librarse del pecado confesándole, llevándole a las cuartillas, deshaciéndose de él, librándose, al comunicarlo a los demás, de la garra del histerismo. Pero Gide no sigue aquí el consejo goethiano. Sólo quiere epatar, y al mismo tiempo escribir un libro en una prosa suave, pulida, femenina.

Interesantes novedades literarias

ANDRÉS GUILMAIN

Pesetas

La mujer que nació demasiado pronto..	5,00
La sed de vivir.....	5,00
Las sirenas de la Pasión y de la Gloria.	5,00
La señorita que bordaba el charleston..	5,00
Flor sobre ruinas.....	5,00
Pan divino	5,00
El encanto del amor pasajero.....	5,00
La hija de la Pompadour	5,00

EN PREPARACIÓN:

El tiempo de la canción ha llegado....	5,00
París es una ciudad muy triste	5,00

EL LIBRO DE TODOS

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS:

Eduardo Zamacois: *Punto Negro* * Anita Loos: *Pero se casan con las morenas* (segunda parte de *Los caballeros las prefieren rubias*). Traducción de Rivas Cherif * Mauricio Dekobra: *Hamydal, el filósofo* * V. Blasco Ibáñez: *Leyendas y tradiciones* * Jhon Erskine: *La vida privada de Helena de Troya*. Traducción de César Falcón * Pío Baroja: *La canóniga* * Paul Morand: *El buda viviente* * Mauricio Bedel: *Jerónimo a 60° de latitud Norte*.

Seguirán obras de los mejores autores españoles y extranjeros.

UNA PESETA EJEMPLAR

PEDIDOS:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
Ferraz, 21.—MADRID

L I T E R A T U R A A M E R I C A N A

ALEJANDRO MAGRASSI: *Coraje*.

He leído en estos días un libro de cuentos, titulado *Coraje*, que me envía su autor, Alejandro Magrassi. Magrassi es argentino, de Lomas de Zamora. Anteriormente había publicado otro libro de cuentos, compuesto, como éste, de doce bocetos, y agrupados bajo el nombre de "Los bárbaros". Este nuevo escritor argentino nos describe el campo, la vida rural en la pampa americana. ¿Es un costumbrista? Mejor, un "nativista". En América, un gran número de escritores han vuelto los ojos a su tierra. Se han abitado ya de caminar bajo la estrella literaria que brilla en París. Continente joven, carece de esa tradición que cimenta la historia de los pueblos europeos. Por eso, ellos han de creársela. Y lo harán adentrándose en el espíritu racial de su tierra, enraizándose en su ubérrimo suelo, despojándose de influencias ajenas, libertándose de la tiranía que aspira a imponer la moda europea.

Ellos han de crear una literatura propia, que tenga sabor racial, que posea un nuevo matiz, una nueva emoción. Diferenciándose de los demás pueblos es como llegarán a interesar verdaderamente a todos. Nada de emulaciones, nada de modas, nada de meridianos. Viviendo, eso sí, la hora presente. Esa hora que ellos viven—afortunadamente—con unos minutos de adelanto y con más ligero ritmo juvenil.

Y es de extrañar que escritores argentinos digan que el aspecto rural, en la literatura, no interesa, y sí el de las ciudades. ¿Por qué? Primero es el campo, lo primitivo, lo nativo, lo incontaminado. El paisaje rural da siempre un carácter de epopeya a los héroes populares. Y ese paisaje americano ha servido ya de marco a dos obras maestras: *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*.

No importa insistir. Hace bien Magrassi en describirnos escenas camperas, llenas de rudeza, crudas, en una prosa enjuta y tersa. Sus cuentos tienen una gran emoción. Y una gran belleza.

MARÍA ENRIQUETA: *El arca de colores*.

Un libro de una escritora americana, publicado por una editorial española: Editorial Espasa-Calpe, que se distingue por darnos a conocer los nuevos valores de la literatura americana, juntos con los modernos escritores europeos. Labor plausible, digna de todo encomio y de toda emulación, hasta conseguir que los nombres de los literatos de América nos sean tan familiares como los nuestros.

El arca de colores, de María Enriqueta, se compone de varias novelas cortas. La poetisa mejicana ha cultivado ya con éxito este género literario. Ha recogido aplausos y laureles. En las novelas pone María Enriqueta—como en sus poesías—toda la gran ternura de su corazón. Su prosa es blanda, suave, femenina. Hay siempre en sus relatos un afán de corregir vicios de almas, de encauzar sentimientos, o, a la par, de mostrar la amargura de apasionados corazones femeninos. María Enriqueta es una de las primeras escritoras que no han tratado de imitar literariamente al hombre, sino que, al ponerse a escribir, han desnudado su corazón y se han sentido sinceras consigo mismas y con los demás. Único procedimiento para escribir bellas obras. Y para darnos, en la poesía y en la prosa, un matiz nuevo, verdaderamente encantador.

JULIO VERDIÉ: *Adóitico cielo*.

Un poeta nuevo. Un cazador de imágenes. La metáfora, burilada, está prendida en los cristales, limpios, del verso. Transparencia poética. Sensibilidad finísima para expresar poéticamente lo humano. Por ejemplo:

Los osos místicos de los corazones, danzan
húmedos de las monedas, salobres, de las lágrimas.

Julio Verdié, buen poeta de Montevideo.

G. S.



I. — agricultura, tecnología, veterinaria.

CRESPO (RAMON J.) (Director y fundador de la Escuela Práctica de Avicultura): *Gallinas y gallineros*. Curso completo de avicultura, adaptado al programa oficial publicado por el Ministerio de Fomento para la obtención del título de avicultor previo examen ante los Tribunales competentes. Obra de texto para los alumnos de la Escuela Práctica de Avicultura. Lecciones XII a XX. Libro II. Producción de carne. Producción de huevos. Reproducción de las aves. Incubación artificial. Cría de pollos. Un volumen, 350 págs., profusamente ilustrado, en 4.º; 15 pesetas. Madrid.

III. — astronomia, historia natural.

FORBES (GEORGE): *Las estrellas*. Un vol., 122 páginas, en 8.º; 2 pesetas. Barcelona.

VASCONCELLOS (JOSE): *Tratado de metafísica*. Primera parte de un sistema de filosofía, titulado *El monismo estético*. Un vol., 362 págs., en 4.º; 12 pesetas. México.

IV. — construcción, ingeniería, industria.

BENN (ERNEST, J. P.): *Producción y comercio*. Un vol., 118 págs., en 8.º; 2 pesetas. Barcelona.

DANA (MORRIS) (Químico jabonero): *Los mejores métodos para fabricar jabones y bujías*. Jabones comunes, de tocador, para afeitar, industriales, medicinales, etc., duros, blandos, semiduros, líquidos, en pasta, en polvo, en hojas, etc. Fabricación industrial y doméstica. Bujías y velas. Un vol., en 8.º, 255 págs., en tela; 9 pesetas. Barcelona.

STEINBRINGS (D. W.) (Director de las Escuelas Técnicas de Dresden): *Construcción de máquinas*. Elementos de tecnología mecánica. Traducción de R. Campanals, ingeniero industrial. Un vol., 484 páginas, en 4.º, con 556 grabados y 21 tablas numéricas, en rústica, 24 pesetas; en tela, 28 pesetas. Barcelona.

V. — filosofía, religión, ciencias psíquicas.

BONILLA SAN MARTIN (A.): *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*. Tomo I: *El hombre y la época*. Obra premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. (Nueva Biblioteca filosófica, volumen XXXII.) Un vol., 289 págs., en 8.º; 6 pesetas. Madrid.

BONILLA SAN MARTIN (A.): *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*. Tomo II: *Las doctrinas*. Obra premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. (Nueva Biblioteca filosófica, volumen XXXIII.) Un vol., 350 págs., en 8.º; 6 pesetas. Madrid.

BONILLA SAN MARTIN (A.): *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*. Tomo III: *Notas, apéndices, bibliografía*. Obra premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. (Nueva Biblioteca filosófica, vol. XXXIV.) Un vol., 241 páginas, en 8.º; 6 pesetas. Madrid.

DRIESCH: *El hombre y el Universo*. Traducción de Cansinos-Assens. Un vol., 249 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

MARTINDALE (S. J.) (Rv. P. C. C.): *Las religiones de la humanidad*. Un vol., 124 págs., en 8.º; 2 pesetas. Barcelona.

ROYO VILLANOVA Y MORALES (R.): *El problema de la Eutanasia*. Un vol. 248 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

VI. — historia, geografía, biografía, viajes.

ABAD (ELEUTERIO): *Un viaje a Norteamérica*. Sus bellezas y progreso agrícola y pecuario. Prólogo del Dr. Pittaluga. Un vol., 256 págs., en 4.º, con 37 fotografías y cubierta en color, 10 pesetas. Madrid.

ALCAZAR MOLINA (CAYETANO) (Catedrático de Historia de España): *El Conde de Floridablanca*. Notas para su estudio. Un vol., 111 págs., en 4.º, con 15 láminas, 5 pesetas. Madrid.

BELLOC (HILAIRE): *Oliver Cromwell, el dictador inglés*. Un vol., 125 págs., en 8.º; 2 pesetas. Barcelona.

BLANCO FOMBONA (RUFINO): *Diario de mi vida*. 1904-1905. Un vol., en 8.º, 357 págs., con un

retrato del autor, hecho a pluma por el dibujante mexicano Julio Ruelas; 5 pesetas. Madrid.

CONDE DE ROMANONES: *Notas de una vida*. Tomo II, 1901-1912. Un vol., 314 págs., en 4.º; 9 pesetas. Madrid.

GARCIA ICAZBALCETA (JOAQUIN): *Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*. Un vol., 471 págs., en 8.º; 10 pesetas. Madrid.

GOLFERICHS (MACARIO): *El Islam. La Alhambra*. Investigación y estudio histórico, arqueológico y artístico de este monumento. Redacción literaria de Luis G. Manegat, autor de *Las leyendas del Islam*. Un vol., en 4.º, con profusión de fotografías, dibujos y planos en tela con planchas, 35 pesetas. Barcelona.

GONGORA ECHENIQUE (MANUEL): *Lo que he visto en Cuba*. Prólogo de M. García Kohly, embajador de Cuba. Un vol., 191 págs., en 8.º; 6 pesetas. Madrid.

MIRSKY (D. S. PRINCIPE): *Historia de Rusia*. Un vol., 124 págs., en 8.º; 2 pesetas. Barcelona.

OCHOA Y LORENZO (MANUEL): *El Capitán general marqués de Rodil*. Tomo I. Un vol., 229 páginas, en 4.º; 5 pesetas. Madrid.

TROTSKI: *Mis peripecias en España*. Prólogo especial del autor para la edición española y unas notas sobre Trotski por J. Álvarez del Vayo. Traducción directa del ruso por Andrés Nin. Un vol., 224 páginas, en 8.º; ilustraciones de Kotova; 5 pesetas. Madrid.

VII.-literatura.(nove-la,poesía,prosa,teatro)

ANTOLOGIA DE POETAS ANTILLANOS: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Alfonso Hernández Catá, José de Diego, Max Henríquez Ureña, José Martí, Eugenio Astol, Julián del Casal, etc... Prólogo de J. Montero Alonso. Ilustraciones de Cuevas. *Los Poetas*, núm. 53. Un vol., 78 págs., en 8.º; 0,50 pesetas. Madrid.

ANTOLOGIA DE POETAS VALENCIANOS: Querol, Blasco Ibáñez, March, Gil Polo, Llombart, etcétera. Un vol., en 8.º, portada e ilustraciones de Martín Ayora. *Los Poetas*, núm. 51, 0,50 pesetas. Madrid.

BARCLAY (FLORENCIA L.): *Las damas blancas de Worcester*. Novela, serie popular. Un vol., 285 páginas, en 4.º; 3 pesetas. Barcelona.

BEACH (REX): *La barrera*, novela. Un vol., 314 páginas, en 8.º; 3 pesetas. Barcelona.

BEDEL (MAURICIO): *Jerónimo, a 60° de latitud Norte*, novela. *Libro de todos*, núm. 29; traducción de César A. Comet. Un vol., 150 págs., en 8.º; 1 peseta. Madrid.

BENAVENTE (JACINTO): *Los cachorros*, comedia en tres actos. *El Teatro Moderno*, núm. 204. Un vol., 58 págs., en 8.º; 0,50 peseta. Madrid.

CABALLERO AUDAZ (EL): *La plegaria del deseo*, novela. Un vol., en 8.º, 320 págs.; 5 pesetas. Madrid.

CACERES (AURORA): *Evangelina: Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*. Un vol., 297 págs., en 8.º; 4 pesetas. Madrid.

CARNES (LUISA): *Peregrinos del Calvario*. Novelas. Prólogo de José Francés. Un vol. 222 páginas, en 8.º; 4 pesetas. Madrid.

CASES (ANTONIO): *Las águilas de acero*, novela. Un vol., 209 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

CHEJOV (ANTON): *El Ho Wania*, escenas de la vida en el campo. Comedia dramática en cuatro actos, seguida de *Las hermanas*, drama en cuatro actos. Traducción de Vicente S. Medina y José Carbó. Un volumen, 233 págs., en 8.º; 4 pesetas. Madrid.

CUEVA (MANUEL DE LA): *El alma de Cervantes*. Pensamientos, máximas y consejos, entresacados de las obras de Cervantes, al alcance de la inteligencia de los niños. Obra declarada de utilidad para la enseñanza por Real orden de 3 de marzo de 1919. Un vol., 109 págs., en 8.º, con prólogo de Rodríguez Marín y decorado por A. Vivanco; 3,50 ptas. Madrid.

CUYAS DE LA VEGA (ARTURO): *Mi prima Amanda y algo más*. Un vol., 268 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

DARIO (RUBEN): *Poesías escogidas*, volumen II, en 8.º, 178 págs.; 2,50 pesetas. Madrid.

ENSALADILLA: Cuentos, chistes, historietas, epigramas, agudezas y chascarrillos de todos los colores, olores y sabores, fáciles de aprender, de retener y de contar, allegados, reunidos y aderezados por U. I. D. E. C. Un vol., 160 págs., en 8.º; 3 pesetas. Madrid.

GRAU (JACINTO): *El caballero Varona*, comedia en tres actos. *El Teatro Moderno*, núm. 205. Un volumen, 76 págs., en 8.º; 0,50 peseta. Madrid.

GILMAIN (ANDRES): *El encanto del amor pasajero*, novela. Un vol., en 8.º, 212 págs.; 5 pesetas. Madrid.

HAMSUN (KUNT): *La última alegría*. Obras completas; tomo VIII; traducción de Luis Molins. Un vol., 275 págs., en 8.º; 4 pesetas. Madrid.

HIRE (JEAN DE LA): *La conjuración de los astecas*, novela. Traducción de Victoria Arévalo. Un volumen, 300 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

INSUA (ALBERTO): *Las fronteras de la pasión*, novela. *El Libro para Todos*, núm. 4. Un vol., en 8.º, de 162 págs.; 1,50 pesetas. Madrid.

JIMENEZ DE ASUA (LUIS): *Juventud*, conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo de Madrid, el 24 de mayo de 1929, y réplica de José López Rey. Un vol., 162 págs., en 8.º, con un retrato del autor; 2,50 pesetas. Madrid.

KALIDASA: *El reconocimiento de Sakuntala*. Bibliotecas Populares Cervantes, segunda serie, volumen XXIII, 158 págs., en 8.º; 2,50 pesetas. Madrid.

KATEEV (VALENTIN): *El desfalco*, novela. Un volumen, 242 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

KNIGHT W. (KOBOLD): *La dama soñada*.

Aventuras, núm. 41. Un vol., 90 págs., en 8.º, ilustraciones de Mel; 0,50 pesetas. Madrid.

LACAL DE BRACHO (LUISA): *Peregrina de ilusión*, novela. Un vol., 268 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

LAGUNILLA INARRITU (A.): *La comedia del amor*. Un vol., 76 págs., en 4.º; 6 pesetas. Madrid.

LECUDI (HECTOR): *Barbarita*, novela. Un volumen, 399 págs., en 8.º; 6 pesetas. Madrid.

LEON (JEAN): *El brujo*. *Aventuras*, núm. 44. Un volumen, 110 págs., en 8.º, ilustraciones de Mel; 0,50 pesetas. Madrid.

LEON (RICARDO, de la Real Academia Española): *Varón de deseos*, novela. Obras completas, tomo XVIII. Un vol., 292 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

LIS (PEPITA): *Las mujeres los prefieren morenos*, novela. Un vol., 248 págs., en 8.º; 5 pesetas. Madrid.

LOPE DE VEGA: *La Dorotea*. Tomo I. Bibliotecas Populares Cervantes, primera serie, vol. LXIV, 158 págs., en 8.º; 2,50. Madrid.

LOPE DE VEGA: *La Dorotea*, tomo II, Bibliotecas Populares Cervantes, primera serie, vol. LXV, 229 págs., en 8.º, 2,50. Madrid.

LOPEZ NUNEZ (JUAN): *Románticos y bohemios*. Un vol., en 8.º, 296 págs.; 5 ptas. Madrid.

MONTOLIN (MANUEL DE, profesor A. de la Universidad de Barcelona, miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, ex director del Instituto de Filosofía de Buenos Aires): *Literatura castellana*. Un vol. en 4.º, 890 págs. en tela, 17 ptas.

NUNEZ DE ARCE (GASPAR): *Sus mejores versos*. Prólogo de N. Alonso Cortés. Portada e ilustraciones de Pedraza Ostos. *Los Poetas*, número 54. Un vol. 78 págs. en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.

OGNEV (N.): *El diario de Costia Riabsev*. Traducción directa del ruso por Tatiana Enco de Valero y Benjamín Jarnés. Un vol., 284 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

QUEVEDO (FRANCISCO DE): *Sus mejores versos*. Prólogo de Luis de Oteyza. Un vol., 80 págs., en 8.º. Portada e ilustraciones de Ibáñez. *Los Poetas*, número 50; 0,50 pesetas. Madrid.

SCHOTAKOWSKY (PAUL): *El mundo hundido*. Recuerdos de la Rusia zarista. Un vol., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

STERNE (LORENZO): *Viaje sentimental de un inglés a Francia*. Bibliotecas Populares Cervantes, segunda serie, vol. XXII, 160 págs., en 8.º, 2,50 pesetas. Madrid.

SWAIN (JOHN D.): *Los monjes del silencio*. *Aventuras*, número 42. Un vol., 89 págs., en 8.º. Ilustraciones de Ramos. 0,50 ptas. Madrid.

VARAONA GAUCHAT (J. E.): *Cielo gris*. Poesías. Un vol., 164 págs., en 8.º, 3 ptas. Madrid.

VILLAESPEA (FRANCISCO): *Bolívar*. Poema romántico, original y en verso, en un prólogo y tres actos. El Teatro Moderno, número 207. Un vol., 136 páginas, en 8.º; 0,50 pesetas. Madrid.

VIII.-medicina.

BONNIER (PIERRE): *Defensa orgánica y centros nerviosos*. Prólogo del doctor E. García del Real, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid. Traducción del doctor Arturo Méndez. Un vol., 401 páginas, en 4.º, 10 ptas. Madrid.

CAMBELL MACFIC (DOCTOR ROWALD): *El cuerpo humano*. Un vol., 119 págs., en 8.º, 2 ptas. Barcelona.

CAMPOY IBANEZ (ANTONIO): *Contribución al estudio de la etiología del tracoma. Hipótesis gonocócica de la conjuntivitis granulosa*. Un vol., 103 páginas, en 4.º, con varias láminas, 6 ptas. Madrid.

CERVERO LACORT (ALFONSO, jefe del Laboratorio de Análisis del Real Dispensario Antituberculoso María Cristina): *Manual práctico de diagnóstico de la tuberculosis por el laboratorio*. Prólogo del doctor Ubeda Sarachaga (médico de número del Hospital Provincial y director del Real Dispensario Antituberculoso María Cristina). Un vol., 142 páginas, en 8.º, 4 ptas. Madrid.

COLYER (J. F., odontólogo del Hospital de Charings Cros, antiguo examinador de Odontología operatoria del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra): *Patología y clínica odontológicas*. Traducción del doctor Vilá y Torrent, médico odontólogo. Un vol., 972 páginas, en 4.º, con 971 figuras y seis láminas, tela, 49 ptas. Barcelona.

CUEVA (JOSE DE LA): *Levántate, y anda. Hablando con el doctor Asuero. Lo que queda de un reportaje*. Un vol., 101 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

FANNY (DOCTORA): *Recetario del hogar*. Enciclopedia abreviada para la vida práctica. Colección de 4.000 recetas útiles. Habitación. Economía doméstica. Higiene privada (la alcoba, el tocador y el baño), Puericultura, Cuidados a los enfermos y convalecientes, Alimentación (la cocina, el comedor, la despensa y la bodega), Floricultura, Cría y cuidado de animales domésticos. Destrucción de animales perjudiciales o molestos, Avicultura, Perfumería, Fabricación de lacres, tintas, barnices, vinos, licores, refrescos, aperitivos y ponches, etc. Un vol., 592 págs., tela, 12 pesetas. Barcelona.

FRANK (RODOLFO): *Terapéutica moderna*. Manual de terapéutica médica, física y dietética, con aplicación a la medicina interna y a la práctica en general. Un vol., 748 págs., en 4.º, rústica, 17 ptas.; en tela, 20 ptas. Barcelona.

GUDZENK (DOCTOR F., profesor de la Universidad de Berlín): *Gota y reumatismo*. Traducción directa del alemán por F. González Deleito, médico militar. Un vol., 270 págs., en 8.º, con 41 figuras, 12 ptas. Barcelona.

HALBAU (JOSEF, director de la Sección Ginecológica del Hospital Wieden, de Viena.) y SEITZ (LUDWIG, director de la Clínica Ginecológica de la Universidad de Frankfurt A. M.): *Biología y patología de la mujer*. Tratado de Obstetricia y Gine-

ciología. Traducción de J. Núñez Grimaldos, con la colaboración técnica del doctor Arcadio Sánchez López (tocólogo-ginecólogo de la Beneficencia Municipal de Madrid). Tomo I, un vol., 623 págs., en 4.º, con 215 figuras y seis policromías, 40 ptas. Madrid.

LAYNA SERRANO (FRANCISCO): *La reflexio-terapia endonasal (deducciones de la experiencia). Indicaciones, técnica, casística*. Un vol., 221 págs., en 8.º, con 10 láminas, 6 ptas. Madrid.

POLO Y FIAYO: *El gran esclavo, el médico*. Un vol., 259 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

SMITH (ELY JELLIFFO): *Técnica del psicoanálisis*. Traducción de la segunda edición inglesa por Horacio F. Delgado y Paul Wilson. Un vol., 290 páginas, en 4.º, 10 ptas. Madrid.

VIGANO (LUIGI, profesor agregado de Higiene experimental en la Universidad de Milán, Director de Sección del Instituto Suerológico Milanés): *Técnica suerológica. Apéndice. Terminología inmunológica*. Traducción de Luis Matons Colomé (farmacéutico, ex auxiliar técnico del Laboratorio Municipal de Barcelona, etc.). Un vol., 265 págs., en 4.º, con 39 figuras y nueve láminas en negro y color, 12 ptas. Barcelona.

VILLA (DOCTOR DE LA): *Espacios pelvianos*. SAINZ DE AJA (DOCTOR ENRIQUE A., del Hospital de San Juan de Dios): *Indicaciones de los bismuticos y mercuriales en el tratamiento de la sífilis*. Dos obras en un volumen, 122 págs., en 8.º 2 ptas. Madrid.

X.-obras varias.

BELLO (LUIS): *Viaje por la escuelas de España*. Volumen IV: Más Andalucía. Las siete Huelvas. Sevilla: viaje preliminar. Viaje de instrucción a Tánger. Jaén: viaje a Santiago de la Espada. Un volumen, en 8.º, 388 págs., 6 ptas. Madrid.

El pensamiento de Primo de Rivera. Sus notas, artículos y discursos. Prólogo de José María Peman. Un vol., 374 págs., en 4.º, 5 ptas. Madrid.

El Seguro contra el paro. Estudio de legislación comparada, publicado por la Oficina Internacional del Trabajo. Un vol., 240 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

GONGORA ECHENIQUE (MANUEL): *Ideario de Concepción Arenal*. Un vol., 69 págs., en 8.º, 2 ptas. Madrid.

INGENIEROS (JOSE): *La Universidad del porvenir*. Prólogo de Luis Jiménez Asúa y epílogo de Alberto Ghirardo. Un vol., 203 págs., en 8.º, 3 ptas. Barcelona.

LYON (JACQUES): *La Rusia soviética*. Prólogo de Manuel Hilario Ayuso, catedrático de la Universidad de Madrid. Un vol., 312 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

PEMARTIN (JOSE): *Los valores históricos en la dictadura española*. Lema: *Pro res et foci*. Prólogo del general Primo de Rivera. Premio del Conde Casa Montalvo. Un vol., 596 págs., en 4.º, 7 ptas. Madrid.

Carabela Santa María. Exteriores e interiores de la carabela Santa María, nave almirante utilizada por Cristóbal Colón en el viaje que determinó el descubrimiento del Nuevo Mundo, tomados de la reproducción hecha a todo tamaño y detalle por el Ministerio de Marina español, con arreglo a los datos y antecedentes recopilados por el Museo Naval. 149-1929. Un vol., 16 ptas. Madrid.

CRAMMER (DOCTOR): *El hipnotismo. Cómo se aprende a hipnotizar. La sugestión al alcance de todos*. Un vol., 63 págs., en 8.º, 1 pseta. Madrid.

E. H. H.: *Tres mil y un secretos industriales para ganarse la vida. Recetas y procedimientos sencillos, económicos y probados para confeccionar artículos de venta segura*. Un vol., en 8.º, 302 págs., cartóné, 7 ptas. Barcelona.

FABRA (P., presidente de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans.): *Compendio de Gramática catalana*. Un vol., 86 págs., en 8.º, tela, 5 ptas. Barcelona.

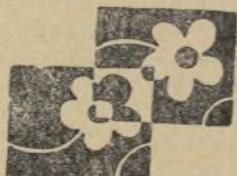
FRANVAL (T.): *¿Asueroterapia? ¿Ciencia? ¿Sugestión?* Un vol., 103 págs., en 8.º, 2 ptas. Madrid.

NOLA (RUPERTO DE): *Libro de guisados*. Edición y estudio por Dionisio Pérez (Post. Thebusen). Los clásicos olvidados. Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Un vol., 247 págs., en 4.º, con un facsimile de la portada de la edición hecha en Valladolid en 1520 y de la hecha en Logroño en 1529. 7 ptas. Madrid.

PULIDO (ANGEL): *La emoción oratoria*. Un volumen, 343 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

VERGARA MARTIN (GABRIEL M.): *Ficcionario de frases, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales que se emplean en la América española o se refieren a ella*. Un vol., 149 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

20 agosto 1929.



DESDE BARCELONA

EL MOVIMIENTO LITERARIO DE CATALUÑA

I

Es triste. Pero todavía estamos—espiritualmente—demasiado lejos de la Meseta para que podamos eludir un prólogo de estricta información. Si—afortunadamente—hay ya despiertos vigías que atalayan vivaces nuestro horizonte espiritual, la masa continúa de espaldas todavía. Un desconocimiento absurdo actúa de barrera de hielo. Algo se ha hecho, ciertamente, para disolverla. La Exposición del Libro catalán la redujo a una capa cristalina y transparente, a cuyo través podía verse sin dificultad. Pero en ocasiones se agudiza el frío. Y el cristal de hielo se entenebrece y se hace opaco. Hace falta fuego, mucho fuego espiritual para que se acristaline de nuevo. Hasta ver si se logra romperlo en mil pedazos al fin.

LA CIUDAD

Hace muy poco, en su casita veraniega de Mallorca, he charlado una tarde con Gabriel Alomar. En un comentario de política internacional—Alsacia—surgió el tema del centralismo. Y he aquí que el autor de *Verba* se me declaró centralista. Y no por su francofilia entusiasta, ciertamente. Sino por sus principios aristárquicos. La ciudad, me decía, es el centro y el motor. El gobierno de la cosa pública debe estar en manos de los mejores, de los más cultos. De los que han creado la atmósfera intelectual de la ciudad. Por eso en Francia—París por encima de todo—no hay obstáculo demasiado serio a su centralismo.

Pero ¿y España? No un problema de regiones—Castilla, Cataluña—contrapuestas, sino una rivalidad de ciudades—Barcelona y Madrid—, es la que se presenta. Dos culturas distintas, dos sentidos opuestos. El agro no se inmiscuye. Los problemas más vivos los plantea siempre la ciudad.

La ciudad que centraliza hasta el último esfuerzo. Barcelona es el vértice de toda activi-

dad intelectual. Apenas si en algunas poblaciones catalanas—Sitges, Sabadell, Gerona, Reus—aletea una breve vibración. Todo lo demás lo absorbe la urbe cosmopolita y trepidante.

* * *

Naturalmente, el nervio intelectual de la ciudad está constituido por la cultura vernácula, orientada por una misma obsesión política. La literatura castellana que Barcelona produce está siempre al margen de su movimiento espiritual. Con un pie en falso.

¿Y la literatura catalana? ¿Qué importancia tiene la literatura catalana? Todavía hay por ahí quien tiene una idea muy vaga de lo que pueda ser todo eso. Estas notas informativas—breves, generales—pueden servir de orientación preliminar.

PRENSA

En Barcelona sólo aparecen cuatro diarios escritos exclusivamente en catalán (1). Uno de ellos—*La Veu de Catalunya*—lanza dos ediciones cotidianas. Representa un sentido medio de la opinión.

El sector liberal está integrado por dos periódicos. *La Publicitat* y *La Nau*. Ambos poseen un alto voltaje intelectual y un vivaz espíritu europeo. Sus columnas están nutridas por las mejores plumas de Cataluña. Política, ocupan la posición de la máxima intranquencia.

De reciente aparición es el órgano católico-conservador, *El Matí* (La Mañana), que ha conocido un gran éxito popular en Cataluña. Abierto, limpio, ágil, es un rotativo atrayente y bien confeccionado. Ha roto con el recelo de sus colegas, y en sus páginas aparecen frecuentemente reseñas de libros castellanos, tratados

(1) No nos ocupamos en este momento de los rotativos materialmente formidables—*El Día Gráfico*, *La Noche*, *La Vanguardia*, etc.—que se publican en castellano.

con gran imparcialidad. Aspira también a una palpitation cosmopolita y moderna.

El signo capital de la Prensa catalana de Barcelona es la obsesión por cuanto se refiere al movimiento intelectual—libros, revistas, conferencias, exposiciones, teatro, etc.—de Cataluña. Todo lo que haga referencia a la cultura vernácula es publicado, comentado y aplaudido. Así tiene la Prensa catalana un matiz espiritual y culto, de una intensidad que en vano buscaríamos en cualquier otra Prensa del mundo.

REVISTAS

Si la progresión de la Prensa catalana maravilla al espectador, el asombro crece al examinar el capítulo de revistas, en número y en calidad insospechados por el desconocedor de este ambiente intelectual.

Revistas próceres, nutridas (del formato aproximado al de la *Revista de Occidente*), como *La Nova Revista*, *Criterion*, *La Paraula Cristiana*, *La Revista*, *Estudis Franciscans*, *Ciencia*, *Estudis Universitaris Catalans*, *La Revista de Catalunya*, especializadas en el ensayo literario, en filosofía, religión, ciencia, historia y sociología.

Hay, además, publicaciones de arte, generales, como *Gaseta de les Arts*; de vanguardia, como *L'Amic de les Arts*, o como *Hèlix*. *Magazines* lujosos, de corte europeo, como *D'ací d'allà*. Revistas ágiles, como *Mirador*, que inaugura en España el tipo de publicaciones finamente satíricas, a lo *Gringoire*. Y muchas, muchas más.

Al frente de ellas figuran los hombres más eminentes de las letras de Cataluña: J. M. López-Picó, Rovira i Virgili, Capdevila, Junoy, P. Miquel d'Esplugues, Soldevila, Gifreda, Brunet, etc.

El difícil negocio editorial que es la revista literaria de altos vuelos intelectuales no ofrece obstáculos para un pueblo que se construye una cultura propia con una tenacidad y con un entusiasmo dignos de que se fijen en ella muchas de las atenciones dispersas en motivos mucho más fútiles e intrascendentes.

COLECCIONES

Sería excesivamente largo un recuento de los libros aparecidos independientemente, siquiera sea en lo que va de año. Cuando el gran entusiasmo de Ernesto Giménez Caballero logró que se alinearan sobre las mesas de la Biblioteca Nacional los libros aparecidos en catalán en lo que va de siglo—y hay que advertir que las cifras de producción se desarrollan en progresión geométrica—, se dibujaron muchas muecas de asombro en los rostros de los visitantes. Ahora mismo, no cabría en los límites de este artículo una reseña de los libros aparecidos últimamente. Así nos limitaremos a una síntesis de las colecciones literarias que lanzan constantemente sus ediciones al mercado.

La Nova Revista encauza tres series de libros: *Contes i novel·les*, *Questions filosòfiques, polítiques i socials*, y, por último, las *Obras completas de G. K. Chesterton*. (¿Para cuándo en castellano?)

La *Llibreria Catalonia* viene editando una amplísima serie de volúmenes, *Biblioteca Literaria*, destinados a constituir la base de una cultura intelectual.

Al mismo tiempo, una colección espléndidamente presentada: *Els nostres clàssics*, revaloriza y pone al día los olvidados clásicos catalanes de los siglos XIV, XV y XVI.

Una colección sabadellense, *La Mirada*, incluye los más finos valores literarios de Cataluña. Mientras, una entidad badalonesa, *Proa*, *Edicions a tot vent*, publica, además de autores indígenas—Maseras, Puig i Ferrer, Jordana—y de traducciones de clásicos de la novela—Dickens, Stendhal, Dostoyewski, Turguenef, Constant—, versiones interesantísimas de los nuevos valores europeos. Acaban de ser lanzados un libro, *Amok*, de Stefan Zweig, y otro, *Cuentos*, de Blaise Cendrars.

TRADUCCIONES

Esto nos trae de la mano este tema de las traducciones, a la orden del día en la vida literaria de Cataluña. Dos imperativos han motivado su desarrollo febril. Uno, la necesi-

dad de moldear—al contacto con todos los giros—el nuevo idioma literario de Cataluña. Otro, el afán de verter al catalán las obras capitales de la literatura mundial, a fin de que el estudioso no tenga que salir de su dominio lingüístico.

En materia traductora gozan de justa fama las ediciones de clásicos griegos y latinos de la *Fundació Bernat Metge*, institución análoga a la *Guillaume Budé*, de París. Humanistas insignes—Riba, Balcells, Riber, Cardó, etc.—vierten al catalán las obras cumbres de la antigüedad clásica.

Después, el siglo XIX ha sido el predilecto de nuestros traductores. Riba, Carner, Ferran-

do, Jordana y otros muchos han traducido las obras maestras del francés, del italiano, del inglés y del alemán.

Durante un cuarto de siglo, esta labor ha sido llevada por nuestros intelectuales de una manera febril. Hubo un momento—en el amanecer del siglo—en que los nombres y las obras del mundo intelectual—Whitmann, Kayyam, Ibsen—hubieron de ser reflejados en el espejo peninsular merced al esfuerzo incansable de Cataluña.

Sucesivamente iremos viendo la calidad y direcciones de este esfuerzo.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



F i n a n z a s

EL DESARROLLO DE LA BANCA PRIVADA

Según datos del Consejo Superior Bancario, el desarrollo de la Banca privada, en España, acusa un creciente estado de prosperidad en los establecimientos bancarios, que no se interrumpe desde 1924, si bien en 1.º de enero de 1925 y en la misma fecha de 1926 los balances acusan descenso importante, transitorio, debido a la eliminación, por quiebra, de algunos Bancos de la región Norte. En los años 1927 y 1928, las cifras representativas de las situaciones bancarias crecen con una rapidez tal que no es posible atribuirlos al desarrollo normal de los negocios. Una revista financiera atribuye el fenómeno—a nuestro juicio muy acertadamente—“a los grandes saldos constituidos en nuestra Banca por la especulación extranjera, que espera, desde la terminación de la guerra de Marruecos y, sobre todo, desde la consolidación de la Deuda flotante, el alza de la peseta a la par”.

Comparando los datos relativos a 1.º de enero de 1925 con los de igual fecha de 1929, se observa que el activo de la Banca privada pasa de 8.192 a 10.771 millones de pesetas con los siguientes aumentos en las partidas: Caja y Banco de España, 489 millones; Bancos y banqueros, 314; Descuentos, 264; Valores, 1.377; Préstamos, 20, y Varias cuentas, 115.

En el pasivo, las partidas dan los siguientes aumentos, comparando los balances de ambas fechas: Capital desembolsado y reservas, 280; Cuentas corrientes a la vista, 1.024; Otras cuentas acreedoras, 367, y Bancos y banqueros, 925. La partida de *Varias cuentas* presenta una disminución de 17 millones.

El examen de las partidas del activo y del pasivo se presta a consideraciones interesantísimas y de positiva influencia en nuestra política reguladora del cambio. No renunciamos a hacerla con todo detalle en una próxima crónica.

EL CAMBIO EXTRANJERO

La moneda extranjera, en los dos meses que

lleva de duración la nueva etapa de intervención en el cambio, ha experimentado una baja de alguna importancia. A fines de junio, la libra se cotizaba a 34,26; el dólar, a 7,065, y el franco, a 27,70. A fines de agosto, las cotizaciones respectivas son: 32,96, 6,805 y 26,70.

Alrededor de estas cotizaciones, la tendencia parece sostenida.

LA PRODUCCIÓN PETROLERA

Continúa aumentando en los Estados Unidos la producción petrolera, siendo el término medio de la misma 2,9 millones de barriles diarios, contra 2.896.000 en la semana anterior. Lo particular del caso es que nada se hace por reducir esa sobreproducción, sino, muy al contrario, parece como si todos los productores se esforzaran por obtener la mayor cantidad posible de petróleo y los trabajos para lograrlo condujeran a un fin práctico y conducente al mejoramiento del mercado.

Durante el primer semestre de este año, Rumania ha producido 2.224.000 toneladas de petróleo, o sea 220.000 toneladas más que hace un año. A fines de junio había 1.488 pozos en plena actividad. Semejante producción influye en el desarrollo de los precios, los cuales muestran tendencia a la baja.

El Gobierno soviético se esfuerza, con ayuda del capital alemán, en perfeccionar la producción de petróleo y derivados del mismo. La competencia americana se hace, por eso, cada vez más difícil en Europa, y quedaría eliminada en buena parte si rusos, rumanos y alemanes se pusieran de acuerdo para ejercer un monopolio en el abastecimiento de los mercados europeos.

LA EXPLOTACIÓN HIDRO- ELÉCTRICA DEL TAJO

En *La Semana Financiera* encontramos una interesante información acerca del aprovechamiento hidroeléctrico del río Tajo.

“En breve—dice el citado periódico—se constituirá una poderosa entidad financiera e industrial para explotar la fuerza hidroeléctrica del río Tajo, en forma tan amplia e intensa,

que pocos saltos del mundo podrán competir con los que se proyectan.

Las concesiones utilizables son las de los señores conde de Figols y García Faria.

En este asunto, tomado con gran interés por el Sindicato Internacional que ha organizado el financiero español residente en Cuba señor Marimón, entrarán, además del grupo francés, algunos Bancos americanos.

Se calcula que los aprovechamientos hidroeléctricos del Tajo llegan a 521.000 caballos, de los que se explotarán primeramente 107.000, mediante construcción de dos grandes embalses, uno de 375 millones de metros cúbicos, y otro de 2.102.

Estímase que el coste de esta primera instalación llegará a mil pesetas por caballo llevado a Madrid, siendo el rendimiento en kilovatio de 400 millones.

Una vez realizado el plan completo de la explotación quedarán servidas, además de la parte central de la Península, las provincias de Ciudad Real, Toledo, Cáceres, Badajoz y los centros mineros de Almadén y Logrosán.

LA PRODUCCIÓN DE CEREALES EN LA ARGENTINA

Según recientes informes del I. D. E. A., la superficie sembrada de trigo en la República Argentina era, al finalizar el último año, de unos ocho millones y medio de hectáreas, que producirán siete millones de toneladas de cereal, contra ocho millones de hectáreas y un rendimiento de seis millones y medio de toneladas en el año anterior.

La superficie sembrada de lino fué también algo mayor que en el período 1927-1928, pues llegó a 2.855.000 hectáreas, contra 2.700.000; pero en algunas zonas la cosecha no tuvo un rendimiento tan alto como se esperaba, pudiendo calcularse la producción total en unos dos millones de toneladas.

En cuanto al maíz, la superficie plantada era, al acabar ese ejercicio, de 4.346.000 hectáreas, contra 4.289.000 en el anterior, y produjo 7.765.000 toneladas; la cosecha de este año se presenta algo insegura, pues mientras es buena

en la provincia de Córdoba, es regular en la de Santa Fe, y la mayor parte de lo sembrado en la de Buenos Aires dará un rendimiento muy pequeño, calculándose para todo el país una producción de cerca de seis millones de toneladas. Es de observar especialmente que la calidad del trigo mejorará notablemente, pues el Gobierno hizo experimentos durante el año pasado con 420 muestras de 44 tipos diferentes, y los informes recogidos acerca de los resultados que se han obtenido son sumamente alentadores.

Compañía Telefónica Nacional de España

Capital desembolsado:

400 MILLONES DE PESETAS

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 2
MADRID

El Consejo de Administración de esta Sociedad acordó convocar una Junta general extraordinaria, que tendrá lugar el día 20 de octubre próximo, a las doce, y en el domicilio social, con objeto de otorgar a las acciones preferentes un voto para cada cinco acciones de esta clase.

En la mencionada Junta exclusivamente se tratará y resolverá sobre el objeto de su convocatoria, y tendrán derecho de asistencia todos los señores accionistas que así lo soliciten antes del día 15 del citado mes de octubre y obtengan tarjeta de asistencia en la Secretaría general, conforme a lo preceptuado por los Estatutos de la Compañía a tales efectos.

Gumersindo Rico,
CONSEJERO SECRETARIO

Concursos literarios de ATLANTICO

ATLANTICO abre dos concursos literarios. Al primero podrán acudir todos los escritores hispanoamericanos que lo deseen. Se premiará con 500 pesetas un cuento de asunto libre y cuya extensión no exceda de nueve a diez páginas de la revista *ATLANTICO*. El plazo de admisión de trabajos para este primer concurso terminará el 30 de noviembre próximo.

El segundo concurso de *ATLANTICO* está reservado a los autores noveles de España y América. Consistirá el premio en editar por cuenta de *ATLANTICO* una novela de unas 300 páginas, pagando, además, al autor sus derechos como tal autor y propietario de la obra. El plazo de admisión para el concurso de novelas terminará el 31 de diciembre.

Los trabajos, tanto para el concurso de cuentos como para el de novelas, se remitirán escritos a máquina, dentro de un sobre cerrado, con un lema. En otro sobre, también cerrado y bajo el mismo lema, se hará constar en una cuartilla el nombre y domicilio del autor.

Los fallos de los concursos se publicarán en *ATLANTICO* en los meses de noviembre y febrero, respectivamente. En momento oportuno se darán a conocer los nombres de los señores que habrán de formar los dos Jurados encargados de otorgar los premios. Desde luego, es propósito firme de *ATLANTICO* que ni uno ni otro concurso queden desiertos.

SUSCRIPTORES

PRECIOS

España, un año	Ptas. 12,00
Hispanoamérica, un año	» 15,00
Extranjero, un año	» 18,00
Número atrasado (excepto a los suscriptores)	» 2,00

ATLANTICO.—8

Los 10.000 primeros suscriptores de *ATLANTICO* recibirán al año: diez números ordinarios de 132 páginas y dos extraordinarios de 196, MAS DIEZ PESETAS en libros a elegir entre los títulos cuyas listas iremos publicando (véase la tercera en este número).

/ / /

La mujer soñada

novela por
J. Pérez de Rozas

(Continuación.)

de Angel, más lleno de vigor y de optimismo que nunca. El amo de Leal reconcentraba su pensamiento, y hacía en aquel instante, "en el que las mujeres le habían dejado solo", una especie de balance de su existencia en aquellos quince días que llevaba en "Los Molinos". ¡Qué suerte había tenido!... La mayor quizá de cuantas había alcanzado en su vida de luchas y de triunfos. Aquella familia y aquella casa habían sido para él su salvación. Su salvación física y espiritual... Porque, además de haberle librado de una muerte segura los cuidados y las atenciones de todos, había conocido a "aquella angelical criatura", que reunía todas las bellezas físicas, morales y espirituales... Fuensanta era la mujer con la que él había soñado... Más que por su belleza extraordinaria, arrogante, "definitiva", aquella mujer le había trastornado por su bondad y por su desconocimiento de las cosas del mundo. Era una joya oculta, de un valor incalculable, que no había en la tierra fortuna para pagarla... Durante aquella quincena, día por día, había ido descubriendo en la señorita de Escosura una pureza tal de sentimientos, una ingenuidad tan grande y una limpieza de alma tan absoluta, que le parecía, cuando hablaba con ella, que abandonaba la vida y entraba en una región celestial, en la que sólo reinaba la bondad, la dulzura y la placidez... Se había enamorado. Y se había enamorado locamente, ferozmente..., de una manera salvaje... Aquella mujer, aquella "santa" —¡Dios mío, qué irreverencia!— había de ser suya... ¡Para él solo!... Para que con sus gracias, sus encantos y, sobre todo, para que con su alma limpia, llena de ternura y de bondad, le colmase de felicidad y de bienestar. ¡Qué hermosa era!... El, que tantas mujeres había tenido en sus brazos, y que conocía tan perfectamente los más refinados placeres del amor fácil, tenía el convenci-

miento de que "no sabía nada" al lado de lo que representaba la posesión espiritual y carnal de aquella mujer, todo belleza... El pelo negro, abundante y espeso, que le caía en dos grandes bandos, en dos enormes crenchas, hasta cubrirla por completo las orejas, y, recogido en un gran moño bajo, iba a descansar sobre la nuca... A unos ojos grandes, azules y profundos, rodeados de círculos violeta oscura, le daban sombra unas pestañas largas y espesas, que aún hacían más grandes y más hondas las cuencas... La nariz era recta. Los labios, rojos y carnosos... Los dientes no muy pequeños, pero muy blancos y muy iguales. La piel... ¡Oh!... La piel era tan blanca, de una nitidez tan intensa, que a través de ella se veían serpentear las venitas azules por encima de unas manos largas y estrechas, que parecían cubiertas de pétalos de rosas, por el tacto fino y suave que tenían. ¡Cuántas veces, cuando la "santa" le ayudaba "maternalmente" a cambiar de postura en la "perezosa", sentía Angel el contacto divino de aquellas manos y le hacía estremecer!... En otras ocasiones, la ingenua, al ver que se le caía el vendaje de la cabeza, se lo arreglaba con sus dedos de seda y le pasaba por la frente, sin querer ni darse cuenta, las palmas de las manos. Angel sentía hervir la sangre en sus venas. Parecía que aquella mujer, cada vez que se le acercaba, le daba una inyección de vida, de fuerza, de sangre nueva y caliente... Desde lejos conocía ya su manera de andar. La distinguía entre todas. Cuando Fuensanta se acercaba, mucho antes de llegar a su lado la presentía, la acariciaba *in mente*... Pero, al mismo tiempo que en el corazón de "don Angel" —como todos le llamaban— aumentaba el amor y el deseo por Fuensanta, se iba apoderando del convaleciente una timidez, un temor y un respeto para aquella mujer, que aumentaba su inquie-

tud y su desasosiego. El, que había tenido siempre un cínico desparpajo "para plantear la cuestión" a cuantas mujeres le habían interesado, se encontraba al lado de "la santa" cohibido, acobardado, abúlico... No se atrevía ni a mirarla cara a cara. Cuando la ingenua se acercaba muy cerca de Angel para alargarle una taza con leche o caldo, y el herido sentía la respiración de aquel pecho sano, exuberante y recio, que se agitaba detrás de la chambrilla abotonada hasta el cuello, "el hombre" se sentía nacer a una nueva vida. Pero, al mismo tiempo, "el caballero" se imponía y cerraba los ojos "para no sufrir"... Ella le preguntaba, llena de candor:

—¿Se encuentra usted mal, don Angel?... Parece como si le hubiese dado un vahido...

—No... No es nada... Ya pasó...

Otras veces, mientras Angel leía, sentadas a su lado formaban corro doña Caridad, Fuensanta y Encarnación. Hacían labor. El convaleciente subía la vista poco a poco, por encima de las páginas del libro, pero no leía... No se fijaba en lo que decían aquellas líneas, que parecían escritas en un idioma desconocido y absurdo. Sólo buscaba "saltar" por encima de la novela y dejar caer su vista en el rostro reposado, tranquilo y sereno, pero, al mismo tiempo, enormemente embriagador, de "la santa"...

¿Qué misteriosa fuerza de captación irradiaba aquella mujer divina, que cada hora y cada minuto se "adentraba" más en su espíritu? ¿Por qué a medida que aumentaba en Angel el amor "por ella" era mayor el miedo a descubrirla su pasión? ¿Por qué a su lado se sentía tan pequeño, tan insignificante, tan cobarde?... Y en el espíritu de aquel hombre, que jamás había sentido desfallecimientos ni temores en todas las luchas de su accidentada existencia, comenzó a librarse una batalla terrible, avasalladora, formidable. A medida que pasaban los días, su inquietud iba en aumento. Tenía el temor, lo veía con una clara percepción, de que llegase el terrible momento de estar declarado de alta definitiva y, por lo tanto, de tener que salir de "Los Molinos"... Y veía con espanto el adiós postrero... Y luego, la vida sin norte, sin guía, sin sosiego. Una vida de judío errante...

¡No podía ser! ¡No sería!... Y entonces, en su espíritu se revelaba el hombre que siempre había

sido: fuerte, enérgico, audaz... Pues Angel, que tenía un temperamento sensible y emotivo, romántico y delicado, al mismo tiempo, era arrogante, gallardo y valiente. No sabía lo que era el miedo. En sus andanzas por América y por Europa había tenido muchas ocasiones para demostrarlo, y en todas "había dejado el pabellón muy bien puesto"; pero "aquella mujer", precisamente por su encantadora feminidad, por su delicadeza, por su vida de "santa", le producía, cuando hablaba con él, cuando dejaba oír su acariciadora voz, el efecto de que conversaba con una imagen religiosa...

Angel, a pesar de su gran inteligencia, de su vastísima cultura y, sobre todo, de lo refinado de su espíritu, no acertaba a comprender el extraño fenómeno que se había producido en su alma infiltrándose un sentimiento mixto de fervor religioso y de amor pagano hacia aquella mujer divina, cuyo solo nombre, al oírlo pronunciar, le causaba vértigos de demencia...

"Era una santa, una virgen inmaculada, un ángel lleno de candor y de pureza. Y eso era precisamente lo que más había contribuido a enloquecerle, a embriagarle de pasión. ¡Si no sabía nada de nada!... ¡Si no había salido de su casa, del convento o de "Los Molinos"!... ¡Si él era el único hombre con quien había hablado, además de don Orencio, don Cayetano y don Fermín!... ¡Porque Bartolo y Bocanegra eran unas pobres bestias, que no eran hombres!..." Y Angel repasaba la lista y volvía a pensar: "¡Qué encanto!... ¡Apoderarse del espíritu de una mujer así!... Para ir moldeándole poco a poco, a medida del deseo. Para ir enseñándole la vida, no como es: amarga, avasalladora y triste, sino dulce, emancipadora y alegre... ¡Qué felicidad poderla llevar por el mundo, cogida de la mano espiritualmente, diciéndola, como a una niña de cinco años: ¿Ves? Esto es el Museo del Prado... Esto otro son las Cataratas del Niágara... Esto que ves ahora son las Pirámides de Egipto... Esa estatua, a la entrada del puerto, es la de la Libertad, que está iluminando al mundo... Y París, y Grecia, y Oriente, y Roma... Y acostumbrarla a saber vestir... Para que esos encantos naturales que se esconden detrás de la chambrilla abotonada hasta el cuello y la falda larga hasta los zapatos salgan a la luz... A la luz de un hogar lleno de felicidad,

de bienestar y... de hijos... ¡Entonces sí que los educaría él a su gusto, siendo suyos "de verdad"; no como aquellos que prohijaba y adoptaba en sus correrías por el mundo. Entonces sí que pondría toda su alma y todo su espíritu en educar a todos: a la madre... y a los hijos... ¡Oh! ¡Qué enorme felicidad! ¡Qué placer tan sublime! ¡El hogar! ¡El santo hogar, con la madre —! Madre!—, y los niños corriendo, gritando, riendo!... Y él amparándolos a todos, "creándolos" a todos, infiltrándoles a todos sus ideas, sus amores y sus aficiones... Y al final, cuando su misión en la tierra tocase a término, la cama rodeada por "la santa"... por los hijos, ya hombres; por los nietecitos..."

Entonces, cuando pensaba así, los ojos grandes de Angel se llenaban de lágrimas y pensaba en su origen, en su infancia, en su mocedad..., llenos de privaciones y de pobreza. Pensaba que él no había tenido madre... Que él no había podido nunca lanzar ese sublime grito..., ni recibir un beso en la frente al acostarse... Por eso, ahora que veía tan cerca la felicidad, que Dios, el Destino, la Providencia, "o quien fuese", había puesto en su camino a aquella santa, quería apoderarse de ella... Era absolutamente indispensable. No podía ser otra cosa... Hasta ahora, todas las mujeres que había conocido eran frívolas, insignificantes, sin espíritu... Se acercaban a él inspiradas en un mismo sentimiento: en el de apoderarse de su posición, de su dinero. Unas, las fáciles, las "profesionales", en busca del traje, de la sortija, de las comidas en los *cabarets* de lujo, de la *garçonnière* con sueldo fijo... Otras, las "distinguidas", dispuestas siempre a engañar a sus maridos, "porque eran inferiores a él", pero en el fondo, por la excursión en automóvil, "todo por su cuenta", por el palco en la Opera o en las carreras de caballos, por el té en los grandes hoteles, por el retrato pintado al óleo por un artista de renombre y "pagado al oro" por Angel... Después surgían las "serias", las señoritas, para casarse "como Dios manda". Y el asedio de mamás, de papás y de niñas, era francamente insoportable... "Usted necesita casarse." "Un hombre solo, con la posición de usted, no está bien." "Mi hija soñó anoche que se iba a casar con usted..." Y la niña que interrumpía diciendo: "¡Ca! Que nos habíamos casado, y que estábamos ya a punto de di-

vorciarnos..." El aristócrata arruinado que quería vender a su hija, cursi y fea, envuelta en pergaminos y en dos o tres títulos nobiliarios...

Y por la mente de Angel pasaban todas esas grotescas figuras de la tragicomedia social, cogidas de la mano, haciéndole reverencias y zalemas, guiñándole el ojo... Le parecían polichinelas de un inmenso guiñol en el que, en la puerta, había un pobre diablo, hambriento y descolorido, que le decía: "No entres. Todos esos no te quieren a ti... Quieren a tu dinero... Te desplumarán y bailarán una danza trágica y macabra alrededor de tu cadáver, cuando caigas deshecho por sus caricias interesadas y sus lascivias mercenarias... ¡No entres!..."

Tenía razón el pobre diablo: no, no entraría de una manera "definitiva" para ser "protagonista" en esa farándula ridícula y grotesca que se llama alta sociedad... Prefería, hasta ahora, haber sido un espectador de localidad cara... Todas aquellas gentes le distraían y entretenían... Pero no podían ser componentes de su "hogar", del santuario íntimo que había forjado en su imaginación; de lo que él entendía que debía ser una casa "por dentro". Cuando aparecía Fuensanta, la veía ya convertida en el ama de esa casa... En la madre de sus hijos... En la compañera dulce, bondadosa, angelical, pronta a secundarle y complementarle en sus gustos, en sus anhelos y en sus aficiones. ¡Sí, sí!... ¡Era la mujer con la que él había soñado!... Era la mujer-niña: pura, virgen de cuerpo y de alma... ¡Santa!... Pero... precisamente por eso: porque era distinta a todas las demás mujeres que él había tratado, consideraba más difícil vencer en aquella lucha que estaba a punto de comenzar. El, ni en su actitud —de una aparente y absoluta indiferencia—, ni en sus conversaciones con todos, hasta entonces de una inocente e ingenua vulgaridad, había hecho otra cosa que hacerse grato a toda la familia. Casi siempre, el tema principal de las charlas, tanto con doña Caridad y Fuensanta como con don Orencio —que había ido varios días a pasar la tarde en "Los Molinos"—, don Fermín y don Cayetano, era el de los viajes. Usos y costumbres de los diversos pueblos que él había recorrido; unas veces, obligado por los negocios; otras, por gusto. Y como tenía una gran facilidad de palabra, ademanes muy elegantes y una voz dulce y pastosa, grata al oído, las mujeres, los

sacerdotes y el médico pasaban las horas y las horas oyéndole hablar.

Se había captado la simpatía y el afecto de todos. Además, como en su opulencia se mostraba sencillo y generoso al mismo tiempo, la servidumbre —Encarnación, Bartolo y su mujer y *Bo-canegra*— estaban “chiflados” con aquel santo..., que, por mediación de Leal, con orden expresa de que no se enterasen los señores, había repartido unos cuantos cientos de pesetas, que estaban produciendo los saludables efectos de un riego fertilizador en los corazones de los criados... Suele dar buen resultado siempre la adoración que se empieza por la peana...

El experto, a medida que iba avanzando en su convalecencia, por un lado, y en la captación de voluntades por el otro, desarrollaba el plan de ataque que se había trazado desde el momento en que la pasión por “la santa” había anidado en su pecho. Escalonaba la acción, como un gran estrategia, cubriendo todos los sectores por los que “el enemigo” pudiese avanzar y derrotarle... A doña Caridad, a Fuensanta y a don Orencio los tenía ya dominados, porque se había suscrito con cinco mil pesetas para completar la hermosa obra de reconstruir la famosa capilla del convento, que, por lo visto, se tragaba el dinero a manos llenas... Al buenísimo de don Cayetano le había dominado elogiando sus proezas en el ejército carlista y jugando con el viejo capellán partidas interminables de ajedrez. Y a don Fermín, “su salvador”, como Angel le llamaba, le había pagado una cuenta que superaba con creces a lo que el médico solía recaudar por todo el trabajo de un año. Además, todo eso lo hacía con tanta sencillez, con una “desimportancia” tan grande, que producía constantemente un coro de alabanzas. Luego, cuando todos los días, por la mañana, iba Leal en el auto —ya reparado— a buscar a Pamplona los telegramas, las cartas y los periódicos que enviaban a Angel, de París, aquel enorme montón de correspondencia producía efectos de asombro entre los habitantes de “Los Molinos”. Angel, después de leer la correspondencia y de redactar algún telegrama para sus apoderados de París o de Méjico, lo encerraba todo en grandes carpetas que llevaba dispuestas al efecto en una de las maletas del auto.

En el baúl porta-equipaje del “seis cilindros”

Hispano había cuatro grandes maletas. Una que llevaba toda la ropa interior. Otra que iba llena de trajes y gabanes de calle. La tercera, que era la dedicada a la ropa de etiqueta, y la última, la “maleta-despacho”, en la que se encontraba la pequeña máquina Underwood de viaje, papel, sobres, carpetas, clasificadores, plumas, lápices... Y el “equipo espiritual”, es decir, las novelas.

Aquellas cuatro maletas, tan bien dispuestas, tan ordenadas y tan completas, habían llamado poderosamente la atención en la casa el día que Leal las trasladó desde el auto al cuarto ocupado por el herido. Cada una de ellas parecía un pequeño bazar, en el que no faltaba nada. “Indudablemente, aquel señor era un hombre de espíritu fino y costumbres aristocráticas, que sabía vivir...”

Y Angel sonreía cuando, sin buscarlo, oía algún elogio a su persona, a su conducta o a su posición social. Había hecho un detenido estudio psicológico de cada uno y de todos los habitantes de “Los Molinos”. Llevaba quince días entre ellos y ya los conocía a todos como si hubiera vivido allí desde su infancia... Eran, en el fondo, buenas personas. Muy apegadas a sus tradiciones y a sus creencias. Tenían un concepto equivocado de la vida, pero sin maldad... A Angel le hacían el efecto de que vivían fuera del mundo; en una isla en la que no se conocía la electricidad, ni el ferrocarril, ni el teléfono y el telégrafo, ni la imprenta, ni ninguno de los elementos que ahora son indispensables para vivir... Que todos los demás fuesen así, no tenía importancia... Pero que “ella”, con sus veinticinco años y su belleza extraordinaria, fuese a enterrarse en vida en el claustro de un convento, no podía ser...

Se acercó a la “perezosa” don Cayetano:

—Buenos días, mi señor don Angel.

—Buenos días tenga usted, padre Cayetano.

—¿Cómo va esa rodilla?

—Sin querer mejorar muy a prisa. Esta mañana, cuando me hizo la cura don Fermín, aún supuraba un poco la herida; pero presenta buen aspecto... Todo es un problema de paciencia... Hay que esperar... No se puede ir con precipitaciones, que muchas veces resultan contraproducentes... Hay cosas en la vida que, por mucho que se deseen, o quizá por eso mismo, antes de conseguir las, hay que dar lugar a que estén en su punto...

—Tiene usted razón, don Angel. Pero no todo

el mundo piensa así. Claro es que no todo el mundo tiene el talento, la comprensión y, sobre todo, la fuerza de voluntad que usted tiene... Otro cualquiera, sin medir las consecuencias, ya habría comenzado a querer andar y correr. Y, claro, tardaría en curar mucho más que usted tarda. La impaciencia malogra muchas veces cosas que, sin precipitaciones, llegan por sus pasos contados...

—“¡Ojalá!” —pensó Angel.

—Por cierto —añadió el viejo capellán— que esta mañana, hablando con Leal, mientras esperaba que saliese don Fermín de curarle a usted, para llevar al médico a Pamplona, me ha dicho una cosa que me ha dejado atónito; con los pocos pelos que me quedan, en punta... Me ha dicho que, al entrar en el taller de reparaciones el auto para ponerle nuevo el faro derecho y el parabrisas, el reloj contador de velocidades estaba parado en el 110. Lo que quiere decir que iban ustedes, al chocar con el árbol de la carretera, a ciento diez kilómetros por hora... Y eso, mi querido don Angel, es una enormidad; es querer jugar con la muerte... Supongo que la lección recibida le servirá de provecho...

—¿Quién sabe!... Además, la vida es una cadena interminable de compensaciones... Detrás de cada hecho o suceso desgraciado suele venir siempre la compensación. Al menos, a mí me ha sucedido muchas veces así. Ahora mismo, si no se produce el choque, no hubiese tenido el gusto y la satisfacción de conocerles a ustedes... Y bien vale la pena, a cambio de eso, de haberme abierto la cabeza y herido en la rodilla...

—Muchas gracias, don Angel, por la pequeña parte que me corresponde en la lisonja; pero, ¡caramba!..., podía usted habernos conocido, y nosotros a usted, por otro motivo: por falta de gasolina, por un vahido sin importancia... ¡Qué sé yo!...

Y se acercaron con sus bolsas de labor doña Caridad y Fuensanta.

—Anoche, después de cenar —dijo doña Caridad—, nos dejó usted pendientes, don Angel, de la historia de Leal y de cómo le había conocido... Nosotros estamos asombrados; no es posible que exista sobre la tierra un caso de fidelidad y de cariño al amo como el de ese hombre... Usted no tiene idea de lo que ha sufrido hasta saber que estaba usted fuera de peligro y de que Dios le

había salvado. Durante los dos primeros días ni comió ni durmió. No hacía nada más que tener la mirada fija en usted y en completar las ideas y las observaciones de don Fermín. Don Fermín dice que es un practicante magnífico. Que sabe mucho más que muchos médicos... Extraordinario. Es un caso extraordinario... Y luego, tan respetuoso, tan atento, tan bien educado. Siempre en su puesto. No habla nunca nada más que lo justo. Cuando se le pregunta... En fin, un criado modelo. Por eso me interesa tanto —sobre todo desde lo que dijo usted anoche— conocer la historia de Leal, porque debe ser algo muy interesante. Un servidor así, no hay dinero con qué pagarlo. Un caso de lealtad y de fidelidad como el suyo es cosa desconocida en estos tiempos de perversión y de desquiciamiento social... ¡Dichosos bolcheviquismos!...

—Pues ya ve usted, señora —respondió Angel—: a ese hombre, a ese conjunto de perfeccionamientos y de bondades, que a todos ustedes ha causado tan buen efecto, y eso que no le conocen aún bien, que no saben hasta dónde llega en su honradez, en su amor al trabajo y en su lealtad..., le conocí en la cárcel..., pocos meses después de haber matado a un hombre...

—¡Jesús! ¡Qué horror! —exclamaron las dos mujeres, y se santiguaron.

—Sí... Parece mentira, ¿verdad?... Pues es cierto. Verán ustedes: fué en Méjico. Este hombre estaba al servicio de un rico propietario, excelente persona, que vivía en una pequeña ciudad del interior con su señora y sus hijos, una colección de niños de corta edad. El entonces amo de Leal, aparte de ser uno de los más ricos hacendados de la comarca, ejercía las funciones de alcalde en la pequeña ciudad mejicana, y lo hacía a plena satisfacción de todas las clases sociales. Sólo una persona, ¡una sola!, estaba en contra de él: otro rico establecido en la misma ciudad y dedicado, como el alcalde, al negocio en grande escala de almacenista de víveres. No se sabe si por competencias de profesión, o porque el otro comerciante quiso, en cierta ocasión, disputar la vara de alcalde al amo de Leal, es lo cierto que entre los dos comerciantes existía una gran tirantez de relaciones, y que el enemigo del alcalde no desperdiciaba ocasión de molestarle, zaherirle y buscar pretexto para desprestigiar su autoridad. El al-

calde era un hombre bueno, dulce, cándido. Una excelente persona, que no pensaba nada más que en trabajar y en hacer feliz a su esposa y a sus hijitos, a todos los cuales adoraba. Y, en cambio, su adversario era un hombre duro, bravucón, pendenciero..., que tenía atemorizada a toda su familia y a cuantos tenían la desgracia de caer bajo su férula. Era un malvado, un mal hombre. Un día..., para desprestigiar al alcalde, cosa que era su única obsesión, cruzó de acera a acera de la calle donde tenía su almacén un carro con una reata de siete caballos. Claro, interrumpió el paso de la calle; y ante las protestas de los transeúntes, los guardias municipales ordenaron al mal intencionado que cambiase la posición del carro. Se insolentó, insultó a los guardias y comenzó a lanzar injurias de todas clases... Los guardias le impusieron una multa, y entonces, el comerciante, fuera de sí, más altivo y más agresivo que nunca, se fué a buscar al alcalde, que no conocía aún nada de lo ocurrido. Lo insultó, lo apostrofó y, por último, delante de cuantas personas estaban rodeándole, le dijo: "Aquí delante de todos, le emplazo a usted para esta noche. A las nueve, cuando esté usted jugando en el Casino al tresillo, entraré en la sala y le escupiré a la cara..."

Dió media vuelta y se fué.

Todos aconsejaron al alcalde que no fuese aquella noche al Casino, porque todos tenían el convencimiento de que el matón cumpliría al pie de la letra su amenaza. El pobre alcalde no sabía qué hacer: luchaba entre el temor de que su autoridad quedase deshecha cuando se supiera que no había acudido al Casino, al que no faltaba nunca, y entre el miedo de que "aquel hombre" le insultase e incluso le pegase delante de todo el mundo...

Ordenar su detención, basada sólo en una amenaza, era aún peor: era una prueba de cobardía... Y aquel hombre, bueno, recto y honrado, amantísimo padre de familia, incapaz de producir el menor daño a nadie, salió de su casa, como todas las noches; mejor dicho, como todas, no... ¡Sólo Dios sabía lo que le iba a suceder en el Casino!... Y besó, al marchar, mucho más intensamente, a su mujer y a sus hijos...

Doña Caridad, Fuensanta y el padre Cayetano casi no respiraban, pendientes de los labios de Angel. Al auditorio se habían unido Encarnación y

Bartolo, que abrían más los ojos que de costumbre para no perder detalle de la interesante historia. Angel prosiguió:

—Llegó el alcalde al Casino, como todas las noches, aparentando una tranquilidad y una indiferencia que el pobre hombre estaba muy lejos de sentir; se puso a jugar al tresillo con sus habituales contertulios. No veía las cartas... Estaba enfermo. Las gentes, siempre propicias a ver los toros desde la barrera, infiltradas de ese espíritu morboso que busca emociones fuertes y motivos de comentario, sobre todo en ciudades pequeñas, en las que nada pasa, y en las que, de lo poco que pasa, son todos actores, esperaban con impaciencia malsana a ver si cumplía su "altiva" promesa el bravucón.

El reloj del Ayuntamiento dió las nueve campanadas en medio de la soledad de la plaza y del silencio solemne de la noche. Aquellas nueve campanadas debieron sonar dentro del corazón del alcalde como suena la tierra apelotonada sobre la caja de un muerto, cuando lo entierran. Se abrió la mampara de la sala del tresillo, y en el dintel de la puerta apareció la figura gallarda, brava y retadora del matón. Estaba sonriente. Se dirigió a la mesa donde jugaba el alcalde, y dándole una palmada en el hombro le dijo, mientras le guiñaba un ojo maliciosamente: "Aquí delante de todos, me da vergüenza pegarle a usted... Salga a la calle, que en ella le voy a patear por cobarde... ¡Gallina!..."

Y en medio de la pasividad, de la indiferencia y de la cobardía —¡aquéllos sí que eran cobardes!— de más de cincuenta hombres, el bravucón cogió por la solapa de la americana al alcalde y, casi arrastrándolo, lo sacó a la puerta del Casino, y ya en la plaza, comenzó a abofetearle con una saña, con una dureza y con una persistencia salvajes.

En uno de los zarandeos, el pobre alcalde hizo ademán de devolver uno de los muchos puñetazos que recibía... Entonces, el canalla sacó su pistola... Sonó un tiro... Pero el tiro no había salido de la pistola del matón... Había salido de la pistola de Leal, que al ver en peligro de una muerte segura a su amo, cerró los ojos y disparó sobre el malvado. No quería matarle; pero la desgracia hizo que aquel hombre no pudiese articular ni una palabra. Estaba muerto.

Leal fué encarcelado y perseguido cruelmente por la familia del muerto, que tenía mucho dinero y muchas influencias.

Entonces, cuando Leal estaba en la cárcel, en prisión preventiva, fué cuando yo le conocí. Había yo ido a recomendar al director a un muchachillo que estuvo detenido dos días por haberse peleado con la novia... Y el director de la cárcel, que era una bellísima persona, me contó la historia de Leal. Me interesó. Quise que me lo presentase, y, después de hablar con él, al salir, me preguntó el director qué me había parecido. "Un santo", fué mi única respuesta. En la cárcel estaba Leal, por su buena conducta, como podría haber estado en su casa. Le habían encargado de la enfermería; y el médico me dijo que, por su gusto, haría que le condenasen a cadena perpetua... ¡Para no separarse nunca de él!...

Tuvo lugar, al año, la vista del juicio, y, a pesar de todos los esfuerzos, de las coacciones y del dineral que puso en juego la familia del muerto, sólo condenaron a Leal a dos años de prisión correccional. La pena mínima, pues aunque el Jurado le absolvió, el Tribunal de Derecho no creyó "prudente" ponerle en la calle...

Durante el juicio hubo dos notas que emocionaron profundamente al público, numerosísimo, que asistía a las sesiones. Una la dió Leal cuando, al final de su declaración, dijo: "Y cien veces que me encontrase en el caso de ver en peligro de muerte al que me da el pan y el trabajo, cien veces haría lo mismo..." Otra la di yo, que pedí la palabra y dije: "Señor presidente, señores jurados: yo no sé si a este hombre se le va a condenar o se le va a absolver. Yo lo que digo aquí, en este para él fundamental instante, es que, cuando salga de la cárcel, dentro de una hora o de treinta años, si yo vivo y él quiere, le pondré a mi lado, y a mi lado estará hasta que uno de los dos cerremos los ojos... Por desgracia, hombres como éste hay pocos en el mundo... Y hay que aprovecharse..."

Leal salió de presidio a los dos años. Durante ellos, yo no dejé de ir a verle ni una sola semana. Al salir, ya cumplido, se puso a mi lado. Y ahí está desde hace ya bastantes años. Como siempre: bueno, trabajador, honrado... Leal...

Guardaron todos silencio, durante unos minutos. Después preguntó Fuensanta:

—¿Y cómo es que el amo de Leal no insistió en quedarse con él, después de una prueba como la que había recibido de su criado?...

—El pobre hombre murió, del disgusto, a los pocos meses de ocurrir el suceso. Ya ven ustedes cómo se puede matar a un hombre, se puede ser... criminal y, sin embargo, se puede ser honrado, trabajador y buena persona. ¡Cuántos desgraciados habrá rodando por los presidios, que serán tan buenos y dignos como Leal!... Lo que sucede es que ellos no han encontrado en su camino una persona que haya sabido separar el "delito" oficial del "deber moral" de matar...

—¡Oh! ¡No! ¡Don Angel! —exclamó, indignada, doña Caridad—. ¡A matar nadie tiene derecho, ni puede nunca imponérsele el deber...!

—¿Y el verdugo?

—No es el verdugo el que mata. Es Dios... Es la ley...

—Pero la ley, ¿quién la ha hecho?

—La sociedad, en uso de un elemental derecho de defensa...

—Y... ¿qué es la sociedad?

—La reunión de todas las personas que se rigen por los mismos derechos, deberes y costumbres... Que se rige, sobre todo, por el santo temor a Dios...

—Yo creía que a Dios sólo se le amaba...

Hubo una larga pausa. Angel, para cambiar de conversación y postura, se sentó en la "perezosa" con las piernas en recto. La historia de Leal había impresionado mucho a todos. En el ingenuo y puro espíritu de Fuensanta, la impresión había sido más fuerte, más intensa. ¡Estaba tan lejos de su concepción de la vida lo que había explicado "don Angel", que una congoja y una depresión nerviosa enormes invadieron todo su sér!... Entonces sintió con más fuerza que nunca el deseo de profesar y hacerse monja, de abandonar un mundo en el que podían ocurrir y ocurrían tales cosas... Parecía que desde la noche en que entraron en "Los Molinos" don Angel y su chófer sentía mayor adversidad por las cosas de la tierra... Había reconcentrado aún más —si ello podía ser— su espíritu y su corazón en el amor a Dios. Parecía también que una voz interior y oculta le decía: "He ahí al enemigo... He ahí el diablo convertido en un hombre guapo, gallardo y atra-yente..." No la inspiraba ningún sentimiento hu-

mano el señor aquél. Le había curado, le había ayudado a sentarse y a levantarse, le daba de comer por un sentimiento que creía impuesto por Dios. ¿No lo hacían así las hermanas de la Caridad?... ¿No lo hacían así todas las monjas dedicadas a cuidar enfermos, heridos e inútiles?...

V

—Se acerca el día—dijo el experto lanzando una sonda en el espíritu de sus oyentes—en que tendré la desgracia de abandonarles... Aunque esta maldita rodilla cura mucho más despacio que la cabeza, no creo que sea ya cuestión de mucho tiempo. Me llaman de París los asuntos. Yo pensaba, cuando salí de allí, pasarme tres o cuatro semanas de vacaciones recorriendo España, admirando su cielo incomparable, sus bellezas artísticas y la bondad de nuestros compatriotas; pero el Destino ha querido, por algo será..., que todo ese tiempo lo pase con ustedes... y que desde aquí marche a cruzar la frontera. Este mes escaso que habré permanecido en "Los Molinos" no se borrará nunca de mi imaginación... ¡Han sido ustedes todos conmigo tan buenos! Me han tratado con tanto cariño, que he encontrado aquí, en este paraíso, en este oasis, un remanso de quietud y de reposo espiritual, que era muy necesario a mi organismo y a mi alma... Yo, en medio de mi actual opulencia y de mi gran fortuna, voy por el mundo como un peregrino errante... Sin guía y sin objeto... Mi alma, huérfana de todo cariño sincero, vaga por el espacio. No tengo familia.. No la he tenido nunca...

—¿Y sus padres?... ¿Murieron siendo usted pequeño?—preguntó doña Caridad—. Pero ¿no le quedaron otros parientes? ¿Y su patrimonio?...

—Es verdad; no les había aún contado a ustedes mi historia... Quería estar completamente bien de la cabeza. Quería aprovechar para ello un momento como éste: sereno, apacible, risueño... En el que estuviésemos todos reunidos... En el que el aroma de estas flores que nos rodean, el trinar de esos pajarillos que saltan alegres sobre las ramas de los árboles y el rumor del arroyuelo sobre cuyo limpio fondo corre el agua, sirviesen de dulce melodía al relato de mi vida, llena de amarguras y de tristezas, en los primeros años, en los de la niñez; de peligros y sobresaltos en la ju-

ventud; y de bienestar, pero de abandono espiritual, ahora que soy rico y poderoso... "Creo" que nací en Madrid... Por lo menos, cuando hacía unas horas de mi nacimiento, me depositaron, metido en una cesta, en el torno de la Inclusa de Madrid... Estaba desnudo, envuelto en un mantón de Manila... A mi lado, en el cesto, había un sobre. Dentro de él, una pequeña cantidad en billetes: mil pesetas. En el sobre sólo estaban escritas estas dos palabras: "Angel Calle". Nada más... Ese sobre, que conservo, que no me ha abandonado nunca, es mi árbol genealógico, es mi ejecutoria; el humilde pergamino donde ha quedado grabado, para siempre, la terrible interrogante de mi origen... ¿Quiénes fueron mis predecesores, mis antepasados, mis padres?... Esa humillante incógnita me acompañará al sepulcro, por muchos años que viva.

De la Inclusa, me trasladaron al Hospicio, y en él comencé a darme cuenta de mi existencia. Hasta entonces, en realidad, no tenía noticias de que hubiese más mundo ni más vida que la que se hacía en aquellos sucios y destaralados corredores del viejo caserón de la calle de Fuencarral...

Desde niño, cuando apenas tenía siete años, me di cuenta de que la vida no es más que una cadena sin fin, llena de luchas y de afanes... Una cadena en la que cada eslabón es una amargura, un desengaño o un dolor... Claro es que mi pensamiento no concretaba, aun así, las ideas, pero "presentía" todo eso; y me aficioné al estudio tanto, que mis camaradas, cuando salían al "recreo", y yo me quedaba leyendo o perfeccionando la letra, se decían unos a otros: "¡Dejadle!... ¡Que cree que ha nacido para sabio!..." Y así me llamaban de apodo: *el Sabio*. Fui creciendo y fui estudiando; aprendiendo lo que podía. Cada día se fué desarrollando con más fuerza en mí el amor al estudio y al trabajo. Quisieron en el Hospicio que aprendiese el oficio de mecánico. Allí no se enseñan carreras, se enseñan oficios... Y lo aprendí; pero los ratos en que me dejaba libre el taller, los empleaba en estudiar, en leer, en hacer cuentas... Tuve desde el principio una inclinación manifiesta a la Aritmética, a la Geometría y a la Geografía... Después, andando los años, he podido comprobar que esa predisposición estaba justificada.

Cuando tenía dieciséis años, me tocó, como

tantas otras veces, "ir de turno" con otros compañeros, al sorteo de la lotería, a la Casa de la Moneda. Era el sorteo de Navidad. A mí me correspondió la sección del bombo de los premios, y fui el que canté el gordo... ¡Si ustedes hubiesen visto con la alegría que lo canté!... Cuando cogí la bolita con dos dedos y leí la enorme cifra que representaba el primer premio, un temblor muy grande invadió todo mi cuerpo. ¡Cómo lo recuerdo! ¡Como si fuese ahora! Casi no podía hablar; la voz no me salía de la boca. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, canté: "¡Tres millones de pesetas!..." Un prolongado murmullo, seguido de risas y de algazara, recorrió la sala donde se celebraba el acto. Mi retrato lo publicaron todos los periódicos...

A los pocos días me dijeron en el Hospicio que los agraciados con el premio mayor habían entregado, para mí, mil pesetas... "Otras mil pesetas", pensé recordando las que tenía guardadas como única herencia y capital legado de mis mayores... Y en mi cerebro juvenil, pero ya un poco despierto a las vibraciones de la vida, pensé también que eran "más mías", esas mil pesetas que me daban por haber tenido la suerte de cantar el "gordo", que aquellas otras metidas en un sobre y colocadas al lado de mi cuerpecito recién nacido, como se coloca un retrato o una reliquia dentro del ataúd de un muerto, para que permanezcan eternamente al lado de los restos que se pudren... Aquellas últimas mil pesetas eran "mías", ganadas por mí; dadas a mí en premio a algo que "yo" había hecho; que dependía de mí... Las "otras" no eran mías, no tenían ningún signo, señal ni comprobante de que fuesen mías... Y, desde el primer instante, concebí la idea de rechazar la cifra que me había acompañado en la cesta la noche que me dejaron en el torno de la Inclusa. Pero, cuando me llamó el Director del Hospicio para hacerme saber que habían entregado para mí las mil pesetas del premio, en seguida se planteó en mi espíritu un dilema horrible: se juntarían las dos cantidades, y, por tanto, yo no sabría nunca—otra incógnita espantosa—cuál era la mía..., o tenía que apoderarme en seguida, en el acto, de "mis" mil pesetas, de las que yo había ganado...

Explicué mi problema espiritual al Director, y aquel pobre hombre, vulgarote, zafio y grotesca-

mente severo, se echó a reír y me dijo: "Anda, mocoso, tú qué sabes de esas cosas... Sal de aquí..." Y salí. Salí corriendo con "mi" billete de mil pesetas, en la mano, arrancado de las manos del Director.

No cesé en mi desorientada y veloz carrera por las calles de Madrid, hasta que me faltaron las fuerzas, y la fatiga y el cansancio me obligaron a ello. Estaba muy lejos del Hospicio, cerca de Vallecas. Me senté en un guardacantón. El corazón me daba unos saltos tan grandes dentro del pecho, que me ahogaba. Allí estuve cerca de dos horas. Guardé el billete, "mi" billete, en el bolsillo de la blusa, y emprendí el regreso hacia el centro, poco a poco. Cuando llegué a la Puerta del Sol caía la tarde.

Estuve en Madrid sólo veinticuatro horas. Tenía miedo de que la Policía me buscara y me detuviese. Tomé un billete de tercera para Santander, y en la hermosa ciudad montañesa, a los pocos días, me embarqué en un vapor de carga que rendía viaje en Liverpool... Me enrolé como grumete y guardé las novecientas pesetas que me restaban de capital...

En el vapor estuve sólo unos meses, hasta que tocó en Méjico. Desembarqué en la capital americana y comencé a buscar trabajo por despachos y establecimientos. Pasé muchos días sin encontrarlo; casi un mes. Por fin, un día, me admitieron para hacer recados, fregar las lunas de los escaparates y llevar la comida al encargado, en un gran establecimiento de comestibles. Allí ya comencé a saber algo acerca del ejercicio de la autoridad y de la honradez. Aquel encargado, que era un borracho, un jugador y un degenerado, que a la vista de todos robaba diariamente cientos de pesos al propietario del gran almacén, para atemorizar al personal y que nadie pudiese cometer el acto de "indisciplina" o "deslealtad" de denunciarle al dueño, pegaba brutalmente a todos con el más insignificante pretexto. Pues bien, cuando murió el amo del almacén, dejó a la viuda desheredada y, en cambio, su fortuna íntegra al encargado...

A los veinte años, yo, restando horas al descanso, había aprendido francés e inglés, contabilidad por partida doble y tenía nociones generales de bastantes cosas. Conseguí entrar de escribiente en la Secretaría general de una importante

Sociedad de minas. Logré, a fuerza de estudio, de asiduidad y de trabajar mucho, llamar la atención del Secretario general de la Sociedad. En premio a mi conducta, me llevó a su lado, como secretario particular o auxiliar y colaborador directo. Aquello produjo una verdadera revolución en el resto del personal. Era imposible que "un mocoso" con veintidós años de edad y uno de trabajo en las oficinas, ocupase ya un destino importante... ¡Si había hombres con canas que llevaban treinta años en la Sociedad y cobraban de sueldo la mitad que "el niño prodigio"!... El niño prodigio era yo...

La lucha sorda, de chismes, cuentos y calumnias contra mí, se hizo formidable. No me dejaban vivir. Me hacían la vida imposible. Claro es que, delante de mí, aquellos desgraciados—porque en el fondo no eran otra cosa—no decían nada. Incluso me saludaban con afecto. Pero, en cuanto yo volvía la espalda, no me dejaban hueso sano... Ellos no comprendían que mientras pasaban las horas muertas, esperando que diese la de salir, yo no levantaba cabeza de mi mesa; que mientras ellos se iban de paseo, yo continuaba trabajando, y que durante las horas que dedicaban a divertirse o a dormir, yo seguía estudiando y aprendiendo. Recuerdo que la familia con la que yo vivía de huésped, me puso un sobreprecio por la cantidad de electricidad que consumía. Casi siempre dejaba el libro o los apuntes cuando la luz del día me llamaba a la realidad... Entonces, cansado, deshecho, casi sin ánimos para desnudarme, me acostaba y dormía dos o tres horas, pues a las ocho ya estaba en pie, para llegar al despacho antes de las nueve...

Aquella fiebre por aprender, por estudiar y por trabajar, no me aniquilaba tanto como la lucha que sostenía con mis "queridos compañeros" de oficina. Un día, el que por casualidad era aniversario de mi nacimiento... Bueno, aniversario de mi entrada en la Inclusa; el día que cumplí los veintidós años, me presenté al Director de la Sociedad y le dije que me iba, que presentaba la renuncia de mi cargo. No podía más... No servía para luchar con los intrigantes. El Director se quedó asombrado. Trató por todos los medios de averiguar el motivo que tenía yo para abandonar un porvenir y un presente tan brillantes... No quise decirle la verdad, porque pensé que de-

círselo era, al mismo tiempo, hacer de delator. Además, podía ser el causante de que a varios hombres se les quitase el único medio que tenían de ganarse la vida...

A medida que yo apuntaba excusas, el Director comprendía mejor que eran pretextos sin ninguna aproximación a la verdad. Me ofreció aumento de sueldo y de categoría...

Por fin, me dijo:

—Pues si es verdad eso que usted dice, que el motivo de marcharse no se basa en nada que afecte a la Sociedad ni a mí, y puesto que usted, en los dos años que lleva con nosotros, ha demostrado excelentes condiciones de inteligencia, honradez y amor al trabajo, ahora voy a poner a prueba, si usted acepta, una nueva condición que usted no ha tenido ocasión de demostrar aún, y que, por lo tanto, ignoro si la tiene: la de la energía... Como usted sabe por la correspondencia, en la mina *La Estrella* acaba de morir asesinado por aquellas fieras el capataz. Con éste son cuatro los que van muertos desde año y medio... Si quiere usted "de verdad" hacerse una posición en pocos años, y si tiene usted la suerte de que no le maten, por la Sociedad y por mí, "encantados"... Pida sueldo y condiciones. Aceptado desde luego, todo, sin conocer sus pretensiones...

Ya comprenderán ustedes que cuando se me ofrecía el cargo de esa manera tan liberal, tan generosa y tan espontánea, el destino era algo así como firmar la sentencia de muerte para un plazo relativamente corto. Acepté. Prefería la lucha a tiros, a pecho descubierto, que la de "encrucijada" entre los despachos y los corredores de las oficinas. Además, mi temperamento, mi carácter y el concepto que yo siempre he tenido de la libertad y de la independencia, me hacían ver con buenos ojos aquella nueva posición que se me ofrecía. Yo respeto a todo el mundo y me inclino ante todas las ideas, aunque no las comparto; pero he tenido siempre un gesto de conmiseración para esas personas que nacen, viven y mueren con arreglo a un patrón fijo, sometidas a un reglamento, cuyo primer artículo está escrito en la cuna y el último les sirve de epitafio. Me han producido pena. Han pasado por la vida en una forma suave, imperceptible, sin emociones... Primero el colegio, luego el Instituto, más tarde la oficina... Y ya, después, un año y otro año, hasta se-

senta y cinco o setenta, levantándose a las ocho, comiendo a las dos y tomando el café en la misma mesa toda la vida. Un día, en la tertulia del café, falta "don Fulano"; pasan diez o doce días y, al final, la noticia sin sorpresa, como la cosa más natural del mundo: "Don Fulano" ha muerto... ¡Era tan viejo!... Y nada más... Aquel hombre ha pasado por la vida sin vivirla, sin dejar el más pequeño rastro de su existencia, tranquila, reposada, insípida... No. Yo no era así... Yo había nacido para algo más: O César o nada... Y abandoné la capital, contento y satisfecho.

La mina estaba muy lejos. Cerca de veinticuatro horas de tren hasta la estación más próxima. Después, diez horas más a caballo...

En la estación me esperaba un muchacho con los caballos. Me lo advirtió mientras recorríamos atajos, montañas y bosques: "La gente de la mina estaba revolucionada. Eran muchos los descontentos de la Sociedad. Cobraban poco y trabajaban como bestias... Esperaban mi llegada para plantearme la cuestión..."

Parece que estoy viendo la escena de mi llegada a la mina, mejor dicho, al poblado constituido por los barracones y las casuchas de madera que estaban diseminadas por los alrededores. Caía la tarde, y al remontar una pequeña loma sobre la que se dominaba, a unos diez metros de altura, la planicie donde estaban las casas, me encontré con un enorme grupo constituido por más de cuatro mil hombres. ¡Qué caras! ¡Qué aspectos!... ¡El hambre, la rudeza del trabajo y el cansancio, habían dejado hondas huellas en los rostros desencajados, cadavéricos, de aquellos parias!... Desde mi caballo, sin apear me siquiera, les dirigí la palabra... El cuadro, en medio de lo trágico, era de una grandeza romana... Julio César, arengando al pueblo, no habría tenido seguramente un momento más sublime en su vida... Entonces, yo que hablaba en público por primera vez, comprendí que mi sino no era el de dirigido, sino el de director... Mis palabras calmaron y tranquilizaron a aquellos pobres hombres, que se disolvieron, marchando los unos a la mina y los otros a echarse sobre los camastros de paja y arpillera que les servían de lecho. Y al día siguiente comenzó para mí una nueva vida en la que, si bien es verdad que corría riesgos y pasaba zozobras, también es cierto que llenaba mi alma de opti-

mismo y abría, o al menos así me lo pareció a mí, un gran porvenir a mis ambiciones.

A fuerza de amor, por un lado, y de energía, por el otro, logré que aquellas gentes trabajasen bien. Organicé servicios, reorganicé los turnos de trabajo, logré que los cantineros robasen menos... y conseguí que la Sociedad aumentase un poco los jornales y disminuyese la jornada. Y todo lo hice yo solo, sin auxilio ni consejo de nadie, porque el Ingeniero Director de la mina había huido con su familia cuando mataron a mi antecesor. Aquel puesto, vacante por el miedo y la falta de condiciones para regirlo, tenía que ser para mí... Para algo llevaba yo dos años estudiando la carrera de ingeniero con notas brillantísimas, los dos años que estuve de burócrata en la capital. Pero ¿cómo seguir estudiando en la mina?... ¡Con el trabajo y la responsabilidad que tenía, y la constante actividad a que me obligaba mi cargo de capataz!

Cuando se tienen veintidós años, un organismo de hierro y muchas ambiciones, todos los problemas se resuelven fácilmente. Estudiaba—lo mismo que en la capital—cuando debía descansar... Restándole horas al sueño y al reposo. Y ya ven ustedes lo que son las cosas: eso de que yo estuviese levantado hasta altas horas de la madrugada, me dio fama de hombre recto, trabajador y valiente. Entre aquellas pobres bestias que, para hacer el relevo del turno de la madrugada, pasaban por delante de la ventana de mi cuarto, a través de cuyos visillos se me veía perfectamente, era una prueba de valentía estar allí, tranquilo, bañado de luz y a merced de que "uno", uno cualquiera, protegido por la oscuridad de la noche, me dejase muerto en medio de la mayor impunidad. A los otros capataces, que tomaron todas las precauciones y que eran hombres de "pelo en pecho", los habían matado... Sin embargo, mi juventud—¡divino tesoro!—, mi desaprensión y mi simpatía—perdonen ustedes la inmodestia a cambio de una lisonja a dieciséis años fecha—hicieron que aquellas gentes me respetasen...

Una vez al año, en la época de los exámenes, me trasladaba a la capital, aprobaba mis asignaturas, y, de paso, daba cuenta al Consejo de Administración y al Director de la Compañía de los diversos asuntos pendientes y de la marcha de la mina. Cada año me volvía a *La Estrella* con un

aumento de sueldo, con más bríos y con nuevas energías para seguir luchando, trabajando y estudiando...

Por fin, a los tres años y después de unos exámenes realmente terribles, por lo duros, conseguí el ansiado título de ingeniero, y con él, el nombramiento de Director de la mina... Aquella vez, al regresar, encontré a la gente un poco revuelta. Había habido una colisión entre los dos grupos en que se había dividido el personal. Un grupo lo constituían los españoles y el otro los italianos... Reuní a todos. Les hice un discurso: el discurso número dos mil y tantos de los que les había hecho en los tres años que había sido capataz. Y al final, les dije que era el Ingeniero Director de la mina y que esperaba de todos una mayor consideración, un mayor afecto y una mayor adhesión a mi persona para que todo ello me proporcionase la satisfacción de poder ser de Director lo que había sido de capataz: más que un jefe, un camarada y un hermano de lucha y de trabajo... Causaron mis palabras, en general, buenísima impresión. La mayoría me aplaudió y me vitoreó con entusiasmo; sólo un pequeño grupo constituido por diez o doce italianos, se mostró hostil y profirió palabras que no pude oír, porque las habían ahogado los aplausos de la mayoría, pero que yo sospeché que eran contrarias a mí por el gesto y la actitud de los que las habían pronunciado. No existía más remedio: era imprescindible cortar de raíz el mal en su comienzo; era necesario demostrar ante todos, ante los malos y ante los buenos que, además de ser yo el más inteligente, el más culto, el más digno y el Director... era también el más "hombre"... Salté como una fiera de la pequeña tarima desde la que les hablaba; me fui como un rayo hacia el grupo constituido por los protestantes, y delante de los cuatro mil hombres que constituían la población de trabajo de *La Estrella*, cogí por la cabeza al que consideré más caracterizado del grupo y le abofeteé. Le pegué brutalmente, ferozmente... Era para mí aquél un momento decisivo en mi vida. Me lo jugaba todo... Me jugaba mi propia existencia. Un segundo de vacilación o de debilidad me hubiese desprestigiado ante los ojos de aquellos desgraciados, que apoyaban sus querellas, sus disputas y sus reclamaciones, en la punta del cuchillo o en el cañón del revólver...

Mi "gesto" me llenó de fuerza y de prestigio entre todos. Pero *el Tuerto*, el italiano abofeteado, era mala persona y había jurado vengarse... Todos me aconsejaban que tuviese mucho cuidado, que le echase de la mina; que se fuera... Un día, en la cantina, medio borracho, delante de un grupo, *el Tuerto* había dicho que si don Angel, el Director, bajaba a la séptima galería, como bajaba cuando no era nada más que capataz, entonces, "allí solitos los dos", le ajustaría una cuenta... Y la galería estaba a doscientos setenta metros de profundidad y tenía un recorrido de más de un kilómetro.

No tenía más remedio, había que bajar a la séptima galería... Y bajé con el relevo de las cuatro de la madrugada, pretextando una visita de inspección "para ver si alumbraban bien las nuevas linternas que habían enviado de la Dirección general..." Yo no sé si por miedo al *Tuerto* y a su cuadrilla, o porque la amenaza se había olvidado y no creían necesario protegerme, es lo cierto que con el ascensor-montacargas que me dejó en la boca de la séptima galería, volvieron a subir los tres hombres que me acompañaban. Cogí una linterna y eché a andar con paso firme y largo... Pasaron entonces por mi mente los recuerdos de toda mi vida, desde que me di cuenta de mi existencia. Mi vida en el Hospicio, mis meses de grumete, mi estancia de chico de recados en el almacén de comestibles, mi entrada en las oficinas, mis luchas con los empleados, mis noches interminables de estudio, mi nombramiento de capataz, mis discursos, mis zozobras y mis "guapezas" en la mina. Mi nombramiento de Ingeniero Director... Y todo eso se venía entonces abajo... Toda una existencia de honradez, de deberes cumplidos y de amor al prójimo, acabaría allí, a doscientos setenta metros de profundidad, bajo la tierra, y a muchos miles de kilómetros de donde había nacido, de mi patria querida, de mi Madrid de mi alma... Entonces, pensé en mi madre... ¿Quién sería?... ¿Viviría?... ¿Qué estaría haciendo en aquel instante? ¿Se acordaría del hijo que abandonó para siempre?... ¿Cómo podía ella sospechar que aquel niño era nada menos que Ingeniero Director de una mina y que, en aquel momento, se jugaba, por novena o décima vez, la vida?...

Seguí avanzando por la galería, cada vez más baja y más estrecha. No se oía nada. No se veía

nada. Tuve que andar cinco o seis minutos con la cabeza agachada, casi a gatas... Hasta que entré en uno de los grandes huecos que sirven después para cruces de galerías. Allí estaban arrancando tierra y piedras con los picos y las palas tres hombres. Uno de ellos era *el Tuerto*... Mi presencia, solo, en mangas de camisa, sin otra indumentaria que el pantalón y las botas altas, les causó una sorpresa profunda, enorme. Los tres exclamaron como movidos por un resorte: "¡El Director!"...

—El Director, sí—les dije—, que viene a haceros una visita...

Y aquellos hombres se miraron unos a otros de una manera siniestra... Los que trabajaban con *el Tuerto*, eran también italianos, de los del grupo que él capitaneaba. Pretextando que fueran portadores de dos recados a galerías distintas, los ordené marchar de allí. Y nos quedamos solos *el Tuerto* y yo... El italiano seguía dando golpes de pico a la luz de su linterna. La mía, la que yo llevaba, se la había dado a los otros dos hombres, para que cumpliesen mis encargos.

—Deja el trabajo—le dije al *Tuerto*—y acércate... He bajado hasta aquí para demostrarte que soy el mismo de Director que de capataz...

No me dejó concluir la última palabra. Se volvió, y con el pico que empuñaba en sus manazas enormes, hercúleas, me dirigió un golpe a la cabeza, que si me alcanza, no tengo tiempo ni de lanzar el último suspiro... Entonces yo, di un puntapié a la linterna, la metí debajo de un montón de tierra húmeda, y todo quedó en la mayor oscuridad. Me abalancé, a tientas, sobre *el Tuerto*, y entre los dos se entabló una lucha horrible, encarnizada, feroz... No éramos dos hombres... Éramos dos fieras metidas en una jaula, que se mordían, se arañaban y se pegaban con una saña y un coraje realmente salvajes... No proferíamos ni una palabra, ni un grito, ni nada. Nuestra lucha, nuestro "cuerpo a cuerpo" era silencioso, callado, mudo... De vez en cuando retumbaba, en la cavernosa soledad del hueco de la galería, el ruido seco y duro del choque de nuestros cuerpos o de las cabezas de uno de los dos, cuando daban en el suelo... Y volvía un silencio, un silencio profundo y trágico, el silencio de una sepultura... Corría sobre nuestras caras y sobre nuestros pechos una sustancia pegajosa y líquida, que podía

ser: sangre, saliva o lágrimas... O quizá todo ello junto... Rodábamos por el cieno y nos arrancábamos tiras que yo no sabía de una manera exacta si eran de piel o de las camisas... Por fin, una dentellada mía en el cuello, debajo de la mandíbula, inmovilizó al *Tuerto*. Perdí el conocimiento, y cuando lo recobré, a las cuarenta y ocho horas, me encontré en la cama, en la casita de madera donde tenía el despacho de la Dirección y mi domicilio particular.

Me explicaron que un grupo de hombres había entrado en la séptima galería y que me había recogido y conducido con grandes precauciones en una camilla. —¿Y *el Tuerto*?—pregunté—. Y me respondieron que vivía, pero que estaba muy grave. Al cabo de quince días, *el Tuerto* y yo estábamos completamente restablecidos, como si no hubiese ocurrido nada... Le perdoné... Se celebró en mi honor una fiesta: cantos y bailes populares. Y, a la hora del vino, aquellos pobres hombres me pidieron... ¿Qué dirán ustedes que me pidieron como prueba de "confraternidad"?... Que me tatuase... Era costumbre entre ellos cuando salían de algún riesgo grave en el que habían estado a punto de morir, hacerse un tatuaje. "Además—me dijeron al hacerme la petición—, esa señal permanente en su brazo, le servirá de recuerdo toda su vida... Así no podrá olvidar nunca a *La Estrella* ni a los que trabajamos a sus órdenes..." Había tal ternura y tanta emoción en las palabras del que llevaba la voz cantante, que no titubeé: me remangué la manga de la camisa y en medio de un silencio profundo, realmente solemne, otro de los hombres, un verdadero "especialista" en tatuajes... me fué marcando poco a poco, para que quedase bien. Cuando tuve marcada la estrella de ocho puntas, que era lo que podía llamarse el emblema de los que se tatuaban allí y todos daban por terminado el acto y la operación, yo dije: "No; esto no es bastante... La estrella que lleváis vosotros la llevaré yo, pero dentro de un triángulo..." E hice que me lo marcasen también. Con ello quise decirles y ellos lo entendieron perfectamente, que en eso, como en todo, llegaba adonde llegase el más audaz de ellos... y un poco más lejos...

A partir de aquel día, la mina fué una balsa de aceite. Y al cabo de tres meses y de haberme dado unas pruebas de sumisión, de cariño y de

lealtad francamente indudables, nombré capataz... al *Tuerto*... Se lo había ganado...

Sólo fui Director dos años. Cuando acababa de cumplir los veintisiete, descubrí en una zona muy distante a la en que estaba *La Estrella* otra mina. El mineral era riquísimo. Las pruebas fueron magníficas, de un resultado espléndido. La denuncié y me la adjudicaron; y después de un año de dirigir y organizar los trabajos para comenzar la explotación, regresé a la capital, aporté mi mina a la Sociedad, y ésta me eligió Director general y Consejero-delegado... Tenía yo entonces veintiocho años... A los treinta, hice mi primer viaje a España, a Europa. Me tomé seis meses de licencia. Los tenía bien ganados, ¿verdad?...

¡De qué manera tan distinta hice el viaje de vuelta de América! ¡Qué diferencia con el de ida!... Cuando estuvo en mi antecámara de lujo, a bordo, a despedirme el Consejo de Administración en pleno y todo el alto personal de la Compañía, me acordé del día de mi llegada...

Durante los seis meses de mi licencia recorrí casi toda Europa. España en primer término, claro está... Después, Francia, Alemania, Inglaterra, Suiza, Italia, Holanda, Bélgica...

Regresé a América por Nueva York. Allí permanecí una larga temporada, al cabo de la cual fundé un gran Sindicato minero. Dejé la Dirección de la Compañía, que pasó a formar parte del Sindicato y yo a ocupar la presidencia del Consejo de Administración. Ahora son más el ochenta por ciento de las acciones y obligaciones del Sindicato, que tiene su "sede social" en Nueva York, las oficinas de explotación en Méjico y la Delegación de Europa en París.

Y en París vivo desde hace seis años. Cada seis o siete meses hago un viaje a Nueva York, y en seguida que despacho allí los asuntos que requieren mi presencia personal, me vuelvo a París, que tiene multiplicadas por cinco la alegría, la generosidad, la educación, la cordialidad, el acogimiento, la espiritualidad, la grandeza y la belleza de todas esas cualidades características de Berlín, Buenos Aires, Madrid, Bruselas, Viena, Atenas, Nueva York y Londres.

Angel calló. Nadie dijo una sola palabra durante un rato, que duró bastante. Al cabo, doña Caridad, fijando sus ojos en los del convaleciente, rompió el silencio:

—Su vida de usted ha sido dura y llena de peligros; pero Dios le ha recompensado con una gran generosidad... Es usted aún un hombre joven y ya poderoso... ¿Cómo no se ha creado un hogar, una familia?...

—Porque no la he encontrado, señora. Porque he vivido y vivo demasiado la vida para saber que es muy difícil, casi imposible, encontrar la mujer que yo busco desde hace ya bastantes años. La sociedad moderna, en todas partes, lo mismo en París, que en Nueva York, que en Madrid... es igual... Sobre ella no flota más que un sentimiento: el de la ambición... Y cuando se tienen tantos millones de dólares, como los que yo tengo de capital, es muy difícil encontrar un cariño desinteresado, un cariño verdad... Por eso les decía a ustedes al principio de mi relato que mi alma vaga errante por el espacio; y ahora que ya no sé qué hacer con mi fortuna, me considero desgraciado... Solo, cada vez más solo, en medio de tantas gentes como me rodean, me adulan y me miman...

VI

Mediaba ya el mes de mayo. El parque de Los Molinos, a aquella hora, recién salido el sol, tenía todas las sublimes bellezas de un vergel ideal. Las plantas, las hojas de los árboles y las flores, conservaban aún el rocío de la noche y una atmósfera tibia y limpia ensanchaba el pecho y llenaba de optimismo y vida el espíritu. Revoloteaban las mariposas sobre los geranios y las margaritas. Cantaban alegres, saltando de rama en rama, los gorriónes, y de vez en cuando, gallardo y donjuanesco, lanzaba al aire su eterna canción de amor el ruiseñor... La mañana primaveral navarra estaba impregnada de un aroma tan intenso y tan fragante de voluptuosidad, que hacía despertar apetitos profundos y perversos...

Angel, como de costumbre, había abandonado el lecho al amanecer y se paseaba, completamente restablecido, por las veredas cubiertas de ramaje. Iba destocado; la cicatriz de la cabeza apenas se veía oculta por un gran mechón de pelo que le caía hasta cerca de la oreja derecha. Alto, fornido, muy moreno, tenía todo el empaque, al andar, de un emperador romano... Como Julio César, era elocuente

(Continuará.)

A los 10.000 primeros suscriptores de ATLANTICO, se les regalan 10 pesetas en libros, a elegir entre los que figuran en las listas que iremos publicando (Tercera lista).—Véase núms. 1, 2 y 3 de ATLANTICO

	<i>Pesetas.</i>		<i>Pesetas.</i>
GARCÍA CALDERÓN (VENTURA):		DÍAZ RODRÍGUEZ:	
Ideas e impresiones.....	3,50	La peregrina o el poyo encantado.....	4
GARCÍA MARTÍ (V.):		ALBA (SANTIAGO):	
Verdades sentimentales.....	4	Problemas de España.....	2
Lugares de devoción y de belleza.....	4	ALTAMIRA (RAFAEL):	
GHIRALDO (ALBERTO):		España y el programa americanista.....	3,50
Antología americana: Los precursores.....	4	ANTÓN DEL OLMET Y GARCÍA CARRAFA:	
La columna de fuego.....	3	Los grandes españoles: Alfonso XIII (2 tomos)	8
Los nuevos caminos.....	3	Canalejas	4
GOBINEAU (CONDE DE):		Marina	4
Emelina	3,50	ARAQUISTAIN (LUIS):	
GOLDBERG PH. D. (ISAAC):		Entre la guerra y la revolución.....	3,50
La literatura hispanoamericana.....	6,50	El peligro yanqui.....	5
GONZÁLEZ BLANCO (E.):		Los ideales políticos.....	3,50
Strauss y su tiempo.....	1,50	ARCAYA (PEDRO M.):	
Voltaire. Su biografía, su característica, su labor	4,50	Estudios de sociología venezolana.....	4
Historia del periodismo desde sus comienzos hasta nuestra época.....	4	ARDERÍUS (FRANCISCO):	
GONZÁLEZ BLANCO (A.):		Política hispanoamericana.....	3,50
Escritores representativos.....	4,50	AUNÓS PÉREZ (EDUARDO):	
Carranza	3,50	Problemas de España.....	3,50
GONZÁLEZ OLMEDILLA (JUAN):		BUJARÍN (NICOLÁS):	
La ofrenda de España a Rubén Darío.....	3,50	El programa de los bolcheviques.....	3,50
GÓMEZ DE LA SERNA (RAMÓN):		CALLE (MANUEL):	
La viuda blanca y negra.....	4	Leyendas históricas de América.....	4,60
El drama del palacio deshabitado.....	5,15	CAMBÓ (FRANCISCO):	
El gran hotel.....	4,95	El pesimismo español.....	2
GORKI (MÁXIMO):		CASANOVA (SOFÍA):	
Cuentos de vagabundos.....	3,50	La revolución bolchevista.....	4
Una infancia trágica.....	2,40	PEREYRA (CARLOS):	
El maleficio de la hembra.....	3,70	La tercera internacional.....	4
ICAZA (FRANCISCO A.):		Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa...	3
Hebbel prosista.....	2,50	El pensamiento político de Alberdi.....	4
Nietzsche poeta.....	2,50	La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de la dominación plutocrática.	5
La danza de la muerte.....	2,50	Humboldt en América.....	3,50
Nuevos estudios cervantinos.....	5	Francisco Solano López y la guerra del Paraguay	3,50
Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva	6	Hernán Cortés y la epopeya del Anahuac....	3,50
Supercherías y errores cervantinos puestos en claro	4	El mito de Monroe.....	4,50
		El general Suere.....	3,50

IMPRESA DE GALO SÁEZ * MESÓN DE PAÑOS, 8 * TELÉFONO 11944 * MADRID

Sociedad General Española de Librería

Pondrá a la venta en el actual mes
de septiembre las obras siguientes:

ROMAIN ROLLAND:

BEETHOVEN. (De la Heroica a la Appassionata).
Dos tomos, con ilustraciones musicales, 9 pesetas.

GEORGES BERNANOS:

EL JÚBILO. (Segunda parte de *La Impostura*). Un
tomo, en 8.º, 5 pesetas.

MAURICE DEKOBRA:

*LAS DETECTIVESCAS AVENTURAS DE UN
REPORTERO.* (Versión española de «Le Gentle-
man Burlesque»). Un tomo, en 8.º, 5 pesetas.

MARIE THERESE GADALA:

ANDALUCÍA SENTIMENTAL. Un tomo, en 4.º,
4 pesetas.

BENJAMÍN CARRIÓN:

EL DESENCANTO DE MIGUEL GARCÍA (no-
vela). Un tomo, en 8.º, 5 pesetas.

J. KESSEL: (El autor de *La estepa roja* y de *Los cora-
zones puros*).

NOCHES DE PRÍNCIPES. Un tomo, en 8.º,
5 pesetas.

Hagan sus pedidos a la
Sociedad General Española de Librería
FERRAZ, 21-MADRID

Lloyd Norte Alemán de Bremen

Servicio semanal entre los puertos de Villagarcía y Vigo con los del Brasil, Uruguay y la Plata, por los grandiosos *paquebots* de 20.000 toneladas y doble hélice *Sierra Nevada*, *Sierra Ventana*, *Sierra Córdoba*, *Sierra Morena*, *Köln*, *Cse Geld*, *Verra*, *Weser*, *Sótha* y *Madrid*.



Estos barcos, por estar dotados de todos los modernos adelantos y del máximo de las comodidades, son los preferidos por los viajeros, tanto de cámara como de tercera clase.

PARA INFORMES DIRIGIRSE AL AGENTE GENERAL EN ESPAÑA:

LUIS G. REBOREDO ISLA

CASA CENTRAL:

VILLAGARCÍA. - Marina, 14

SUCURSALES:

VIGO. - García Olloqui, 2

BUENOS AIRES. - Cangallo, 336